

EXPLORADOR RUSIA

4



LE MONDE
diplomatique

La grandeza recuperada

LE MONDE
diplomatique

RUSIA EXPLORADOR

La grandeza recuperada

4

STAFF

4 EXPLORADOR

Edición

Luciana Garbarino

Diseño de colección

Javier Vera Ocampo

Diagramación

Ariana Jenik

Edición fotográfica

Luciana Garbarino

Investigación estadística

Juan Martín Bustos

Corrección

Alfredo Cortés

LE MONDE

DIPLOMATIQUE

Director

José Natanson

Redacción

Carlos Alfieri (editor)

Pablo Stancanelli (editor)

Creusa Muñoz

Luciana Rabinovich

Luciana Garbarino

Secretaria

Patricia Orfila

secretaria@eldiplo.org

Producción y circulación

Norberto Natale

Publicidad

Maia Sona

publicidad@eldiplo.org

www.eldiplo.org

Redacción, administración, publicidad y suscripciones:

Paraguay 1535 (C1061ABC)

Tel.: 4872-1440 / 4872-1330

Le Monde diplomatique / Explorador es una publicación de Capital Intelectual S.A. Queda prohibida la reproducción de todos los artículos, en cualquier formato o soporte, salvo acuerdo previo con Capital Intelectual S.A.

© Le Monde diplomatique

Impresión:

Forma Color Impresores S.R.L.,

Camarones 1768, C.P. 1416ECH

Ciudad de Buenos Aires

Distribución en Cap. Fed.

y Gran Buenos Aires:

Vaccaro, Sánchez y Cia S.A.

Moreno 794, piso 9

Tel.: 4342-4031 Argentina

Distribución interior y exterior:

D.I.S.A. Distribuidora Interplazas

S.A. Pte. Luis Sáenz Peña 1836

Tel.: 4305-3160 Argentina

Le Monde diplomatique (París)

Fundador: Hubert Beuve-Méry

Presidente del directorio y

Director de la Redacción:

Serge Halimi

Director Adjunto: Alain Gresh

Jefe de Redacción:

Pierre Rimbert

1-3 rue Stephen-Pichon,

75013 París

Tel.: (331) 53949621

Fax: (331) 53949626

secretariat@monde-diplomatique.fr

www.monde-diplomatique.fr

PRESENTACIÓN

El retorno de Rusia

por Luciana Garbarino

Apoyada en sus inmensos recursos energéticos, Rusia es otra vez protagonista en el escenario internacional. Su potencial económico y su poder militar sostienen sus renovadas ambiciones, pero todavía persisten una sociedad y un régimen político traumatizados, que no acaban de reconstruirse tras el colapso del comunismo.

En 1991 se produjo un hecho que cambiaría la historia mundial: la disolución de la Unión Soviética significó no sólo el derrumbe de un enorme imperio, sino también la muerte de lo que había sido, hasta ese momento, una alternativa al capitalismo. Rusia debió enfrentarse entonces al inmenso desafío de reconstruir por completo los principios que organizaban el Estado, la sociedad y la economía, para lo cual no pudo seguir los pasos de las otras ex repúblicas socialistas, que redefinieron su identidad a partir del rechazo de su pasado soviético. Por un lado porque, a diferencia de estas últimas, heredó derechos y responsabilidades internacionales de la URSS: presencia en el Consejo de Seguridad de la Organización de las Naciones Unidas y en otros organismos internacionales, poderío nuclear y deuda externa. Por otro, porque su población seguía apegada a una dimensión multinacional del país, que constituía también una herencia imperial. De hecho, antes del derrumbe de diciembre, en marzo de 1991, se celebró un referéndum en nueve repúblicas de la Unión Soviética cuyos resultados fueron contundentes: el 76,4% votó a favor del mantenimiento de la misma. Si posteriormente se produjo su desintegración acelerada, fue sobre todo producto del temor de las repúblicas hermanas de perder territorio, ante las insinuaciones de Boris Yeltsin de que las fronteras deberían renegociarse.

Por lo tanto, su desmembramiento empujó a Rusia a una situación ambigua: si bien la complacía poder consagrar finalmente todos sus recursos a su propio desarrollo, sin dudas le costaba aceptar ser una potencia declinante, con las fronteras más estrechas que hubiera conocido desde Pedro el Grande en el siglo XVIII.

Para resolver la encrucijada, una vez más ensayó un rumbo propio. Así como Lenin, embarcado en la tarea de construir el nuevo orden socialista, debió improvisar con urgencia las respuestas a los obstá-

culos colosales que se le fueron presentando –con el “comunismo de guerra” primero, y el salto hacia la NEP, después–, del mismo modo vertiginoso –pero sin ese genio–, quienes condujeron la salida del comunismo arrastraron al país a lo peor del capitalismo, en sintonía con las premisas del Consenso de Washington. De manera que, por esas ironías de la historia, los postulados del líder revolucionario finalmente se harían realidad, sólo que la desaparición del Estado no sería esta vez producto de la lucha de clases, sino de la entrega de sus facultades al mercado y los organismos internacionales de financiamiento.

Ante ese vacío de poder, el mundo de los negocios penetró todas las esferas y fue moldeando la reconstrucción del país y configurando el conjunto de los valores sociales.

El renacimiento de una nación

En una primera aproximación, entonces, parece que lo que sobrevino a partir de la década del 90 fue la negación de lo que –al menos simbólicamente– representaba el proyecto anterior. Sin embargo, la caída de un régimen de gobierno no equivale al fin de una identidad y una tradición colectivas. Rusia, aún transformándose, con los años fue capaz de construir un sistema capitalista con una impronta propia, en el que viejas y nuevas prácticas conviven no siempre armoniosamente.

En este proceso, el resultado de más de medio siglo de un sistema autoritario y de la posterior metamorfosis capitalista fue la emergencia de una sociedad “sin ciudadanos”, desmovilizada y escéptica. Todavía hoy la mayoría de los rusos no cree en sus instituciones y, en general, los símbolos de poder son considerados como instrumentos en manos de los intereses personales de las élites.

En el plano ideológico, se desmoronaron los principales discursos organizadores. El relato mítico de la Gran Revolución de Octubre, que durante más de

SUMARIO

RUSIA

La grandeza recuperada

setenta años había sido el principal acontecimiento de su historia, comenzó a ser percibido como un golpe de Estado por parte de un grupo de extremistas. Según una encuesta de la Fundación de la Opinión Pública (FOM) realizada en 2007, en ocasión del 90 aniversario de la Revolución, sólo el 62% de los menores de 35 años podía precisar el año en que había tenido lugar ese acontecimiento.

Con respecto a las diferencias sociales, Rusia se convirtió en uno de los países más desiguales del mundo, ubicándose en el puesto 98 sobre 144 según el coeficiente de Gini (que mide la desigualdad en la distribución del ingreso). El dato resulta más preocupante si se analiza su evolución, que muestra que la recuperación económica no fue acompañada por mayores niveles de igualdad, sino por una concentración de la riqueza.

En el escenario surgido tras el desmoronamiento de la Unión Soviética –que según Hobsbawm “dejó un vacío internacional entre Trieste y Vladivostok que no había existido previamente en la historia del mundo moderno [...]; una vasta zona de desorden, conflictos y catástrofes potenciales”– no resulta sorprendente la emergencia de un “hombre fuerte”, en esta ocasión, procedente de las filas de los servicios secretos. Valiéndose de la tradición autoritaria, de la nostalgia de grandeza y de la fenomenal renta proveniente de los hidrocarburos, Vladimir Putin logró reconstruir un Estado fuerte, capaz de combinar con pragmatismo libre mercado e intervención estatal en los sectores estratégicos. De esta forma consiguió asociar en la mente de su pueblo restauración del poder, repunte económico y estabilidad, fundando una suerte de contrato social por el que la población aceptaba sus desbordes institucionales a cambio de una indudable mejora en su nivel de vida.

Construir su futuro

Desde comienzos del siglo XXI Rusia ha venido incrementando su Producto Interno Bruto, aunque todavía no ha logrado recuperar la posición que tenía en la economía mundial en 1990. Cuenta además con un sólido potencial científico e industrial, que si bien se derrumbó con todo lo demás, conservó sus cimientos gracias al impulso que tuvo durante la era soviética.

En un contexto de prolongada crisis en las viejas potencias y de conformación de un nuevo orden multipolar, Rusia tiene la oportunidad de recuperar un lugar central. Para ello deberá afirmar su nueva identidad, asumiendo que su protagonismo ya no puede construirse según los modos de la era imperial, ni de la soviética. Esto implica un trabajo de revisión de su pasado que, en vez de obstinarse en demonizarlo o enaltecerlo permita comprenderlo, para construir un futuro en el que sea capaz de consolidar la grandeza que ha comenzado a recuperar. ■

PRESENTACIÓN

2| El retorno de Rusia

por Luciana Garbarino

1. LO PASADO

De un comunismo inacabado a un capitalismo consolidado

7| La historia en disputa

por Moshe Lewin

12| Una guerra no tan fría

por Danièle Ganser

15| Una potencia sin aliento

por Jean-Marie Chauvier

19| Terapia de shock ultraliberal

por Vicken Cheterian

2. RUSIA HACIA ADENTRO

La configuración de un nuevo país

27| Por qué Putin es tan popular

por Jean Radvanyi

31| Un grave problema demográfico

por Philippe Descamps

37| Entre apatía y protesta social

por Carine Clément y
Denis Paillard

42| El inmenso poder de la mafia rusa

por Luciana Garbarino

44| El peso de las religiones

por Légende Cartographies
y Philippe Mouche

3. RUSIA HACIA AFUERA

El regreso como superpotencia energética

49| La desintegración de un imperio

por Nina Bachkatov

53| Moscú y Washington:

por Laurent Rucker

¿amigos o enemigos?

56| Encuentro con las raíces musulmanas

por Jacques Lévesque

59| El laberinto del Cáucaso

por Ignacio Ramonet

61| La diplomacia de los hidrocarburos

por Nina Bachkatov

64| Los caminos de la energía

por Philippe Rekacewicz
y Cécile Marin

4. LO VIVIDO, LO PENSADO, LO IMAGINADO

Un arte de combate

69| Las dos cabezas del imperio

por Hinde Pomeranec y
Agustín Cosovschi

74| El acorazado Potemkin

por Lionel Richard

77| Parálisis de los intelectuales

por Claude Frioux

EL GIGANTE DESPIERTA

Rusia disputa su lugar en el nuevo orden mundial

82| Una nueva era se anuncia

por Jorge Saborido



1

De un comunismo inacabado
a un capitalismo consolidado

LO PASADO

Durante siete décadas, la URSS lideró la alternativa al mundo capitalista. Pero en 1991, incapaz de hacer frente a la falta de libertades, el estancamiento económico, la corrupción del enorme aparato estatal y un asfixiante presupuesto militar, se disuelve. La salida de la nueva Rusia fue la abrupta adopción de una economía de mercado, que conservaría los peores aspectos del régimen anterior combinados con los más execrables del neoliberalismo.





Reconstruir la nación

La historia en disputa

por Moshe Lewin*

Las reformas adoptadas a la par del derrumbe de la URSS fueron acompañadas de una poderosa propaganda anti-soviética. Se tornaba entonces imperioso revisar la Revolución de Octubre, en un presente en el que la lucha por su significación histórica incidiría en las decisiones futuras.

Los errores oscurecieron permanentemente la reflexión sobre la Unión Soviética, y es necesario disiparlos de entrada. El primero consiste en tomar al anticomunismo como un análisis de la URSS, y el segundo en estalinizar todo el fenómeno, que de esa forma pasaría a ser un gulag de principio a fin.

El anticomunismo no es un método de investigación: es una ideología que trata de hacer creer en su carácter científico.

No sólo no ve ciertas realidades, sino que, al agitar permanentemente el estandarte de la democracia, lo que hace en realidad es utilizar el régimen dictatorial del enemigo para favorecer las causas conservadoras. Así, en Estados Unidos, el macartismo se apoyó en el espantapájaros del comunismo. Las maniobras de ciertos intelectuales alemanes que ponían de relieve las atrocidades de Stalin para blanquear a Hitler se valían del mismo procedimiento. Y el hecho de que, en la defensa de los derechos humanos, Occidente haya sido tan indulgente respecto de unos y tan severo respecto de otros, no contribuyó a una comprensión justa del mundo soviético.

¿Pero, en qué parte del gran álbum de la historia habría que ubicar al sistema soviético? El problema es aún más complicado teniendo en cuenta que ese sistema existió –fuera del período de la guerra civil, durante el cual fue sólo un campamento militar– en dos o tres versiones.

El absolutismo burocrático

La historia de Rusia es un formidable laboratorio que permite estudiar toda una variedad de sistemas auto-

ritarios y sus crisis hasta nuestros días. ¿En qué consistía el sistema soviético luego de la muerte de Stalin en 1953? ¿Era socialismo?

¡De ninguna manera! Para que exista socialismo es necesario que los bienes económicos sean propiedad del *socium* y no de una burocracia. Además, el socialismo siempre fue concebido como una profundización de la democracia política y no como su negación. El socialismo supone la socialización de la economía y la democratización del régimen político, mientras que la URSS solo conoció una estatización de la economía y una burocratización de lo político.

El hecho de que el debate sobre el problema soviético se haya desarrollado durante tanto tiempo (y a veces, aun hoy en día) en esos términos, sugiere la siguiente pregunta: ¿se le puede confiar la cátedra de zoología a alguien que al ver un hipopótamo afirma que se trata de una jirafa? ¿Acaso las ciencias sociales deberían ser menos exigentes que la zoología?

Toda esa confusión viene del hecho de que la URSS no era capitalista, dado que la propiedad de los bienes económicos de la nación había sido atribuida al Estado y a su alta burocracia. Eso lleva a clasificar al sistema soviético en la misma categoría que esos regímenes tradicionales donde la posesión de un vasto patrimonio territorial daba poder sobre el Estado. Así se formó la Moscú autocrática. Esta también disponía de una burocracia influyente, pero era el soberano quien tenía el poder absoluto. En el caso soviético, la burocracia había alcanzado un poder indiscutible, que no compartía con nadie. Ese “absolutismo burocrático”, pariente de los antiguos “despotismos →



Palacio de Invierno. Ubicado en San Petersburgo, fue durante mucho tiempo la residencia de los zares. Su asalto en octubre de 1917 fue un triunfo militar y simbólico para la Revolución.



Lenin. Sus monumentos eran frecuentes en la época socialista.

Stalingrado

Al concluir esa terrible batalla Stalin se negó a intercambiar a su hijo Yakov, prisionero de los nazis, por el mariscal de campo Von Paulus: “No se cambia un mariscal por un teniente”, fueron sus famosas palabras.

→ agrarios”, era mucho más moderno que el del zar o el de Stalin, pero aun pertenecía a la misma especie.

A pesar de reclutar su personal en las clases inferiores, el Estado burocrático soviético era el heredero directo de muchas instituciones del zarismo: por lo tanto se situaba en la continuidad de la tradición zarista de construcción del Estado. El propio Lenin había lamentado que sectores enteros de la administración zarista siguieran funcionando bajo el nuevo régimen. De hecho, ese nuevo régimen debía aprender a funcionar en todos los terrenos, y se veía obligado a utilizar la experiencia de los servicios gubernamentales que seguían manejando las cosas con los viejos métodos. Se había creado un nuevo Estado, pero sus funcionarios seguían siendo los del régimen anterior, y Lenin se preguntaba cómo hacerlos más efectivos.

Más aún, cada vez que había que crear un nuevo servicio se designaba una comisión especial para supervisar su organización. Por entonces era costumbre solicitar a un historiador de la administración o a un funcionario experimentado que estudiara cómo funcionaba un servicio análogo bajo el régimen zarista. Y cuando no existía ningún precedente zarista, se buscaba entre los modelos occidentales.

Regresión estalinista

Stalin iría todavía más lejos, retomando casi oficialmente el modelo del Estado monárquico. Ese mantenimiento de la tradición definía la esencia misma del sistema: el absolutismo de una jerarquía burocrática. Aun la función aparentemente “nueva” de secretario general conservaba varias características de la función de zar. De la misma manera, las imponentes ceremonias de los regímenes zarista y soviético obedecían a la

misma cultura, la que daba prioridad a los íconos y a la ostentación de una imagen de fuerza e invencibilidad (a fin de exorcizar lo más posible su fragilidad interna).

En las últimas décadas del sistema, el término preferido para designar al Estado fuerte, edificado a partir del fin de los años 1920, sería el de “gran potencia” (*dzerjava*) tomado del vocabulario zarista y particularmente afecto a los medios conservadores. Mientras que en la época de Lenin *dzerjavnik* era un término peyorativo que designaba a los partidarios del nacionalismo más brutal, la palabra seducía ahora por su correlación con la esencia misma del poder del zar: *samoderjets*, el autócrata. Por supuesto que la hoz y el martillo habían reemplazado al globo de oro coronado por una cruz, pero era apenas una reliquia del pasado revolucionario.

La propiedad estatal de todas las tierras, confiada a un soberano absoluto, había sido la característica de varios antiguos regímenes de Europa Central y Oriental. En la URSS, en nombre del socialismo, esa propiedad se había extendido a toda la economía y a muchos otros sectores. En realidad, bajo una apariencia más moderna, era el antiguo modelo de monopolio sobre la tierra (antaño principal recurso económico) el que se trataba de preservar y aun de reforzar.

Pero aunque el sistema se alineaba en la vieja categoría de las autocracias propietarias de la tierra, no por ello dejaba de cumplir una tarea histórica propia del siglo XX: la del “Estado como factor de desarrollo”, que existió –y que existe todavía en varios países– en particular en Oriente y en Medio Oriente, en las antiguas monarquías rurales (China, India, Irán). En la construcción del Estado estalinista, esa racionalidad histórica fue particularmente activa, aun si su transformación en estalinismo representaba una peligrosa distorsión. Pero esa transformación en un modelo despótico no constituyó una patología incurable, como lo prueba la eliminación del estalinismo en Rusia y del maoísmo en China.

Y, a pesar de las dificultades, la presencia de un Estado capaz de dirigir el desarrollo económico seguía siendo una necesidad histórica.

En la década de 1980 la URSS había alcanzado un alto nivel de desarrollo económico y social, pero su sistema se había hundido en un pantano. El tipo de reformas que consideraba un Yuri Andropov le habrían podido dar lo que tanto necesitaba: un Estado reformado y activo, que conservara la capacidad de dirigir el desarrollo, pero apto para liberarse de su autoritarismo obsoleto a medida que avanzaba la transformación del paisaje social.

Sin embargo, la utilización del viejo simbolismo de la *dzerjava* –expresión de un sector importante de las capas dirigentes– mostraba el debilitamiento del aparato, que ponía su poder político al servicio exclusivo de sus intereses personales, y restaba sustancia al “Estado factor de desarrollo”. En lugar de agregar la computadora a la hoz y el martillo, los dirigentes se refugiaron en un conservadurismo contrario a las as-

piraciones de los ciudadanos, los cuales no vivían en el siglo XVIII sino en el siglo XX: respecto a ellos, el Estado había acumulado un retraso fatal.

La fórmula “absolutismo burocrático”, que caracteriza bien al sistema soviético, fue tomada de los análisis de la monarquía prusiana del siglo XVIII, en la cual el soberano, a pesar de ser el jefe de la burocracia, era dependiente de ella. De la misma forma, los altos dirigentes del Partido en la URSS, supuestos soberanos del Estado, habían perdido de hecho todo poder sobre sus burócratas. Los ex ministros soviéticos, cuyas *Memorias* reflejan la nostalgia de ese súper Estado, no comprendieron que su pasión por el término *dzerjajva* coincidía precisamente con el período en el que el Estado había dejado de cumplir sus tareas anteriores. Un Estado que ya no era más que la sombra de sí mismo, un último suspiro antes de caer en la fosa común de una vieja familia de regímenes con la cual conservaba demasiados lazos.

Lo que, paradójicamente, hace del fenómeno soviético un típico capítulo de la historia rusa, es el papel que jugó en el mismo el entorno internacional. Esa Rusia, con su historia tan accidentada, constantemente comprometida en relaciones de amistad o de hostilidad con sus vecinos, se vio obligada a desarrollar sus relaciones por todos los medios posibles, incluidos los ideológicos. Y ya sea tomando prestadas sus ideas del exterior, ya sea oponiendo a las mismas sus propias concepciones, los soberanos rusos debían orientar permanentemente sus antenas tanto sobre el mundo exterior como sobre su país. El exterior también tuvo un gran peso en la historia de la URSS: el fenómeno leninista y la Rusia soviética de los años 20 tuvieron mucho que ver con la Primera Guerra Mundial, mientras que la Segunda Guerra Mundial y la crisis de los 30 ejercieron un impacto directo sobre la URSS de Stalin.

La imagen que la población y sus dirigentes se hacían del otro campo era el producto de “espejos deformantes”. Si el estalinismo de los años 30, en el momento de su mayor pujanza, gozaba de un gran prestigio en el Oeste a pesar de las persecuciones sufridas por los ciudadanos soviéticos, se debía en gran medida a la imagen negativa de la crisis en Occidente. Rusia daba la impresión de generar un poderoso impulso industrial, y resultaba tentador minimizar la miseria del país pensando que esa impresionante dinámica la liquidaría rápidamente. Stalin y el estalinismo se beneficiarían del mismo efecto de contraste al vencer a Alemania en 1945, cuando el país estaba nuevamente sumido en una gran miseria que los estragos de la guerra no alcanzaban a explicar.

Carrera armamentista

Viene luego la Guerra Fría. Según las memorias de Berejkov, intérprete personal de Stalin, la misma comenzó con la irritación de Stalin por el retraso de los estadounidenses en desembarcar en Normandía y abrir así un segundo frente. El dictador soviético veía allí un cálculo político de Franklin D. Roosevelt para

posponer lo máximo posible su entrada efectiva en la guerra, esperando que los dos grandes beligerantes estuvieran agotados. Posteriormente, en Moscú se interpretó el lanzamiento de las dos bombas atómicas contra Japón como la confirmación de que Estados Unidos pretendía anunciar a la URSS y al resto del mundo el comienzo de una nueva era en las relaciones internacionales; y no hay que descartar que tal haya sido el razonamiento estadounidense de entonces. En todo caso, esos acontecimientos instalaron a la Unión Soviética en una situación de superpotencia y en una carrera armamentista que perpetuaría los aspectos más abominablemente conservadores de su sistema estatal y disminuiría su capacidad para reformarlo.

Paralelamente, en la mente de los dirigentes soviéticos, Estados Unidos pasó a reemplazar al “Occidente de antaño” (Inglaterra, Francia, Alemania) que hasta entonces servía de modelo. Estados Unidos se convirtió, en secreto, en el instrumento de medida de los logros soviéticos en todos los terrenos. Así, ciertos dirigentes tomaron conciencia del creciente retraso de su país, mientras que otros se negaban a ver esa realidad. Luego de la derrota soviética en la carrera (inútil) hacia la Luna, la incapacidad del país para concretar su revolución informática generó probablemente un sentimiento de desesperanza en algunos círculos dirigentes, a la vez que los conservadores se aferraban a su inmovilismo. Por otra parte, esa misma obsesión respecto de Estados Unidos llevó a muchos miembros de la antigua Nomenklatura a implorar los favores de Washington desde el instante en que tomaron –a la sombra de Boris Yeltsin– el control del Kremlin.

Resulta natural que investigadores que estudian el estado de Rusia en los años 90 partan de datos que remontan al último período del sistema soviético. Pero ello se torna irónico cuando ciertos sociólogos –que conocen muy bien dicho pasado por haber escrito en esa época textos muy críticos del sistema– describen actualmente a la difunta URSS como una especie de Eldorado, ya que el nivel de vida de la población rusa y su cobertura social no cesaron de empeorar desde comienzos de los años 90.

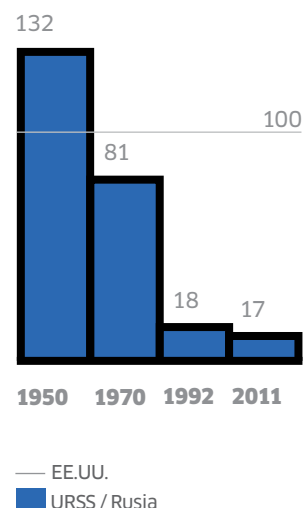
Un modo de distracción

Se informa también de una fuerte baja en la asistencia a teatros, salas de concierto, circos y bibliotecas, al igual que en la lectura de obras literarias y en la suscripción a diarios. La mayor exigencia laboral contribuyó a fomentar un esparcimiento más pasivo, mientras que en los últimos años de la era soviética el tiempo libre era cada vez mayor, y estaba consagrado mucho más a la cultura. Además, para aumentar sus ingresos, o simplemente para sobrevivir, muchos rusos emprendieron en sus parcelas de tierra nuevas actividades agrícolas o de cría de animales, a expensas de una reducción de sus horas de sueño o de ocio.

El aumento de las libertades y derechos, al igual →

Pérdida de poder militar

(relación del gasto militar de EE.UU. y la URSS/Rusia, en paridad de poder adquisitivo)



Notas de Gramsci (1917)

“La Revolución rusa es un acto proletario y debe desembocar naturalmente en el régimen socialista. Ha destruido al autoritarismo y lo ha sustituido por el sufragio universal; ha reemplazado el autoritarismo por la libertad; la Constitución por la voz libre de la conciencia universal.”



Carrera espacial. Fue un componente central de la Guerra Fría.

© M.R. / Shutterstock

SOSPECHAS JUSTIFICADAS

Testamento político

por Vladimir Lenin

Con lucidez premonitoria, Lenin escribió antes de morir en enero de 1924 una carta dirigida al XIII Congreso del Partido Comunista, en la que manifestaba su preocupación por el creciente enfrentamiento entre Stalin y Trotsky.

Yo aconsejaría que en este Congreso se introdujesen varios cambios en nuestra estructura política. Desearía exponerles las consideraciones que estimo más importantes.

En primer lugar coloco el aumento del número de miembros del Comité Central (CC) a varias decenas e incluso hasta un centenar. Creo que si no emprendiéramos tal reforma, nuestro CC se vería amenazado por grandes peligros, en caso de que el curso de los acontecimientos no fuera del todo favorable para nosotros (y no podemos contar con eso).

[...]

Nuestro Partido se apoya en dos clases, y por eso es posible su inestabilidad y sería inevitable su caída si estas dos clases no pudieran llegar a un acuerdo. [...]

Me refiero a la estabilidad como garantía contra la escisión en un próximo futuro, y tengo el propósito de exponer aquí varias consideraciones de índole puramente personal. Yo creo que lo fundamental en el problema de la estabilidad, desde este punto de vista, son algunos miembros del CC como Stalin y Trotsky. Las relaciones entre ellos, a mi modo de ver, encierran más de la mitad del peligro de esa escisión que se podría evitar, y a cuyo objeto debe servir entre otras cosas, según mi criterio, la ampliación del CC hasta 50 o hasta 100 miembros.

El camarada Stalin, llegado a Secretario General, ha concentrado en sus manos un poder inmenso, y no estoy seguro de que siempre sepa utilizarlo con la suficiente prudencia. Por otra parte, el camarada Trotsky, según demuestra su lucha contra el CC con motivo del problema del Comisariado del Pueblo de Vías de Comunicación, no se distingue únicamente por su gran capacidad. Personalmente, quizá sea el hombre más capaz del actual CC, pero está demasiado ensoberbecido y demasiado atraído por el aspecto puramente administrativo de los asuntos.

Estas dos cualidades de dos destacados jefes del CC actual pueden llevar sin quererlo a la escisión, y si nuestro Partido no toma medidas para impedirlo, la escisión puede venir sin que nadie lo espere.

Extracto de "Carta al Congreso" de Vladimir Lenin, redactada entre el 22 de diciembre de 1922 y el 4 de enero de 1923.

→ que la aparición de servicios costosos, sólo beneficiaron a los rusos más adinerados, a los que gozaban de una mayor preparación, y a los más dotados de espíritu de emprendimiento.

Fuera de Moscú, la mayoría de la gente vio considerablemente reducidas sus posibilidades de acceso a la cultura.

Nuestros sociólogos lamentan aun más la pobre calidad de los programas televisivos, teniendo en cuenta que la televisión se convirtió en el principal objeto de esparcimiento. Y eso sin hablar de la decadencia de la investigación científica, de la baja en la asistencia a establecimientos escolares, a servicios médicos y sociales, y sin mencionar tampoco la caída de los indicadores de vitalidad demográfica, signos todos ellos de que ahora está en juego la propia supervivencia de la nación.

Para distraer la atención de ese lamentable estado del país, los nuevos dueños del poder lanzaron una amplia campaña de propaganda contra el difunto sistema soviético, recurriendo a todos los trucos antaño utilizados en Occidente; así, aquél habría sido un sistema monstruoso, desde el pecado original de 1917 hasta el fallido golpe de Estado de agosto de 1991. Del fracaso de este último habría nacido una nueva era de libertad. Es decir, que la Rusia contemporánea, ya lamentablemente disminuida, padece además una autodenigración de su identidad histórica. No contentos con saquear los bienes económicos del país, sus "reformadores" arremetieron también contra su pasado, bajo el signo de la ignorancia y no del análisis crítico.

A la vez, se pusieron a buscar frenéticamente otros pasados susceptibles de responder al deseo de la nación de forjarse una nueva identidad. Y ello en un doble movimiento: primero, volvieron a apropiarse de todo lo que fuera zarista y pre revolucionario. Luego, sobre un fondo de rechazo a todo lo soviético y post revolucionario, rehabilitaron a los Blancos de la guerra civil. Ese amor por todo lo que los bolcheviques habían odiado es una muestra de debilidad intelectual.

Tanto es así que más de un ruso percibió a las elites que se adueñaron del poder en 1991 como nuevos "invasores tártaros", hostiles a los intereses de la nación. Y para algunas de sus mentes más lúcidas, Rusia no tendría ahora otra perspectiva que la pesadilla de una caída a nivel del Tercer Mundo.

A pesar de las desastrosas consecuencias del oscurantismo, se pueden ver algunos signos positivos. En una conferencia ofrecida en Moscú, el filósofo Mejuev señalaba que "un país no puede existir sin su historia [...] Nuestros reformadores, sean ellos comunistas, demócratas, eslavófilos o fascinados por Occidente, cometen todos el error crucial de no hallar una continuidad racionalmente y moralmente justificada entre el pasado y el futuro de Rusia [...] Unos niegan el pasado; otros ven allí el único modelo; de manera tal que para algunos el futuro sólo podrá ser

una mezcla de temas antiguos, y para otros, la aceptación pasiva de una fórmula opuesta y sin precedentes en la historia rusa. Ahora bien, el futuro debe ser concebido ante todo en su relación con el pasado, y en particular con el que acabamos de superar recientemente”.

Mejuev critica luego al economista liberal Andrei Ilarionov, quien considera que Rusia desperdició el siglo XX: en su opinión, la revolución socialista habría desviado al país de su itinerario liberal, transformando al gigante de antaño en un ratón. Por lo tanto, la única salida consistiría en volver al liberalismo. Pero evidentemente resulta más fácil dárseles de sabio a posteriori, que analizar lo ocurrido. Reprocharle a Rusia no haberse vuelto liberal a principios de siglo es dar muestras de una profunda ignorancia tanto de la historia rusa como del liberalismo. El advenimiento del liberalismo resulta de un largo proceso histórico, que pasa por la Edad Media, la Reforma, el Renacimiento y –a menudo– por revoluciones contra monarquías absolutas.

Para Mejuev, la clave de la historia rusa del siglo XX no se halla únicamente en la revolución bolchevique, dado que en doce años se produjeron tres revoluciones: la primera, la de 1905, fue derrotada; la segunda, la de febrero de 1917, dio la victoria a los revolucionarios moderados, y la de octubre, que vio el triunfo de los revolucionarios más extremistas, era apenas la última fase del proceso revolucionario. El filósofo Nicolai Berdiaev lo había visto claramente: los bolcheviques no eran los autores de la revolución, sino los instrumentos de su desarrollo. De nada sirve adoptar criterios fundamentalmente morales y criticar los actos de crueldad cometidos: son cosas que siempre ocurren en situaciones de guerra civil. Una revolución no es una acción moral y legal: es un despliegue de fuerza coercitiva. La revolución “buena” no existe: todas fueron sangrientas, siempre.

“Condenar las revoluciones –prosigue Mejuev– es condenar a casi toda la *intelligentsia* rusa y a toda la historia rusa, que constituyen el terreno del cual surgieron esos acontecimientos revolucionarios. Las revoluciones [...] siempre decepcionan las expectativas, pero inician una página verdaderamente nueva: lo importante es averiguar de qué página se trata, sin fiarse demasiado de lo que dicen los vencedores ni los vencidos [...] Nuestro socialismo era en realidad un ‘capitalismo a la rusa’ en su contenido tecnológico, y un anticapitalismo en su forma”.

Para Mejuev, a un país situado en la periferia del mundo occidental le resulta difícil combinar modernización y democracia. Durante un cierto tiempo, una de las dos debe ceder su lugar a la otra. Los bolcheviques lo habían comprendido claramente, y fue por esa razón que ganaron la guerra civil y que Rusia salió victoriosa de la Segunda Guerra Mundial. China también lo tuvo en cuenta cuando decidió combinar modernización acelerada, por medio de la economía de mercado, y mantenimiento de un sistema político

© Vladito / Shutterstock



Catedral de San Basilio. Su construcción fue encargada por Iván el Terrible y se realizó entre 1555 y 1561.

no democrático. Cualquier régimen, del tipo que sea, debe tener la inteligencia de no recusar el pasado como si fuera un desierto estéril, y de considerarlo como un trampolín hacia nuevos avances, preservando a la vez la parte de real grandeza que poseía.

La Rusia de hoy en día, con su nostalgia de tiempos pre revolucionarios, está mucho más alejada de Occidente que otrora los bolcheviques. “Nuestros liberales –observa Mejuev– no pueden enorgullecerse de nada, salvo de haber destruido todos esos logros, mientras que el futuro de Rusia deberá construirse en base a la preservación de las realizaciones del pasado, de su desarrollo, y de una continuidad que incluya la definición de nuevos objetivos.

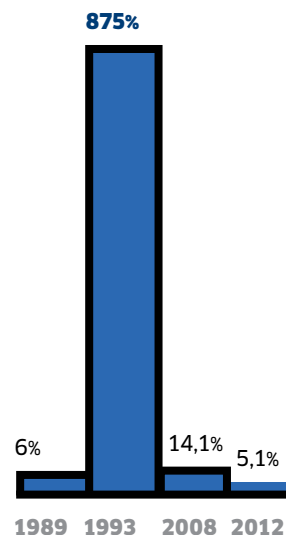
Actualmente, el vínculo con el pasado está roto, pero algún día será restaurado. Sin embargo, no se trata de volver al pasado pre revolucionario o post revolucionario: pregúntese usted qué considera importante del pasado, qué habría que continuar o conservar, y ello lo ayudará a enfrentar el futuro [...] Los que quieren borrar el siglo XX, un siglo de grandes calamidades, es cierto, deben a la vez decir adiós a una gran Rusia”. ■

*Historiador. Autor de *El siglo soviético*, Crítica, Barcelona, 2006.

Traducción: Carlos Alberto Zito

Explosión inflacionaria

(promedio inflación anual, según precios al consumidor, en porcentaje)



Resultado de las reformas

Tras el fin de la URSS, la rápida liberalización de la economía condujo a un aumento de la oferta de bienes, pero a precios inaccesibles.

La crisis de los misiles en Cuba

Una Guerra no tan fría

por Danièle Ganser*

El orden mundial bipolar que enfrentó por más de cuarenta años a Estados Unidos y a la URSS tuvo diversos estallidos por el control de áreas de influencia. Uno de los más recordados fue en 1962 cuando, ante las agresiones de Washington a Cuba, Moscú envió misiles nucleares a la isla.



© Bettmann / Corbis / Latinstock

En enero de 1959, la entrada triunfal en La Habana de Ernesto “Che” Guevara y Fidel Castro hizo que la administración republicana de Estados Unidos y el presidente Dwight Eisenhower temieran que el comunismo se expandiera a través de América Latina. Aliado seguro de Washington durante la Guerra Fría, el dictador Fulgencio Batista había sido derrocado por una guerrilla apoyada por la inmensa mayoría del pueblo cubano. Aun antes de que Castro –que entonces no era comunista– pusiera en marcha su reforma agraria, el 17 de mayo, y comenzara a expropiar a las compañías estadounidenses, el Consejo de Seguridad Nacional de la Casa Blanca había decidido que debía ser reemplazado y estudiaba estrategias para “instaurar un nuevo gobierno en Cuba”.

Autorizada por Eisenhower para colaborar con organizaciones terroristas, la Central Intelligence Agency (CIA) comenzó a organizar, financiar, armar y entrenar a exiliados cubanos para sabotear la política de Castro. En el mayor de los secretos, se la autorizó a que ejecutara operaciones de asesinato contra el líder cubano, como lo reveló, en 1975, la comisión especial del Senado de Estados Unidos. Así comenzó, ya en 1959, una guerra no declarada de Estados Unidos contra Cuba. Los ataques con bombas y el sabotaje efectuado por los terroristas de la CIA comenzaron el 21 de octubre de 1959, cuando dos aviones provenientes de Estados Unidos ametrallaron La Habana, provocando dos muertos y cincuenta heridos. El ministro de Asuntos Exteriores cubano, Raúl Roa, llevó el asunto a la Organización de las Naciones Unidas (ONU).

El embajador de Estados Unidos, Henry Cabot Lodge, refutó las acusaciones, mientras que el Consejo de Seguridad se abstuvo de actuar. Eso conmovió a Castro y, en septiembre de 1960, viajó a Nueva York para presentar el caso ante la Asamblea General de la ONU. “No deben preocuparse –declaró de entrada–, haremos todo lo posible por ser breves”. Después de lo cual, enumeró y denunció durante cinco horas los actos criminales a los que estaba sometido su régimen...

Un mes antes de ese discurso, en un memorando ultra secreto, el presidente Eisenhower había asignado 13 millones de dólares para crear un campo de entrenamiento terrorista en Guatemala, donde exiliados anticastristas se preparaban para una invasión de Cuba, que comenzó el 15 de abril de 1961. Pilotos pagados por la CIA bombardearon los aeropuertos de Santiago de Cuba y San Antonio de los Baños, así como los aviones de la fuerza aérea cubana en La Habana. Dos días

después, en las primeras horas de la mañana, 1.500 terroristas atracaron en la Bahía de los Cochinos. Las fuerzas de Castro hundieron los barcos de los invasores y redujeron o tomaron prisioneros a todos los comandos anticastristas en tierra firme.

Misiles en Cuba, misiles en Turquía

Mientras llovían bombas en Cuba, Roa volvió a pedir ayuda a las Naciones Unidas. El embajador estadounidense, Adlai Stevenson, rechazó esas acusaciones y las calificó de “completamente falsas”. El embajador británico, Patrick Dean, dio su apoyo a Stevenson: “El gobierno del Reino Unido sabe por experiencia que puede confiar en la palabra de Estados Unidos”.

Sin embargo, los hechos no podían negarse por mucho más tiempo. Kennedy, que el 20 de enero de 1961 había sucedido a Eisenhower en la Presidencia de Estados Unidos, decidió admitir la verdad y asumió la falta, el 24 de abril, a través de una declaración de la Casa Blanca. Pero al día siguiente, Washington reemprendió su guerra contra el régimen de Castro e imponía un bloqueo total sobre las mercancías estadounidenses con destino a Cuba.

Para La Habana, que temía otras agresiones, se volvía imperativo tomar todas las medidas posibles para proteger la soberanía nacional.

En Moscú, el conductor de la Unión Soviética, Nikita Krushev, había observado durante mucho tiempo la agresión de Estados Unidos contra Cuba. En su biografía contaría: “Tenía ese problema en la mente todo el tiempo... Si Cuba caía, los demás países latinoamericanos nos rechazarían, alegando que, pese a todo su poder, la Unión Soviética no había sido capaz de hacer nada por Cuba, salvo pronunciar protestas vacías ante las Naciones Unidas”. Haciendo una apuesta arriesgada, decidió poner en marcha la operación “Anadyr” y, en mayo de 1962, envió por barco a Cuba, a través del territorio de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), cincuenta mil soldados soviéticos y sesenta misiles atómicos...

Krushev mostraba así su compromiso con su aliado caribeño, ganaba posiciones estratégicas y mostraba su fuerza a Estados Unidos y a China a la vez. Los soldados soviéticos estaban instalando las plataformas de lanzamiento de misiles nucleares en Cuba cuando, el 14 de octubre de 1962, un avión de espionaje U2 estadounidense los fotografió desde las alturas.

La noticia provocó una conmoción en la administración demócrata estadounidense. El Presidente convocó inmediatamente a su Consejo Nacional de Seguridad para

una reunión secreta en la Casa Blanca. “¿Por qué Krushev puso los misiles ahí? –preguntó Kennedy–. Es como si, de pronto, nosotros empezáramos a aumentar la cantidad de MR-BM [misiles atómicos] en Turquía. Sería extremadamente peligroso, creo”. McGeorg Bundy, su consejero especial, le respondió: “Pues bien, ¡es lo que hicimos señor Presidente!”. Se refería a los misiles nucleares Júpiter que Estados Unidos había instalado precisamente en Turquía, cerca de la frontera soviética, en 1961.

No obstante, el presidente Kennedy seguía convencido de que había que evacuar los misiles nucleares presentes a pocas millas de la Florida. Aún no eran operativos, de acuerdo a lo que afirmaba la CIA, pero su instalación continuaba y el factor tiempo era extremadamente importante. El secretario de Defensa, Robert McNamara, le recomendó al Presidente que no llevara el caso ante las Naciones Unidas: “Una vez que usted adopte el enfoque político, no creo que tenga la menor oportunidad de iniciar una acción militar”.

Al borde del abismo nuclear

Sometido a la intensa presión del Pentágono –ansioso por bombardear e invadir Cuba–, Kennedy tomó la sabia decisión de posicionarse contra esa opción. Sólo mucho tiempo después se descubrió que las fuerzas terrestres soviéticas instaladas en Cuba estaban equipadas, además, con misiles tácticos nucleares que habrían utilizado contra una invasión de las fuerzas estadounidenses...

El Presidente prefirió un embargo marítimo alrededor de la isla para impedir que los barcos soviéticos introdujeran otros misiles. El 22 de octubre, Kennedy explicó por televisión a los ciudadanos de Estados Unidos y del mundo, que la Unión Soviética “despreciando de manera flagrante y deliberada” la Carta de las Naciones Unidas, había instalado misiles nucleares en Cuba. “El mayor peligro habría sido no hacer nada”, destacó, explicando que había ordenado que se instaurara un estricto embargo contra todo equipo militar ofensivo embarcado hacia Cuba. Al mismo tiempo, una resolución estadounidense solicitaba “el desmantelamiento inmediato y la eliminación de todas las armas ofensivas instaladas en Cuba, y que esto se hiciera bajo el control de observadores de las Naciones Unidas”. En referencia al bloqueo, el Secretario General de la ONU, Sithu U Thant, relató más tarde: “Apenas podía creer lo que veía y escuchaba. Técnicamente significaba el comienzo de la guerra contra Cuba y la Unión Soviética. Que yo recuerde, fue el

discurso más funesto y más grave que haya pronunciado un jefe de Estado”.

Al fin, el alivio

Para provocar una desescalada de la crisis, U Thant instó a todos los miembros de las Naciones Unidas a que se abstuvieran de cualquier acción militar. Detrás de bambalinas habló con Kennedy, Krushev y Castro. A este último le confesó: “Si la CIA y el Pentágono siguen teniendo semejante poder, veo muy oscuro el futuro del mundo”.

Al mismo tiempo, Stevenson convertía el Consejo de Seguridad en el “tribunal de la opinión mundial”, como él lo llamó. El 25 de octubre presentó las fotografías de los misiles nucleares soviéticos en Cuba frente a un público perplejo y un embajador soviético incómodo que masculló: “Son pruebas trucadas...”. Stevenson explicó que Kennedy había ordenado el bloqueo sin consultarlo con el Consejo de Seguridad porque la Unión Soviética habría frenado cualquier resolución.

Los bombarderos estadounidenses habían invadido el aire, cargados de bombas nucleares y planos de vuelo que debían conducirlos hacia objetivos en la Unión Soviética. Las fuerzas de la OTAN en Europa Occidental estaban en estado de alerta. En el sur de Estados Unidos se reunían fuerzas militares norteamericanas. En el Caribe maniobraban barcos soviéticos y submarinos. En Cuba, soldados soviéticos trabajaban día y noche para que los misiles nucleares fueran operativos. Las fuerzas terrestres soviéticas de la isla, aisladas de todo aprovisionamiento de su lejano país, apuntaban los misiles nucleares tácticos hacia una posible fuerza invasora estadounidense. Cuba esperaba una invasión inminente y también posicionaba sus fuerzas armadas. Se acercaba el gran desastre.

Pero no se produjo, pues detrás de bambalinas se llevó a cabo una negociación. Firmemente decididos a evitar la guerra, Kennedy y Krushev se pusieron de acuerdo para retirar sus respectivos misiles de Turquía y Cuba y, el 28 de octubre de 1962, Estados Unidos prometió abstenerse de cualquier nueva agresión contra Cuba (promesa que no cumplió). El mundo respiró aliviado. A principios de noviembre, el conflicto potencial más peligroso de toda la Guerra Fría había sido evitado. ■

*Autora de *Reckless Gamble. The Sabotage of the United Nations in the Cuban Conflict and the Missile Crisis of 1962*, Nueva Orleans, University Press of the South, 2000. Todas las citas del artículo se han tomado de este libro.

Traducción: Gabriela Villalba

ИЗВЕСТИЯ





La perestroika, antesala del derrumbe

Una potencia sin aliento

por Jean-Marie Chauvier*

Hacia los años 80 ya era evidente la necesidad de una transformación del anquilosado aparato soviético. Fue Mijail Gorbachov quien inició el camino hacia el capitalismo y la democracia mediante una ambiciosa reestructuración que incluyó las célebres políticas de perestroika y glasnost.

En la primavera de 1985 sucedió lo impensable: el Kremlin cambió de rumbo. Desde lo alto del torreón de la fortaleza roja surgió el hombre, Mijail Gorbachov, por obra del cual cambiaría el rostro del mundo. El régimen de Brezhnev se hundía desde 1968 en el conservadurismo, la corrupción, el aventurismo militar en Afganistán y la gerontocracia. A partir de febrero de 1982, las altas esferas advirtieron la crisis. En esa época, cuenta Nikolai Rijkov, futuro primer ministro de Gorbachov, “la atmósfera en el país era irrespirable; más allá, estaba la muerte. [...] En 1982, por primera vez desde la guerra, los ingresos reales de la población dejaron de aumentar. Todo estaba bloqueado [...]. Lo peor era el clima moral” (1).

Sucesor de Brezhnev en noviembre de 1982, Yuri Andropov, ex director de la KGB, tenía una clara conciencia de la degradación e impulsó las primeras reformas. Su muerte prematura impuso un año de espera bajo el gobierno de Chernenko. La misma noche de su deceso, el 11 de marzo de 1985, sin ningún cuestionamiento concreto, la Secretaría General del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) fue confiada a Mijail Gorbachov (2).

En el curso del año anterior, Gorbachov había pulido su imagen de “renovador” mediante llamados a una “reestructuración total de la vida económica, social y cultural”.

En 1985-1987, los artífices de la prosa del futuro se acercaban enmascarados. Se trataba del “sector comercial” del Komsomol (organización juvenil del Partido Comunista), empresas autónomas, “coope-

rativas” privadas, *joint-ventures*, redes mafiosas. El vivero de los futuros oligarcas del capital financiero.

Hubo actores externos. El presidente estadounidense Ronald Reagan lanzó su Iniciativa de Defensa Estratégica (IDE) frente al “Imperio del Mal”. Departamento de Estado, CIA, Congreso estadounidense, estaciones de radio Free Europe y Svoboda y múltiples fundaciones se consagraron a la lucha contra el comunismo. Se brindó apoyo moral y financiero a los disidentes del Este, al movimiento polaco Solidaridad, a la resistencia afgana y sus redes islámicas. Sin olvidar el papel histórico del papa polaco Juan Pablo II. También se encontraron en el frente la Liga Anticomunista Mundial, la Liga de Naciones antibolcheviques, la secta Moon y otros sectores de la derecha dura.

Igualmente los medios de comunicación occidentales se movilizaron en contra de la URSS. El mito del reformista Gorbachov no podía ser sino un invento de los agentes influyentes de la KGB. Pero la ilusión que criticaban los periodistas cautivó rápidamente a los asesores en reformas liberales: el economista Anders Aslund (quien sería, junto con Jeffrey Sachs y el FMI, uno de los inspiradores de las reformas de la era Yeltsin) estaba en la URSS desde 1984; el financiero George Soros creó su primera fundación en Moscú en 1987. Faltaban dos años para la caída del Muro...

Condiciones objetivas

En primer lugar, las materias primas se revelaron posibles de agotamiento. La extracción de petróleo se detuvo y su cotización disminuyó. Los precios in- →



Desastre de Chernobyl. Ocurrido en Ucrania en 1986, este accidente nuclear fue una de las mayores catástrofes medioambientales de la historia, cuyas consecuencias siguen vigentes.



Bandera tricolor. Volvió a ser la insignia rusa a fines de 1993.

Restricciones comerciales

La enmienda Jackson-Vanik, aprobada en Estados Unidos en 1974, restringía las operaciones comerciales con los soviéticos. Fue introducida por la obstrucción que ejercía la URSS a la libre emigración de sus ciudadanos, en particular a los judíos. Recién a fines de 2012 Obama la derogó, tras el ingreso de Rusia a la OMC.

→ ternos en la URSS equivalían a un 20% del nivel mundial. Incluso el suministro a los países socialistas estaba muy por debajo de los precios internacionales. Para los dueños (sobre todo rusos) de estas riquezas, resultaba tentador incrementar las exportaciones hacia los países con monedas fuertes y a precios del mercado mundial.

En segundo lugar, las inversiones para la modernización se tornaban indispensables, pero se vieron bloqueadas por los embargos estadounidenses –especialmente la enmienda Jackson-Vanik– y la negativa de la URSS a abrirse a los capitales extranjeros.

La mano de obra escaseaba. El éxodo rural (93 millones de personas entre 1926 y 1979) se detuvo. El crecimiento demográfico disminuía en los países eslavos mientras aumentaba en los países musulmanes, acompañado por un fenómeno de subempleo. Las conductas reproductivas estaban fuera de control.

El sueño del *Far East* siberiano tenía fallas, los grandes emprendimientos como el nuevo transiberiano Baikal-Amur (BAM) carecían de mano de obra. De oeste a este y viceversa, se detuvieron las migraciones. El romanticismo de los pioneros desapareció. Y los altos salarios tampoco incentivaban lo suficiente.

La “economía en la sombra”, los intercambios no controlados (mercantiles o de trueque), el robo de los bienes públicos y el trabajo en negro desestabilizaban el sistema planificado. Este mundo informal estaba en manos de redes clánicas y criminales que gangrenaron al Estado soviético antes de colonizar a la Rusia de Boris Yeltsin. Finalmente, la carrera armamentista impulsada por Estados Unidos se volvió financieramente insoportable, más aun cuando la su-

perioridad tecnológica estadounidense era evidente.

En resumen, el modo extensivo de desarrollo estaba agotado. El sistema no controlaba los comportamientos sociales. La potencia se quedaba sin aliento en la competición con Occidente.

Sin embargo, la URSS en 1985 era un país desarrollado en sectores primarios como el carbón, el acero, los hidrocarburos y en campos más elaborados: aeroespacial, nuclear, electricidad, investigación básica, patentes de tecnología industrial, formación escolar, acceso masivo a la educación y la cultura. Contaba con aviones, cohetes, armas, máquinas herramientas y agrícolas, cereales, libros, películas, ciudades científicas y escuelas de matemática, física, agro-nomía, cine, etc., mundialmente reconocidas.

Un sistema de electrificación unificado cubría las necesidades de 220 millones de habitantes (sobre 280 millones). Unas 800 ciudades disponían de calefacción central urbana. En los años 80, el 48% de la población activa trabajaba en la industria, contra el 30-35% en los años 1950; la mayoría de los soviéticos se encontraba urbanizada (3). La enseñanza secundaria se generalizaba. El nivel de consumo, equipamiento de uso doméstico, la vida familiar y el tiempo libre se habían alejado del modelo frugal de la posguerra.

Este mayor bienestar material no impidió el profundo malestar moral que expresaron escritores, cineastas, cantantes y músicos de rock. Los ciudadanos tenían garantizado el acceso a una seguridad social básica, educación gratuita, un servicio de salud mínimo, transporte, agua, calefacción y electricidad con tarifas módicas. En los años 1970-1980, el mundo rural emergía de décadas de subdesarrollo material y social y de ciudadanía de segunda categoría (4). Una movilidad social elevada, la laicización de las mentes, la pasión por la lectura, el gusto por las artes y la investigación también formaban parte del balance de esta modernización (5).

Pero el gigantesco desarrollo social y sanitario se detuvo. La esperanza de vida se estancó, antes de hundirse en los años 1990, al igual que muchos otros indicadores de salud pública.

La era Brezhnev había “occidentalizado” además el modo de vida: vivienda privada, carrera por los bienes materiales, erosión de las tradiciones comunitarias campesinas o colectivistas. Nacía una sociedad de consumo (frustrada), fascinada por los logros de Occidente. Pero el peso específico de la industria extractiva y pesada, el retraso en la agroindustria, la química, la electrónica y la informática eran vistos como falencias de esta economía (mal) administrada que, por otra parte, degradaba el medioambiente con total irresponsabilidad.

La glasnost popularizó los diagnósticos económicos: caída de la tasa de crecimiento del ingreso nacional y de la productividad del trabajo; bajo rendimiento de los capitales invertidos; multiplicación de obras inconclusas; retraso de la mecanización com-

pleja y la automatización, así como de la informatización: algunas decenas de miles de computadoras personales en 1985, contra 17 millones en Estados Unidos. La parte de equipamiento obsoleto aumentó, y sólo era el comienzo (6). Por último se produjeron terribles desastres ecológicos, como la contaminación del Volga y del lago Baikal, la desecación del mar de Aral y el desastre de Chernobyl, en abril de 1986.

El mercado del empleo

En el inventario se insistía sobre la “crisis laboral”: bajo rendimiento, ausentismo, licencias por enfermedad, etc. Las causas invocadas eran la falta de estímulos materiales; la nivelación de los salarios; el exceso de personal; el empleo garantizado. La organización científica del trabajo y el taylorismo no tuvieron éxito en la URSS. Tampoco el fordismo: ganar más no bastaba para incentivar el trabajo, a falta de una oferta suficiente de productos de consumo masivo. La cantidad de mercadería se duplicó entre 1971 y 1985, mientras que la de dinero se triplicó. En busca de un mejor empleo, los trabajadores no privilegiaban sólo el salario más alto, sino la empresa que ofreciera vivienda, guardería y jardín de infantes en mejores condiciones.

¡Una relación de fuerzas desfavorable para los empleadores! En 1985, éstos reclamaron el derecho de despedir y lograron una reforma que “profesionalizaba” la enseñanza secundaria, donde aún predominaba un tronco común de formación general. Desde las reformas promovidas por el primer ministro Alexis Kosyguine en 1965, las elites tecnócratas reivindicaron en sordina un capitalismo inconfeso.

El fin del crecimiento creaba los cuellos de botella del ascenso social. El acceso a los títulos de propiedad, a las fuentes de riqueza monetaria, destrababan la situación. La masa obrera, engañada por las promesas de autogestión o de propiedad colectiva, sería de hecho excluida de esta gran redistribución de los bienes sociales. La “clase media” soviética (docentes, ingenieros, médicos, investigadores), mal remunerada pero simbólicamente favorecida por una ideología socialista que privilegiaba los valores no mercantiles de la cultura, fue una de las más destruidas por el mercado. El liberalismo encontró su base social entre los nuevos comerciantes, los intelectuales mediáticos y la nomenklatura modernista.

Las reformas de 1986-1988 liberaron la iniciativa privada en las empresas y cooperativas. Ofrecieron a los “circuitos en la sombra” ocasiones de blanqueo y nuevos fondos, fugados a paraísos *off-shore* gracias al desmantelamiento del monopolio estatal del comercio exterior. El espacio soviético se convirtió en presa del saqueo de las materias primas y la desagregación territorial. Además de los nacionalismos periféricos, las tendencias separatistas eran alentadas por el equipo de Yeltsin, partidario de la disolución de la URSS.

El factor clave del vuelco fue la metamorfosis de la nomenklatura que, junto con los nuevos secto-

res de negocios favorecidos por el poder, formaría la nueva clase adinerada. ¿Había una alternativa al desmoronamiento del sistema y a la disolución de la URSS? Historiador del campesinado, Viktor Danilov cuestiona la teoría de la fatalidad: “No hubo un fracaso de la economía, ni de la sociedad; no hubo un ‘crack’ de la URSS, al menos hasta el otoño de 1988. Son los grupos de intereses egocéntricos los que indujeron el caos”. Según críticos que podrían calificarse de keynesianos, Mijail Gorbachov habría perdido la oportunidad de llevar a cabo una transición gradual, controlada por el Estado, introduciendo los mecanismos de mercado y salvaguardando las garantías sociales soviéticas.

Salida al capitalismo

La “terapia de shock” de Egor Gaidar decidió otra cosa. Una historia de la perestroika debería aclarar la serie de reformas y decisiones políticas que precipitaron la “salida”. Sin olvidar las presiones internacionales. La deuda externa pasó, entre 1985 y 1989, de 28.900 a 54.000 millones de dólares. En 1990-1991, el G7 y el FMI señalaron el camino a seguir.

La redistribución de las riquezas y el poder, su dinámica de desigualdad y conflicto, combinada con la desagregación de la URSS y la apertura de los espacios soviéticos a los apetitos exteriores, generaron un nuevo tipo de crisis que se radicalizaría.

Pero, ¿quién hubiera imaginado que ya en 1985 la dirección soviética estaba subvertida por el capitalismo? En una nota dirigida a Gorbachov, Iakovlev, el principal ideólogo del PCUS, recomendaba la restauración de la economía de mercado, “el propietario como sujeto de las libertades”, la gestión económica “en formas ligadas a los bancos”, un mercado de capitales y... el fin del monopolio del PCUS, calificado de “Orden de los Caballeros Portaespadas”. Dicha nota fue escrita el 3 de diciembre de 1985 (7). Iakovlev recibió el sobrenombre de “arquitecto de la perestroika”. ■

1. Nikolai Rijkov, “Perestroika: istoriia predatel'stv”, *Novosti*, Moscú, 1992.
2. A propuesta del jefe de la diplomacia, Andrei Gromyko, último “líder histórico” en el puesto, lo que bastó para hacer callar a los potenciales rivales.
3. Incluyendo, desde luego, aglomeraciones semi-rurales y ciudades “rurales”.
4. En esa época los koljozianos obtuvieron el “pasaporte interno”, un documento de identidad que permitía a los ciudadanos soviéticos viajar libremente a través de la Unión.
5. Sobre la modernización de la URSS, véase Moshe Lewin, *El siglo soviético*, Crítica, Barcelona, 2006.
6. En el 2005 el diagnóstico se agravaba aún más: equipamiento, infraestructura, medios de transporte público, vivienda, etc. envejecían inexorablemente.
7. Alexandre Iakovlev, *Gorkaia Tchacha*, Yaroslav, 1994.

*Periodista.

Traducción: Gustavo Recalde

RUMBO AL CAMBIO

1985

Una nueva era

En marzo Gorbachov es elegido Secretario General del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS).

1986

Reformas radicales

XXVII Congreso del PCUS. Hacia la “reforma radical”. Abril: explosión del reactor 4 de la central nuclear de Chernobyl, en Ucrania.

1988

Democratización

Conferencia del PCUS que preconiza la democratización política. Retirada de las tropas soviéticas de Afganistán.

1989

Punto de quiebre

Giro liberal en las reformas. El 9 de noviembre cae el Muro de Berlín.

1991

Mundo unipolar

Intento de golpe de Yeltsin, luego elegido Presidente de Rusia. Disolución de la URSS.

1992

Conversión al capitalismo

“Terapia de shock” y comienzo de las privatizaciones.





El surgimiento de una nueva nomenklatura

Terapia de shock ultraliberal

por Vicken Cheterian*

Bajo el asesoramiento del FMI y el Banco Mundial, Boris Yeltsin aplicó una dura política de ajuste que apuntó a la creación de una clase de propietarios y de un sistema de libre mercado a la occidental, ignorando las particularidades rusas. El resultado fue un gran descalabro social.

Luego de la renuncia de Mijail Gorbachov, Boris Yeltsin lanzó, a comienzos de 1992, una “terapia de shock” destinada a pasar del estatismo al capitalismo. Cinco años después (1) el balance era el siguiente: Rusia perdió catorce repúblicas, perdió el 47% de su producto nacional bruto y perdió un millón y medio de habitantes...

En 1998, la economía rusa tenía muy pocas buenas noticias para anunciar. La caída de los precios del petróleo y la frágil situación del rublo arruinaron las pobres esperanzas de revertir la declinación económica que padecía desde hace una década.

La “terapia de shock” introducida por el gobierno de Egor Gaidar a comienzos de 1992 no pudo mantener su promesa: transformar la economía estatal soviética en un sistema capitalista de tipo occidental. Y si bien es cierto que las góndolas vacías de los últimos años del régimen soviético se llenaron, esto se explica en parte por la disminución del consumo y la invasión de los productos extranjeros. A pesar de que, luego de la hiperinflación de 1992-1994, el rublo se estabilizó, no cubría sino un débil campo de las actividades económicas; otra parte operaba en dólares y alrededor del 70% de los productos industriales y agrícolas se intercambiaban en base al trueque.

El complejo militar-industrial, al que se destinaba la mayor parte de las inversiones, constituía el zócalo de la economía soviética. “Las decisiones que se tomaron en 1991-1992 fueron el resultado de

una situación concreta: una crisis presupuestaria y financiera muy profunda, la caída en la producción, la escasez de la oferta y el riesgo de hambruna en las grandes ciudades –analiza Andrei Netchaev, ministro de Economía en 1992-1993–. Hemos intentado utilizar los mecanismos del mercado para salir de la crisis. En tales condiciones, ustedes no reflexionan sobre los detalles concretos de la estructura de las reformas, del tipo: ¿por qué reemplazar el complejo militar-industrial?”.

Cuando se comenzó con la liberalización de los precios y, posteriormente, con la privatización masiva, los objetivos estaban formulados de este modo: estabilización económica (2) y creación de “propietarios efectivos”, es decir, de una propiedad privada.

Una de las intenciones proclamadas de la privatización por *vouchers* (certificados de propiedad potenciales) fue la equidad. Cada ciudadano ruso podía recibir un cupón de 10.000 rublos. Esos cupones daban derecho a la compra de acciones en las empresas privatizables, a través de las inversiones directas o por intermedio de fondos de inversión (3). Los directores y los obreros se beneficiaban con derechos especiales para adquirir una parte mayoritaria de su empresa, un enfoque que alineó a estos grupos sociales con la idea de la privatización.

“Necesitamos millones de propietarios, no un pequeño grupo de millonarios”, declaraba el presidente Boris Yeltsin en 1992. Anatoli Chubáís, entonces →



Guerra de Chechenia. Yeltsin decidió invadir Chechenia en 1991 con un ejército que no estaba preparado ni militar ni tácticamente, por lo que sufrió grandes derrotas a manos de la guerrilla.



Muertes. El conflicto checheno se caracterizó por la gran cantidad de población civil asesinada de ambos bandos.



Símbolo comunista. Ilustra la unión de obreros y campesinos.

→ a la cabeza del Comité de Bienes del Estado, afirmó que el verdadero valor de los cupones se encontraría “en algún lugar entre” los 10.000 rublos y los 20.000 dólares. Mientras tanto, la mayoría de los rusos no se enriquecía, muy por el contrario: las reservas acumuladas en los bancos soviéticos se evaporaban por la hiperinflación y los ciudadanos comunes intercambiaban sus bonos por efectivo para comprar bienes de primera necesidad.

Tres grupos sociales habrían encontrado un beneficio en esas privatizaciones. El primero estaba constituido por los que habían estado implicados en actividades ilegales o el intercambio de dólares en las especulaciones de todo tipo, bajo el régimen soviético, medio conocido bajo la denominación de *vor v zakoni* (“ladrones en regla”). Estas personalidades de pasado criminal no sólo intentaron aprovechar nuevas oportunidades económicas, sino también ascender escalones políticos. Sin embargo, y a pesar de las importantes cantidades de liquidez que habían acumulado (según las normas soviéticas), estos “ladrones en regla” no lograron dominar siquiera una fracción de las enormes industrias, del mercado inmobiliario o de los recursos naturales.

¡Sálvese quien pueda!

Los ejecutivos del sector industrial formaban el segundo grupo. Eran los propietarios no declarados de las fábricas o de las minas que “administraban”. Con el debilitamiento del Partido Comunista, se convirtieron en los dueños absolutos de sus empresas. Sin embargo, dudaron en impulsar el programa de privatización porque dependían ampliamente de las subvenciones del Estado y no tenían ninguna posibilidad

de lanzarse a los mercados. Sólo suscribieron en el momento en que Chubáís propuso que los miembros de las empresas (los *insiders*) las controlaran, lo cual prácticamente significaba que éstas, en propiedad del Estado, se convertían en una sociedad mediante acciones que en su mayor parte volvían a los ejecutivos... No obstante, sólo algunos sectores volcados hacia la exportación pudieron sobrevivir a la terapia de shock, mientras que gran parte de la industria se encontraba al borde de la quiebra.

Los ganadores fueron los actuales dueños de los grupos industriales y financieros (GIF). Reconocen dos orígenes: los dirigentes ubicados en lo alto de la nomenklatura, que dominaban los ministerios y las industrias de exportación, y la nueva generación de la nomenklatura, los dirigentes del Komsomol (organización juvenil del Partido Comunista) o la joven elite cultivada que comprendió cómo sacar provecho de los cambios de situación. Estos jóvenes a menudo comenzaron sirviendo a la vieja nomenklatura, pero al final la boicotearon.

Esta doble red aprovechó una gran acumulación de riquezas durante los años de caos, entre 1990 y 1994. Para ganar dinero, uno de los artificios fue la utilización de las diferencias entre los precios rusos y los flujos mundiales: como el precio del petróleo era inferior en el mercado local –1% de los precios internacionales– los negociantes ganaron enormes sumas vertiéndolo en los mercados exteriores. Más adelante, este grupo “privatizó el presupuesto del Estado” (4) “administrando” la moneda nacional, sin dejar de especular con divisas extranjeras o bonos del Estado rentables. Algunos recibieron créditos del Banco Central con tasas de interés que iban hasta

Asalto al Parlamento

En 1993 Boris Yeltsin se proponía anular las funciones del Soviet Supremo y del Congreso de Diputados, ante lo cual el Poder Legislativo lo destituyó. En nombre de la “defensa de la democracia” ordenó bombardear la “Casa Blanca”, sede del Parlamento en Moscú.

© Carsten Medom Madsen / Shutterstock



Muro de Berlín. Su caída el 9 de noviembre de 1989 preanunciaba el fin del orden mundial bipolar.

el 25%, mientras que la inflación en ese momento alcanzaba el 2.500%.

Luego de acumular enormes capitales, esos grupos invirtieron en industrias rentables. Los ganadores pertenecen, pues, al tercer grupo y no son para nada los antiguos “directores rojos”. Así, “en 1996, los dirigentes habían recibido menos del 2% del PIB proveniente de la privatización por bonos”, mientras que en 1992, año pico, los que estaban mejor ubicados se apropiaban de “no menos del 75% del PIB” (5).

Bastante consolidada en su poder, la nueva elite se lanzó a un combate interno para apoderarse de las mejores joyas en propiedad del Estado, de tesoros preciados como el de Rosneft (última parte del sector del petróleo que quedaba bajo control estatal), del resto de Sviyazinvest (gigante de las telecomunicaciones), etc. Si, en 1992, los jóvenes reformadores estaban aterrados por el desacuerdo masivo de la población frente a su política, la ausencia de una verdadera oposición volvió omnipotentes a las clases dirigentes.

Reformas sin recuperación

Mientras la esperanza de una recuperación basada en la inversión extranjera se desvanecía –entre 1991 y 1998 sólo representó 10 mil millones de dólares–, un nuevo concepto tomaba forma: el pilar de la economía rusa iba a ser el sector energético. La idea que se mantuvo fue la de que los sectores en crisis –los de la construcción y el equipamiento, las viejas fábricas militares– podrían ser reconvertidos para volver a poner a punto las infraestructuras energéticas y ayudar a crear miles de empleos.

El sector energético representa un vasto e importante campo. No es por azar que el primer minis-



© VLADJ55 / Shutterstock

Desindustrialización. La URSS tenía un fuerte desarrollo de la industria pesada, en especial la metalúrgica. Con la salida al capitalismo el Producto Bruto Industrial cayó un 20%.

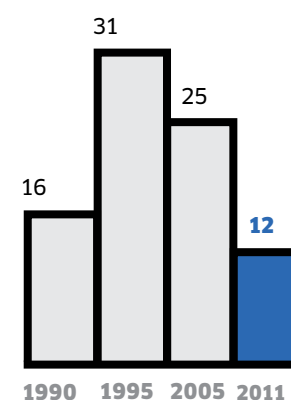
tro de la Rusia postsoviética, Viktor Chernomyrdin, fue el antiguo director de Gazprom, mientras que su sucesor, Viktor Kirienko, siguió el mismo recorrido. Gazprom, el monopolio de gas natural, detenta el 32% de las reservas mundiales mientras que el petróleo constituye el 15% de las exportaciones del país. Incluso se pretendía que los recursos energéticos rusos y sus rutas de transporte, entre Asia Central y Ucrania o Transcaucasia, estuvieran en la base de la integración de la Comunidad de Estados Independientes (CEI). La disminución de los precios del petróleo hizo fracasar esos sueños y planteó críticas. “El pilar más importante en el proceso de reformas económicas no habría debido apoyarse en el petróleo y el gas, sino en la ciencia y la tecnología del complejo militar-industrial” (6). Las privatizaciones no condujeron a una modernización tecnológica y a una reestructuración (como es la tendencia en Occidente).

La mayoría de las industrias eran incapaces de pagarles a sus empleados. El problema central al que debió hacer frente el aparato productivo no era la falta de pedidos, sino una escasez crónica de efectivo que conducía a la acumulación de deudas interempresariales, a la incapacidad de pagar impuestos y a los acreedores.

Mientras que la globalización de la economía provocaba la formación de compañías gigantes, en Rusia se adoptó el camino inverso, con la reducción de los enormes monopolios del Estado a pequeñas unidades, es decir, a empresas individuales desprovistas de sentido. Pero la tendencia aspiró a invertirse, con los intentos de fusión entre Yukos y Sibneft, o el complejo industrial de San Petersburgo, →

Aumento del crimen

(homicidios intencionales cada 100 mil habitantes)



Anomia

El fin de la Unión Soviética comportó una parálisis de las fuerzas de seguridad que condujo a un aumento de la tasa de homicidios.

OFENSIVA EN EL ARTE

El drama del teatro

por Béatrice Picon-Vallin*

Desde el siglo XIX, el teatro ocupó un lugar excepcional en la vida social rusa. Se le asignaron múltiples funciones: educar, enaltecer a los espectadores, aglutinarlos en una comunidad, transformarlos en hombres nuevos (vanguardia revolucionaria), ser instrumento de propaganda activa, transmitirles una carga de energía para vivir, o una visión simplificadora del mundo (realismo socialista).

Después de la asfixia del período estalinista, el deshielo produjo el oxígeno necesario para que el teatro se transformara en un lugar de resistencia donde una construcción visual metafórica fortalecida por el juego de alusiones podía encender la sala, crear lazos de complicidad entre actores y público. “El teatro es un arte y a la vez puede ser algo más que arte”, afirmaba en 1914 Vsevolod Meyerhold. Eso fue el teatro ruso de los años 1910 y 1920, 1960 y 1970.

De 1964 a 1984, el Teatro de la Taganka en Moscú fue la encarnación de un teatro intrínsecamente político: planteaba al público cuestiones cruciales sobre la guerra, los crímenes estalinistas, el poder y la impostura, profundizando en temas que fuera de sus paredes sólo eran abordados en la intimidad de los hogares.

En 1988, la multiplicación eufórica de pequeños espacios se produjo a la par de una negativa a la subvención y a la afirmación de que el teatro no debía ser más que un arte. La economía los alcanzó y los devoró hasta conseguir su casi total desaparición. El teatro tuvo que buscarse otro lugar, una nueva función en un contexto a la vez menos protegido y menos vigilado. Tras el fin del comunismo, una de las pocas herencias culturales soviéticas fueron sus estructuras teatrales: los aproximadamente 600 teatros subvencionados, con elencos estables y de dimensiones imponentes.

Mientras que las estructuras cinematográficas se fueron a pique, los teatros permanecieron, en virtud de la fuerte atribución simbólica con que fueron investidos. Pero la existencia de esos grandes dinosaurios a menudo esclerosados parece precaria y amenazada, ya que la ayuda del Estado cuenta con un presupuesto cada vez menor, signo de la regresión del teatro en la escala de los valores públicos.

En 1997, un primer Congreso instauró la salvaguardia de todos los teatros cuya supresión dejaría desocupados a muchos artistas. Rusia se aferró entonces a esos últimos “colectivos” que son los grandes elencos permanentes. Éstos sabían que una vez dilapidado ese patrimonio excepcional, no sería recuperado jamás.

Esta columna es un fragmento del artículo “Laboratorio ruso hacia un teatro público”, *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, julio de 2000.

*Directora de Investigación en el Centre Nationale de la Recherche Scientifique (CNRS), Laboratorio de Investigación sobre las Artes del Espectáculo.

Traducción: Yanina Guthmann

→ Izhorskiye Works con Uralmash. Pero, ¿por qué el gobierno ruso fragmentó sus industrias en tantas unidades? Porque “demasiados hombres de negocios importantes querían su parte. Había que satisfacerlos a todos. Así, la industria [del petróleo] fue dividida en dieciséis trozos principales y distribuida entre los más poderosos” (7).

Las reformas rusas no contemplaban ningún programa de modernización. En lugar de esto, organizaron una transferencia masiva de bienes de propiedad del Estado hacia el campo privado. Boris Kagarlitski, escritor, político y militante, considera que los reformadores “ni siquiera adoptaron una estrategia de libre mercado para favorecer la recuperación económica”. La manera en que se llevaron a cabo las reformas despertó serias dudas sobre la capacidad de crear un mercado similar a los que existían en los países posindustriales. En más de seis años, Rusia no logró elaborar un sistema jurídico. Si creemos a Kagarlitski, “no es posible tener una privatización tan masiva en tan poco tiempo dentro de estructuras jurídicas fijas; ningún sistema jurídico podría cubrir eso”. Lo que funcionaba, pues, eran las relaciones informales y la confianza.

Protección privatizada

A menudo, Rusia es percibida injustamente en los medios occidentales como un país peligroso, donde el crimen está muy desarrollado. En realidad, allí la criminalidad es muy selectiva, y suele estar organizada por poderosos contra poderosos. Tamaños riquezas no pueden dividirse sólo en base a la confianza, y los conflictos se arreglan mediante la violencia individual. Desde otro punto de vista, el desarrollo de la *krisha* (“protección” de la mafia en los asuntos privados y el cobro de deudas), de los guardias privados y de la extorsión es una manera de privatizar otra función del Estado, la de la seguridad. Una parte importante de los miembros de la KGB y de las tropas de elite del ejército dirige agencias de seguridad...

Como consecuencia de una década de disturbios políticos y de shocks sin terapia, el Estado ruso se encontraba muy debilitado y era incapaz de imponer una disciplina fiscal. El sector administrativo estaba increíblemente desmotivado y corrompido.

La debilidad del Estado tendrá consecuencias negativas, no sólo sobre la solución del problema de la injusticia social, sobre el peligroso desequilibrio en aumento entre las regiones en crisis y las regiones ricas, sino también en la creación de un ambiente seguro para las inversiones. Diferentes evaluaciones de la huida de capitales en cinco años (1990-1995) la sitúan entre los 35 y los 400 mil millones de dólares (8), mientras que otros análisis evalúan las sumas guardadas por los particulares, habida cuenta de la desconfianza respecto del sistema bancario, en 40 mil millones de dólares. Aunque sea difícil garantizar la precisión de esos datos, adquieren sentido



Guerra de Afganistán. El apoyo soviético al Partido Democrático Popular frente a los rebeldes mujaidines -principalmente sostenidos por Estados Unidos- acabó en una derrota para la URSS, con un enorme costo político y económico.

cuando se sabe que para reestructurar y modernizar la industria, era necesaria una inversión total de capital de 150 a 300 mil millones de dólares.

Recursos naturales y humanos

Hablar de reformas en Rusia es generoso. Lo que se produjo fue el derrumbe del sistema. La Unión Soviética era una extrañeza histórica: mientras que descansaba en una ideología igualitaria, la mayoría de la población no tenía nada que decir en política (si se exceptúa su participación durante los desfiles del Día de la Victoria...). Sí es verdad que la elite, en razón de su ideología, no podía vivir en condiciones tan lujosas como sus homólogos capitalistas de Occidente. Pero la metamorfosis se soldó con una larga lista de retrocesos que incluyeron la pérdida del estatus de superpotencia, de Europa del Este, de catorce ex repúblicas soviéticas, la caída del PIB en un 47% en cinco años y, desde 1992, la disminución de la población rusa en un millón y medio de habitantes (9)...

Rusia es extremadamente rica, no sólo por sus recursos naturales, sino también en razón del nivel de instrucción de su población y de la existencia de infraestructuras industriales desarrolladas. El problema aquí es que la recuperación económica, que coincide con una burocracia corrompida y un Estado débil, en un ambiente marcado por la desocupación y el alcoholismo, podría seguir acumulando contradicciones. Por un lado, sectores muy desarrollados -tales como las industrias espaciales y armamentista, la producción energética y la química,

el rico sector bancario y algunos servicios-; por el otro, un sector agrícola bastante fuerte como para resistir a su destrucción, pero incapaz de modernizarse porque “nadie lo necesita”. Algo puede considerarse seguro: las reformas no pondrán fin al viejo debate sobre “la excepción rusa”. ■

1. Este artículo se publicó en *Le Monde diplomatique*, París, en septiembre de 1998.
2. Anatoli Chubáis y Marina Vishnevskaya, “Main issues of privatisation in Russia”, en Anders Aslund (director), *Russia's Economic Transformation in the 1990s*, Londres y Washington, Pinter, 1997.
3. Véase Jean-Jacques Marie, “L'arnaque des privatisations en Russie” y Jean-Marie Chauvier, “Tourbillon de crise en Russie”, *Le Monde diplomatique*, París, noviembre de 1992 y octubre de 1993 respectivamente.
4. Serguei Markov, “Big money's origin: The three stages”, *Izvestia*, 18-9-1997, en *Current Digest of Post Soviet Press*, N° 38, 1997. Véase también la serie de artículos de Myriam Désert y Gilles Favrel-Garrigues en *Les capitalistes russes*, La Documentation Française, N° 789, París, agosto de 1997.
5. Anders Aslund, “Epilogue”, en *Russia's Economic Transformation...*, op. cit.
6. Oleg Pchelintsev, *Nezavisimaya Gazeta*, Moscú, 14-4-1998.
7. *The Economist*, Londres, 24-1-1998.
8. Vladimir Tijomirov, “Capital flight from post-Soviet Russia”, en *Europe-Asia Studies*, Glasgow, Vol. 49, noviembre de 1997.
9. AFP, Moscú, 30-12-1997.

*Periodista. Autor de *War and Peace in the Caucasus: Ethnic Conflict and The New Geopolitics*, Columbia University Press, Nueva York, 2012 (2009).

Traducción: Gabriela Villalba

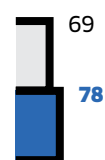
Multimillonarios

Los oligarcas rusos son algunos de los hombres más ricos del mundo gracias a las privatizaciones de los años 90. Uno de los más famosos es Roman Abramóvich, dueño del equipo de fútbol inglés Chelsea. Abramóvich era socio de otro poderoso hombre de negocios, Boris Berezovsky, que murió en misteriosas circunstancias en su mansión en Londres en marzo de 2013.

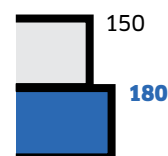
Fuerte endeudamiento

(deuda externa acumulada, en miles de millones de dólares corrientes)

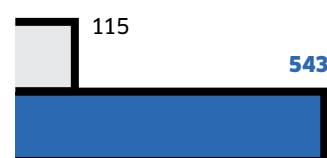
1992



1999



2011



Argentina
Rusia

116 mil

empresas públicas

Pasaron a manos de particulares como resultado del proceso de privatización, equivalente a cerca del 50% del PIB.



2

La configuración de un nuevo país

RUSIA HACIA ADENTRO

El inicio de la era Putin en 1999 significó la llegada de un hombre fuerte que reconstruyó el Estado con altas dosis de autoritarismo. El aumento sostenido del PIB y la concentración de poder en el Ejecutivo, apoyada en una retórica nacionalista, aportaron mejoras económicas y estabilidad al país. Sin embargo, sin una adecuada política distributiva, estos procesos acarrearón un incremento de las desigualdades, retrocesos en materia de derechos sociales y un ostensible desdén por las formas democráticas y la libertad de expresión.





Los mecanismos de la “democracia dirigida”

Por qué Putin es tan popular

por Jean Radvanyi*

La permanencia de Vladimir Putin en el gobierno por más de una década se explica en parte por el rápido crecimiento económico apoyado en la recuperación del control de la renta sobre las materias primas, pero también por la consolidación de un régimen que dificultó la emergencia de la oposición.

El amplio apoyo de la opinión pública rusa a quien dirige el país desde hace ya muchos años provoca diversas interpretaciones en Occidente. Para algunos resurgen los viejos tópicos, en primer lugar la supuesta incapacidad casi genética de los rusos de transitar el camino de la democracia y de prescindir de un poder autoritario. Otros invocan el recurso del poder a diversos mecanismos de coerción que, cuestionando los frágiles y contradictorios logros del período de Boris Yeltsin, explicarían la marginación de la oposición. Volveremos luego sobre estos mecanismos que los rusos denominan, con un bello eufemismo, la “democracia dirigida”. Sin embargo, no podría comprenderse el actual nivel de adhesión de los rusos a su Presidente sin tener en cuenta otros factores fundamentales, que marcan la reciente evolución de Rusia.

El temor al enemigo

Cuando Vladimir Putin accedió al poder, a fines de 1999, primero como Primer Ministro, luego, en marzo de 2000, como Presidente, Rusia vivía una profunda desestabilización. Las caóticas reformas implementadas por Yeltsin habían debilitado al Estado, al punto que éste dejó de ejercer el conjunto de sus funciones soberanas: numerosas regiones y repúblicas poseían su propia legislación, que contradecía –en cuestiones a menudo importantes– a las instituciones federales. En muchos casos, gobernadores y presidentes loca-

les se arrogaron la designación de los responsables regionales de administraciones clave como el fisco, las aduanas o el Ministerio del Interior, alentando así prácticas de corrupción o de nepotismo.

Al mismo tiempo, el Estado vio cuestionado el control que ejercía sobre su principal fuente de ingresos: el beneficio de la renta sobre las materias primas. Diversos mecanismos legales o ilegales (cesión de activos a empresas fantasma *off-shore*, multiplicación de intermediarios financieros que facilitaban la evasión de ganancias, etc.) permitieron a las grandes empresas rusas creadas en el marco de las oscuras privatizaciones de la era yeltsiniana –ya sean privadas como Yukos o mixtas como Gazprom– evadir en gran medida impuestos y tasas, privando al Estado de todo margen de maniobra financiera. Para muchos observadores, lo que estaba en peligro era el propio funcionamiento de la Federación. Muchos rusos consideraban que su país corría el verdadero riesgo, si no de estallar, en todo caso de perder definitivamente sus últimas oportunidades de resurgir.

Esta sensación de desmoronamiento se extendía tanto más cuanto que el contexto internacional resultaba muy particular: Estados Unidos y sus aliados atlánticos libraban una ofensiva sin precedentes para reducir la influencia de Moscú en todo su espacio tradicional. Elaborada muy tempranamente por algunos asesores estadounidenses, esta estrategia apuntaba explícitamente a rechazar –*roll back*– la influencia →

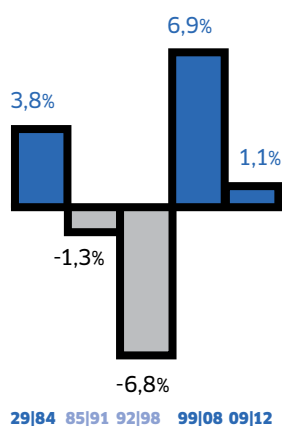


© Ivan Pavlov / Shutterstock

Código Laboral. Vigente desde 2002, favorece a los empresarios.

Recuperación económica

(crecimiento anual promedio del PIB)



Crecimiento sostenido

Desde que asumió, Putin contó con un contexto internacional favorable: los precios del petróleo y el gas se mantuvieron altos y su exportación aumentó, sobre todo gracias a la creciente demanda de India y China.

→ rusa. Se basaba en los efectos desastrosos de la política chechena del Kremlin y en las torpes presiones, militares o económicas, que este último seguía ejerciendo sobre sus vecinos. Buscaba así reforzar la imagen negativa de Rusia, al punto de que algunos observadores no dudaban en hablar de rusofobia.

Lejos de responder positivamente a los gestos de buena voluntad dados por el jefe de Estado ruso después del 11 de septiembre de 2001, Estados Unidos los consideró señales de debilidad y reforzó su presencia en toda esta zona, incluso con las “revoluciones de colores” en Georgia y Ucrania. Además de una creciente intervención en los ámbitos diplomático y militar, los estadounidenses utilizaron todo tipo de instrumentos de influencia, desde las iglesias y las sectas hasta las organizaciones no gubernamentales locales. Y cuando no podían hacerlo ellos mismos directamente, no dudaban en financiar a estas últimas a través de diversos organismos internacionales, e incluso programas de la Comisión Europea.

Ahora bien, aunque resultara ciertamente legítimo ayudar a estos jóvenes Estados independientes a emanciparse de su molesto vecino, la nueva política estadounidense –y en gran medida europea– implicaba considerar que Rusia ya no tiene intereses propios ni en Europa del Este ni en torno al Mar Caspio. En este contexto, a los dirigentes rusos, más allá del partido en el poder, les resultó muy fácil persuadir a la opinión pública de su país de que Estados Unidos –con el consentimiento tácito de la Unión Europea– buscaba debilitar irreversiblemente a Rusia. Se trataba, explicaban, de reducirla a un papel secundario como país proveedor de algunas materias primas, cuya explotación, por añadidura, sólo podría hacerse gracias a la participación de las grandes compañías occidentales.

Sin duda este temor al caos fue deliberadamente exagerado por algunos sectores cercanos al Kremlin con el fin de facilitar la recuperación del control. Pero para comprender a la vez las medidas implementadas a partir del 2000, y su aceptación por parte de un amplio sector de la población rusa, es necesario conocer la dimensión de este temor, profundamente arraigado en una opinión pública traumatizada por las sucesivas crisis de los años 90 y el debilitamiento de su país en la arena internacional.

Reconstrucción patriótica

En el campo de la política interior, la acción del nuevo Presidente se ejerció principalmente a partir de cuatro ejes: se trató a la vez de retomar el control de la renta sobre las materias primas, de reconstruir la industria rusa y de reinstaurar el campo institucional ruso en las regiones, dotándose al mismo tiempo de una mayoría política estable. Diversos, a menudo brutales, los métodos utilizados combinaron frío pragmatismo con instrumentalización de las disparidades. Todos se inscribían en una retórica de reconstrucción patriótica que encontró amplia aceptación en la opinión pública. Es sobre este terreno que

Putin podía justificar la “guerra sucia” llevada a cabo en Chechenia.

Apoyándose en los “superprefectos” designados a partir de mayo de 2000, el Kremlin retomó el control de las administraciones regionales, obligando a los presidentes de repúblicas y gobernadores de regiones –a quienes privó de su inmunidad parlamentaria– a respetar las leyes y las normas presupuestarias y fiscales federales. A partir de 2004, pasó a designárselos bajo propuesta del Kremlin. De ser necesario, la administración presidencial seducía a los líderes regionales potencialmente críticos (como Yuri Lujkov, alcalde de Moscú entre 1992 y 2010) con algunas concesiones, como la promesa de permanecer en sus cargos. Sin embargo, no dudaba en forzar la renuncia o accionar judicialmente contra quienes continuaran resistiéndose.

En julio de 2000, el Presidente convocó al Kremlin a veintitún oligarcas y los obligó a tomar una decisión (1): si no querían que la administración escarbara en su pasado, debían apoyar el esfuerzo del gobierno por la recuperación del país absteniéndose de intervenir en el campo político. Aquellos que no aceptaron fueron rápidamente desplazados: tres debieron incluso exiliarse (Boris Berezovski, Vladimir Gussinski y Mijail Chernoi). Un sector de la prensa rusa recordó al pasar el origen judío de varios de ellos. Y la detención de Mijail Jodorkovski, dueño de Yukos, ilustró la determinación del Kremlin. Este magnate del petróleo acababa de anunciar en los medios de comunicación su intención de vender el 40% de las acciones de Yukos a la estadounidense Exxon-Mobil y presentarse en las próximas elecciones presidenciales. Fue condenado por fraude a nueve años de prisión, y su grupo desmantelado. Era el comienzo de la reorganización de la industria, que vería a la administración presidencial reafirmar su preeminencia en todos los sectores estratégicos, desde los hidrocarburos al nuclear, pasando por el armamento y las nuevas tecnologías.

Sin embargo, no se trató de una reestatización o de un retorno al sovetismo. En un oscuro contexto, la economía rusa se volvió realmente capitalista. Si bien los grandes grupos nacionales controlados por el Estado dominan los sectores estratégicos (algunos públicos, otros privados, aceptando a menudo una participación extranjera con la condición de que sea minoritaria), la mayor parte de las empresas y los servicios siguen siendo privados y abiertos al mundo como sin duda jamás lo fueron en Rusia.

El objetivo perseguido por el Kremlin era pues muy diferente: se buscaba, basándose en los elevados precios del crudo, reconstruir una industria diversificada y rentable, con grupos rusos capaces de competir en el terreno con las multinacionales occidentales. Los efectos de esta política, en el contexto de la suba de los hidrocarburos, fueron sorprendentes: en 2006, por primera vez, el Producto Interno Bruto ruso recuperó su nivel anterior a 1991, y los ingresos promedio del país se incrementaron considerable-

mente. Sin duda allí reside, junto con la estabilidad institucional recuperada, la clave de la popularidad del presidente Putin.

Sin embargo, lejos de ello, no todos los rusos se beneficiaron de este crecimiento. Y la opinión pública no acepta todos los sacrificios que el poder le exige: prueba de ello es la gran ola de manifestaciones contra la reforma previsional que tuvo lugar a comienzos de 2005, que perjudicaba a los sectores más débiles: jubilados, pequeños funcionarios. El gobierno debió entonces modificar su política social...

Debilidades y contradicciones

Al recibir a un grupo de expertos de Rusia (en septiembre de 2007), el titular del Kremlin declaraba que, según él, “la democracia y el multipartidismo seguían siendo los únicos garantes de una verdadera estabilidad de Rusia en el largo plazo”, y afirmaba sostener, por ejemplo, la idea de la creación de un verdadero partido socialdemócrata. Pero agregaba inmediatamente que la implementación de este multipartidismo “llevaría décadas” (2). Muchos dirigentes políticos, incluso en la oposición, comparten esta apreciación, que refleja una profunda duda respecto de la madurez del electorado.

En la práctica, la administración presidencial modificó profundamente el ejercicio de la democracia estos últimos años, tornando más difícil la inscripción de los partidos y asociaciones (particularmente, las organizaciones no gubernamentales, sospechadas de ser sensibles a las influencias occidentales), o reformando la ley electoral para suprimir la elección de diputados por circunscripción (que permitía a los líderes de la oposición ser elegidos aun cuando su partido no superara, en el sistema de representación proporcional, el umbral eliminatorio del 7%). El control sobre los medios de comunicación –al punto de que el principal canal, ORT, ya no invita a opositores críticos a los debates– limita la libre expresión de opiniones a una o dos radios de audiencia reducida (especialmente, Eco Moscú) y a la prensa, cuyos lectores disminuyeron desde el fin de la URSS.

Más preocupante aún resulta el clima de presiones e intimidaciones que sofoca la expresión de movimientos considerados perturbadores. Especialmente el caso de las manifestaciones de “La Otra Rusia”, reprimidas por la policía o los *Nashi* (“Los Nuestros”, la organización de jóvenes creada por el Kremlin) (3). También en este terreno, la sociedad rusa sigue siendo brutal y, aun cuando ninguna estructura oficial estuviera directamente implicada en el asesinato de los periodistas Anna Politkovskaia o Yuri Shchekochijin, la impunidad de los asesinos de periodistas, empresarios o directores de diversos niveles revela las debilidades estructurales del Estado: corrupción latente de los servicios de seguridad, ausencia de separación entre los poderes Ejecutivo y Judicial, laxismo respecto de los grupos extremistas, en particular xenófobos o *skinheads*.

Los rusos nos invitan a tener en cuenta las dificultades de su camino hacia una mayor democracia y su breve experiencia en materia de reformas, desde la abolición del papel dominante del partido único en 1988 y el estallido de la URSS en 1991. El hecho de que unas elecciones se desarrollen normalmente en este país significa un verdadero progreso. Pero en muchos aspectos, la “democracia dirigida” parece un eufemismo cómodo: debería más bien hablarse de “democracia manipulada”, ya que el poder no duda en atraer a los representantes de la oposición sensibles a la asignación de puestos o privilegios, y se multiplican los vínculos personales –e incluso familiares– entre los mundos político y económico, mientras los representantes de la oposición son sistemáticamente marginados.

El actual jefe de Estado insistió en la necesidad de una amplia mayoría y de una presidencia fuerte para completar la estabilización del país y devolverle el lugar que reivindica en la arena internacional. Nadie duda de que alcance ambos objetivos con el consentimiento de la gran mayoría de la población, sensible a los logros de los últimos años. Sin embargo, este sistema político bajo control no podrá perdurar eternamente. El primer obstáculo reside en la pauperización real de un tercio de la población (según las estadísticas oficiales), abandonado a su suerte por una sociedad dual, con contrastes exacerbados, a pesar del crecimiento recuperado. Estos estratos no se caracterizan por un alto grado de organización pero, tal como se vio en el invierno boreal de 2005, pueden manifestarse con fuerza.

El otro obstáculo reside en la creciente contradicción entre el modo autoritario de ejercicio del poder y la lógica liberal del sistema económico y social. Hasta el momento, el Kremlin se abstuvo de limitar logros tan preciados y nuevos como la libertad de circular y comerciar en el exterior (para aquellos que tienen los medios para hacerlo, por supuesto, aunque sean cada vez más numerosos), informarse a través de internet o incluso enviar a sus hijos a cualquier parte del mundo. En un país hoy ampliamente abierto, la retórica patriótica, las limitaciones al funcionamiento de los partidos y las asociaciones, el control burocrático de las empresas corren el gran riesgo de convertirse rápidamente en obstáculos objetivos al propio crecimiento. Y de mostrarse ante un creciente número de ciudadanos rusos como lo que son: visiones y restricciones administrativas heredadas del sistema soviético. ■

1. *Le Monde*, París, 30-7-00.

2. Intervención de Putin en el Club Valdai, 15 de septiembre de 2007. Véase también Eric Hoesli, *24 heures*, Lausana, 16-9-07.

3. “Les jeunes en rang serrés derrière Poutine”, *Courrier international*, París, 30-8-07.

*Director del Centro de Estudios Franco-Rusos de Moscú.

Traducción: Gustavo Recalde

LA ERA PUTIN

1999

Inicio del ciclo

En agosto el presidente Yeltsin nombra a Putin Primer Ministro. Tras su renuncia por motivos de salud, Putin asume la presidencia interina.

2000

Elección popular

El Consejo de la Federación convoca a elecciones presidenciales en las que Putin es electo por el partido Rusia Unida con el 52,99% de los votos.

2004

Reelección

Las elecciones presidenciales del 14 de marzo nuevamente otorgan un holgado triunfo a Putin, con el 71,31% de los votos.

2008

Primer ministro

El 2 de marzo es electo presidente Dimitri Medvedev, el candidato de Rusia Unida designado por Putin. En mayo, este último es nombrado Primer Ministro.

2012

Otra vez Presidente

El 4 de marzo Putin gana con el 63% de los votos. Aunque el resultado era esperado, desde la oposición se arrojaron diversas acusaciones de fraude.



Un grave problema demográfico

por Philippe Descamps*

La permanente disminución de la población de Rusia –parcialmente compensada por las políticas sanitarias, de inmigración y de retorno de los rusos– convierte a la recesión demográfica en uno de los desafíos más acuciantes del país. Enfrentarlo no es tarea fácil ya que la regresión de los índices de mortalidad y de desigualdad desalientan el aumento de la natalidad.

No hay necesidad de ir a buscar la explicación de la crisis demográfica rusa a regiones inaccesibles, de clima extremo. A pocas horas de Moscú, en la región del Tver (Kalinin entre 1931 y 1990) se registraron, durante la última década, más de dos muertes por cada nacimiento. Según los primeros resultados del censo del otoño boreal de 2010, esta región cuenta con apenas 1,32 millones de habitantes. En veinte años perdió el 18% de su población, o sea más de 300.000 personas. En el tren regional (*elektrichka*) proveniente de Moscú se suceden, unas tras otras, mujeres mayores y solas que venden algunos utensilios de cocina para completar su magra jubilación. Sobre las bifurcaciones congeladas del Volga, muchos pescadores cavan agujeros en el hielo. Y si desafían el frío, no es por razones folklóricas. La armonía de colores proveniente de las ciudades de las isbas rompe con la austeridad del hormigón armado que rodea la capital. Pero la mayoría de estas casas de madera están vacías desde hace tiempo: “La mitad de los 9.500 pueblos de la región tiene menos de 10 habitantes permanentes”, señala Anna Tchukina, geógrafa de la facultad de Tver (1).

Saldo negativo

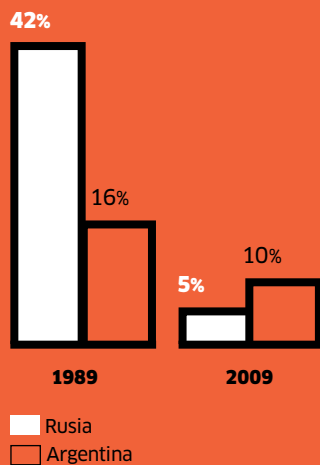
Desde la caída de la Unión Soviética, a fines

de 1991, Rusia perdió cerca de seis millones de habitantes. El retorno de los rusos (instalados hace mucho tiempo en las “repúblicas hermanas”) y un saldo migratorio positivo sólo limitaron los efectos de un saldo natural muy negativo. En un territorio tan grande como dos veces Canadá o China, Rusia cuenta con apenas 142,9 millones de habitantes (2). “Su pobreza más grande es la escasez de población en un territorio inmenso”, confirma Anatoly Vichnevski, director del Instituto de Demografía de la Universidad del Estado de Moscú. Las proyecciones más pesimistas de Naciones Unidas hablan de una población que llegará a 120 millones de habitantes en 2025 (128,7 millones en un escenario promedio) antes de una declinación más rápida. El último promedio del Servicio de Estadísticas del Estado Federal (RosStat) postula 140 millones en este panorama. En su discurso anual en la Duma, el 10 de mayo de 2006, el presidente Vladimir Putin elevaba la demografía al rango de “problema más agudo” del país, y fijaba tres prioridades: “Primero, tenemos que reducir la mortalidad. Luego, necesitamos una política de inmigración pertinente. Y por último, nos hace falta aumentar nuestra tasa de natalidad”. Ante la relativa despreocupación de la población, los medios de co-

municación y los responsables de la cuestión insisten sobre la natalidad –tema consensuado– sin señalar las contradicciones de una nueva Rusia fuertemente poco igualitaria. Aun en pleno invierno, en las calles peatonales cubiertas de nieve de Tver o en la orilla del Volga, uno se cruza con muchos cochecitos de bebé, con ruedas... o sobre patines. En su oficina del Departamento de Salud Pública, la directora de la protección a la infancia, Lydia Samochkina, es optimista: “Vemos cada vez más familias con dos o tres hijos. La natalidad ha dejado de disminuir desde hace cuatro o cinco años. Hoy la economía va mejor. El Estado y la región los ayuda”. La nueva política abiertamente natalista del gobierno recuerda la exaltación de la “familia socialista” de la época soviética. El “capital maternal” (véase recuadro pág. 34) permite reservar la ayuda esencial a los padres de familias numerosas. Aparentemente eso ha dado sus frutos, porque el número de nacimientos ha aumentado desde 2007. La tasa de natalidad, que había caído a 8,6% (hijos por mil habitantes) en 1999 subió a 12,6% en 2010. Durante el mismo período, el índice sintético de fecundidad aumentó de 1,16 hijo por mujer a 1,53. Sin embargo, los demógrafos siguen siendo escépticos. En general, los incentivos financie-→

Reducción de la pobreza

(tasa de pobreza sobre la base de 4 USD por día (PPA))



© Yuri Asatov / Shutterstock

Renovación generacional. Según el censo de 2010, se registraron 26,3 millones de personas menores de edad (sobre 142,9 millones en total). Sin embargo, en promedio, por minuto nacen tres niños mientras que mueren cuatro personas.

© Sergey Dubrov / Shutterstock



Dachas. Así se llaman las típicas casas de campo rusas.

→ ros sólo hacen avanzar proyectos de concepción. Así, la política natalista de Mijail Gorbachov, a fines de los años 80, permitió en un principio el alza de la fecundidad, antes de que comenzara su declinación más marcada. A largo plazo, la natalidad evoluciona en Rusia como en la mayoría de los países industrializados. Con la revolución cultural del control sobre los nacimientos desde mediados de los años 60, el índice sintético de fecundidad cayó por debajo del umbral de renovación de las generaciones (2,1 hijos por mujer). La única diferencia con el Oeste fue la escasa difusión de los métodos de anticoncepción: las autoridades mantenían la desconfianza respecto de la píldora y las mujeres rusas recurrieron masivamente al aborto. Autorizado a partir de 1920 y prohibido por Josef Stalin en 1936, el aborto volvió a ser legal a partir de 1955; las estadísticas siguieron siendo secretas hasta 1986. Sin embargo, se estima que Rusia registró hasta 5,4 millones de interrupciones voluntarias de embarazo (IVE) en 1965. Se contaron más de cuatro IVE por mujer hasta mediados de los años 70. Hubo que esperar el fin de la URSS para una difusión más amplia de la anticoncepción. Desde 2007, el número de abortos es inferior al de nacimientos y continúa disminuyendo (1,29 millones en 2009). Si bien la escasa natalidad de Rusia no desentona demasiado en Europa, la mortalidad, muy elevada –en particular entre los hombres–, representa un caso especial. Los hombres rusos, que tenían al nacer una esperanza de vida de 62,7 años en 2009 (74,6 para las mujeres), son los menos favorecidos de Europa y siguen estando por debajo de la media mundial (66,9 años en 2008). Mientras que los occidentales ganaron una decena de años de esperanza de vida desde mediados

de los años 60, ¡los rusos todavía no recuperaron el nivel que tenían en 1964! En Tver, los interlocutores prefieren alegar el exilio de los jóvenes hacia la capital, distante por lo menos unos doscientos kilómetros, para explicar el descenso de población. Es verdad que los más intrépidos emprenden el camino de Moscú o de San Petersburgo para encontrar allí un mejor salario y un trabajo más interesante. Pero su partida está ampliamente compensada por la inmigración proveniente de otras regiones y de Asia Central. La razón principal de la declinación en la región es la mortalidad masculina, con una esperanza de vida para los hombres (58,3 años en 2008) inferior a la de Benín o de Haití (3). En los años 50, Rusia hizo progresos muy rápidos en materia de lucha contra las enfermedades infecciosas. En 1964, con la llegada de Leonid Brezhnev, los países comunistas casi habían compensado su retraso respecto de los países occidentales, gracias al seguimiento sanitario, la vacunación y los antibióticos. Pero, desde entonces, la brecha no ha dejado de profundizarse, hasta el punto de volverse más importante que a principios del siglo XX. El sistema de salud no fue una prioridad para el régimen soviético que había entrado en un período de estancamiento económico. Se mostró muy poco eficaz contra las afecciones modernas como el cáncer o las enfermedades cardiovasculares. La planificación condujo a desarrollar la cantidad más que la calidad de los cuidados, y los medios concedidos a la modernización de las instalaciones o a la revalorización de las profesiones médicas siguieron siendo insuficientes. El poder soviético se mostró igualmente incapaz de responsabilizar a los individuos de sus hábitos sanitarios.

Temor y falta de expectativas

Después de la caída de la Unión Soviética, entre 1991 y 1994, los rusos perdieron cerca de siete años de esperanza de vida. Aunque el alza de la mortalidad afectó a todos los antiguos países comunistas, se manifiesta más brutal y de forma más duradera a medida que se avanza hacia el este. Para explicar esta evolución hay que recordar el caos de la época Yeltsin (1991-1999). “La población sufrió un shock sólo comparable al que la población soviética soportó entre 1928 y 1934”, estima Jacques Sapir (4). En 1998, el Producto Interno Bruto (PIB) sólo representaba el 60% del PIB de 1991 y el nivel de las inversiones alcanzaba menos del 30%. Recién a fines de los años 2000, la Rusia capitalista volvió a encontrar un ingreso equivalente al del final de la Rusia soviética (5). Fue el período de la depredación de los bienes públicos y del pillaje de los recursos naturales a favor de un puñado de privilegiados, con frecuencia provenientes de la antigua nomenklatura. La selección de sus primeros dirigentes, aconsejados por occidentales –entre los cuales se encuentran el estadounidense Jeffrey Sachs o los franceses Daniel Cohen y Christian de Boissieu (presidente del Consejo de Análisis Económico) –, hicieron de Rusia el país de Europa donde las desigualdades son las más fuertes, e incluso están entre las más altas del mundo. Este deterioro estuvo acompañado de una gran cantidad de muertes violentas. Actualmente la tasa de suicidios de los hombres se sitúa en el segundo puesto mundial; la tasa de mortalidad en las rutas (33.000 muertos por año) es la más elevada de Europa, así como la tasa de homicidios (6).

Desorientados, los rusos, que se volvieron temerosos, perdieron también su “capital social”, sus redes de relaciones. Rusia está entre los países del mundo donde se encuentran menos miembros activos en las asociaciones. Esto es verdad aun en materia de deportes, explica Anna Piunova, periodista para un sitio dedicado a la montaña: “A excepción de la clase privilegiada, los rusos ya no se preocupan por su condición física. Rusia sigue estando bien ubicada en las competiciones en virtud de su política elitista de selección precoz, pero no hay más deporte masivo”.

El vodka sigue siendo el problema de salud pública número uno. Después de las restricciones impuestas bajo Gorbachov, el consumo retomó con más fuerza en los años 90. Según la Organización Mundial de la Salud, aproximadamente un hombre sobre cinco muere por causas ligadas al alcohol (uno sobre dieciséis, en promedio, a nivel mundial). Rusia es el país de Europa en el que se consume más alcohol fuerte, y en proporciones que con frecuencia sobrepasan la ebriedad. Para captar el choque de clases en la nueva Rusia basta con volver de Moscú en el Sapsan (“halcón peregrino”), el nuevo TGV ruso. Mientras la plebe se amontona en los vagones desvencijados de la *elektrichka*, los “nuevos rusos” trabajan confortablemente con sus dispositivos electrónicos, circulando a 250 km/h. ¿Para ganar treinta minutos en el



Desequilibrio. Desde la Segunda Guerra Mundial existe una importante mayoría de mujeres por sobre los hombres.

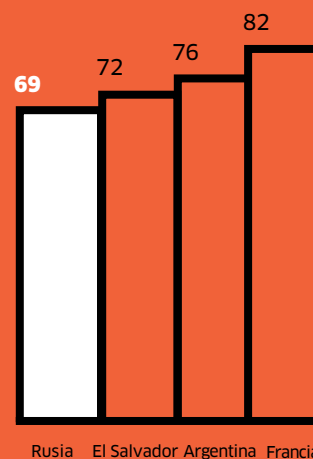
trayecto, hay que poder pagar seis veces más caro! Mientras esta nueva nomenklatura pasaba sus vacaciones en la Costa Azul o en las costas del Mar Negro, el episodio canicular del verano de 2010 en el distrito de Moscú y en el Sur demostró la ineficacia del sistema de salud, con un excedente de 55.000 muertes en relación al verano precedente. En el área de la educación y la salud, los “nuevos rusos” recurren a servicios privados muy costosos y de calidad, mientras que la gran mayoría debe contentarse con el sector público, verdaderamente deteriorado. En la clasificación de la Organización de Naciones Unidas según el índice de salud, Rusia sólo alcanza el puesto 122, con un índice inferior al nivel de 1970. Reemplazando el sistema estatal centralizado por un seguro médico obligatorio financiado por aportes salariales, la reforma de salud de 1993 remediaría el subfinanciamiento crónico y el despilfarro. La introducción de la descentralización no controlada y la entrada en competencia de las compañías de seguro privadas demostraron ser ineficaces y costosas. Para responder al desafío sanitario del mundo moderno, los países industrializados aumentaron los gastos tanto públicos como privados: estos superan el 10% del PIB en la mayoría de los países desarrollados (11% en Francia, 16% en Estados Unidos). Ya muy débiles en Rusia antes de 1991, cayeron al 2,7% del PIB en 2000, antes de subir al 4,5% en 2010 (7).

Disparidades territoriales

La recuperación económica de los últimos años y la vuelta del Estado, sin embargo, dieron lugar a ciertos progresos. Gracias a programas específicos que apuntan a instaurar en la región una mejor cobertura →

Esperanza de vida al nacer

(en años, datos de 2012)



Alcoholismo

Gorbachov, preocupado por la falta de disciplina laboral de los rusos, inició una campaña destinada a disminuir el consumo de alcohol. La misma consistió en una reducción de la producción estatal de vodka y vino y de los horarios de venta, y en un aumento de la edad mínima de consumo.

6 millones de habitantes

Perdió Rusia desde la caída de la URSS en 1991. Se estima una disminución de otros 22 millones para 2025.

ESTÍMULO A LA NATALIDAD

Un “capital maternal”

La asignación federal denominada “capital maternal” (*materinkogo kapitala* o *matkapital*) es la medida faro del “plan de apoyo a las familias, las madres y los hijos” lanzado en mayo de 2006 por el entonces presidente Vladimir Putin. Con un valor ajustado el 1º de enero de 2011 en 365.000 rublos (9.200 euros), es decir, más de 18 salarios promedio, esta suma es otorgada por todo nacimiento o adopción a partir del segundo hijo. Los padres no pueden utilizarla antes del tercer aniversario de su hijo y sólo para ciertos gastos: educación, ahorro previsional de la madre, material para la construcción o reforma de la vivienda principal por sus propios medios. En caso de urgencia, los padres pueden sin embargo desbloquear inmediatamente 12.000 rublos (300 euros). A partir de la crisis financiera de 2008, ese capital puede servir también para pagar un préstamo, sea cual sea la edad del hijo. El *matkapital* es muy popular, en especial en las zonas rurales, donde representa un monto considerable, aunque los padres lamenten la falta de flexibilidad en su utilización.

La asignación por nacimiento equivale a 11.000 rublos (275 euros) desde el primer hijo. También se prevén asignaciones específicas para los hijos cuyo padre cumple el servicio militar, o para favorecer la adopción. Durante la licencia por maternidad, fijada en 112 días, la madre, que puede actualmente elegir su médico y clínica, cobra su salario íntegramente. El Estado cubre los gastos médicos.

La mayoría de las madres toman además la licencia parental que los seguros sociales cubren durante dieciocho meses. El Estado garantiza una indemnización de hasta el 40% del salario previo, con un techo de 13.800 rublos (350 euros). Esa licencia puede prolongarse dieciocho meses, sin indemnización pero sin perder los derechos jubilatorios. La licencia parental se extendió hace poco a los padres, y sobre todo a las *babouchkas*, las abuelas. Su papel tradicional en la educación de los hijos sigue siendo importante, ya que la escuela recién empieza a los 7 años. Listas de espera y comisiones ilegales: conseguir lugar en una guardería es una de las principales preocupaciones de los futuros padres.

Estos mecanismos federales suelen completarse con programas regionales. Por ejemplo, la región de Uliánovsk otorga 100.000 rublos (2.500 euros) por el tercer hijo a las mujeres menores de 35 años. En Tver, las madres que extienden su licencia parental hasta tres años tienen también derecho a recibir gratuitamente una formación profesional.

P.D.

Traducción: Patricia Minarrieta

→ para los cuidados cardíacos o las urgencias viales, las enfermedades cardiovasculares y los decesos por accidentes de tránsito comienzan a retroceder. La mortalidad infantil cayó a la mitad en quince años y alcanzó el nivel de los países occidentales (7,5% en 2010). En Tver, el centro perinatal ya está bien equipado, y está en obra un centro cardiovascular (se prevén cinco en la región). La política de salud ha tomado en la actualidad un giro esperado desde hace tiempo. A partir del 1º de enero de 2011, empezó una recuperación sustancial y el aporte por enfermedad pasó del 3,1% al 5,1% del salario: “Esta medida liberaría 460 mil millones de rublos suplementarios para el fondo nacional de seguro médico. Estas sumas serán afectadas en primer lugar a la rehabilitación y a la informatización de los centros de salud y después a elevar los estándares de cuidado”, explica Sophia Malyavina, primera consejera de la ministra federal de Salud. La creación de 500 centros para los primeros diagnósticos significará un cambio determinante. Los rusos van a poder elegir realmente a su médico, sin tener que pagar por ello una fortuna. Queda abierta una tarea inmensa en lo concerniente a la prevención. La medicina del trabajo se revalorizó; un pasaporte de salud les permite a los adolescentes hacerse un chequeo regular completo. Las “escuelas de salud” brindan recomendaciones a las personas de edad avanzada. Signo de un cambio de enfoque: Moscú recibía a fines de abril de 2011 la primera conferencia ministerial mundial sobre los “modos de vida sanos y la lucha contra las enfermedades no transmisibles”. A pesar de la multiplicación de los programas, no se ve cómo podría mejorar el estado sanitario sin un cambio de las condiciones sociales; ahora bien, la disminución de las desigualdades por el apoyo a los más desposeídos (personas solas, jubilados, peones de campo) y una política fiscal más redistributiva no parecen estar a la orden del día. Con excepción de algunas regiones petroleras de Siberia y de Moscú, el Sur, que exhibe una ambición de “metrópolis mundial” y ha ganado más de un millón y medio de habitantes en veinte años (11,5 millones en el último censo), es el único distrito que ve aumentar su población. Los pueblos montañosos del Cáucaso Norte, que tanto atemorizan a los rusos desde las guerras de Chechenia, son también los que más hijos tienen. El eterno desafío del desarrollo del espacio ruso tropieza con la conversión hacia una economía de renta petrolera. El abandono progresivo de la ambición industrial a favor de la explotación del subsuelo sólo profundiza las desigualdades entre las regiones ricas en recursos naturales y las demás. Situada al norte del círculo polar, la región de Mourmansk, por ejemplo, perdió la cuarta parte de su población en veinte años. La de Magadan, marcada para siempre por los gulags de la Kolyma, no alberga más que a la tercera parte de la población que tenía en la época soviética. Sobre un territorio más vasto que la Unión Europea, el extremo oriente ruso cuenta con apenas



Centro internacional de negocios. También conocido como “Moscow City”, se ubica en el centro de Moscú. El proyecto fue ideado en 1992 y creció muy rápidamente; combina negocios, entretenimiento y vivienda.

6,4 millones de habitantes (-20%) y ve agravarse su “lucha permanente contra el vacío” (8). La densidad no representa allí ni una centésima parte de la del vecino chino. El destino de los *monograd*, las ciudades de mono-industrias, permanece también en suspenso. Responder a la polución y a la obsolescencia de las fundiciones de cobre de Karabache, de los altos hornos de Magnitogorsk o de las decenas de ciudades parecidas, exigiría inversiones colosales; a tal punto que se menciona regularmente la “deslocalización masiva de los desocupados” (9) hacia ciudades más diversificadas o metrópolis regionales. La cuestión de la inmigración está marcada por la ambigüedad del poder que, al mismo tiempo que busca responder al desafío demográfico, fomenta una opinión encajonada en un nacionalismo étnico, en un contexto de aumento de la xenofobia. El ex primer ministro Putin exaltaba así la vuelta de los “compatriotas” y una inmigración escogida, “educada y respetuosa de las leyes”. Sin embargo, desde hace tiempo están agotadas las reservas de “pies rojos”: los rusos instalados en las antiguas repúblicas soviéticas vecinas que querían repatriarse lo hicieron ya en los años 90. Los voluntarios provienen en primer lugar de las regiones desheredadas de Asia Central (Uzbekistán, Kazajistán, Tajikistán) y del Cáucaso. Con mucha frecuencia trabajan en la construcción y en el mantenimiento de las rutas, en condiciones difíciles. “Rusia siempre fue multicultural”, dice Alexandre Verkhovsky, del Centro Sova, que estudia las desviaciones xenófobas. “En la URSS compartíamos una ciudadanía, pero también una lengua y una formación. Hoy, los inmigrantes, aun cuando vienen de repúblicas rusas, están cada vez más alejados de la sociedad rusa.

El miedo hace que aquellos que no tienen aspecto ruso sean percibidos como extraterrestres”. La hipocresía llega al colmo con la inmigración clandestina, objeto de denuncias unánimes, sin que se haga nada para atacar los canales de explotación, ni para instalar un verdadero programa de integración. La sociedad rusa no parece estar lista para lanzar una verdadera política de inmigración. La inercia de los fenómenos demográficos es tal, sin embargo, que no se espera invertir la evolución, ni contentarse con atenuarla: también habrá que encarar medidas de adaptación a un despoblamiento endógeno, en buena parte irreversible. ■

1. Alexandre Tkatchenko, Lydia Bogdanovo y Anna Tchukina, *Problèmes démographiques de la région de Tver*, Faculté de Géographie de Tver, 2010.
2. Resultados preliminares del último censo de octubre de 2010. Los otros datos sobre la población provienen de los anuarios demográficos de Rusia, RosStast, Servicios de Estadísticas del Estado Federal.
3. Indicadores del Banco Mundial, 2008.
4. Jacques Sapir, *Le Chaos russe*, La Découverte, París, 1996.
5. Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo, Undata.
6. OMS 2009 y European Sourcebook of Crime and Criminal Justice Statistics, 4ta edición, Boom Juridische uitgevers, La Haya, 2010.
7. Anuario Estadístico de la Salud Pública en Rusia, 2007 y Ministerio de Salud, febrero de 2011.
8. Cédric Gras y Vycheslav Shvedov, *Extrême-Orient russe, une incessante (re)conquête économique*, Hérodote, París, N° 138, agosto de 2010.
9. Moscow Times, 17-4-10.

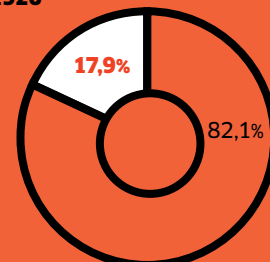
*Periodista.

Traducción: Florencia Giménez Zapiola

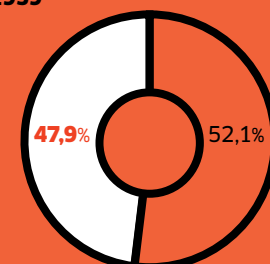
Urbanización

(porcentaje de población rural y urbana, por años)

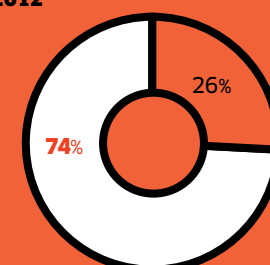
1926



1959



2012



■ Urbana

■ Rural

Decadencia de la educación

En los años de la perestroika la porción del presupuesto destinado a educación pasó del 8% al 5%, mientras que el sector privado se orientó a las élites. Las consecuencias fueron la degradación de la enseñanza, el incremento de la deserción escolar y la proliferación de drogas en el ámbito educativo.



Dificultades para la reconstrucción del tejido social

Entre apatía y protesta social

por Carine Clément y Denis Paillard*

En la sociedad rusa actual se registran altos niveles de violencia y persecución política. Sin embargo, la estrategia del gobierno consiste más bien en desestimar las críticas, acusadas de intentar minar “la grandeza de Rusia”, antes que en revisar los motivos que las animan.

Rusia es un país demasiado vasto y heterogéneo para reducirlo a análisis sólo globales. De allí la riqueza de la mirada de dos especialistas sobre diversos aspectos de la realidad rusa contemporánea, que se propone retratar esa complejidad.

Migrantes

La desintegración de la URSS y la constitución, en su territorio, de Estados independientes provocaron importantes movimientos de población. Hacia Rusia: entre 1990 y 2002, más de 8 millones de rusos (de los 25 millones instalados fuera de sus fronteras) regresaron a radicarse en su tierra, no sin dificultades. Fuera de Rusia: emigración de judíos (y de muchos no judíos) hacia Israel (942.000, de los cuales la mitad provenían de Rusia) y hacia Alemania (170.000), luego de los llamados “alemanes del Volga” hacia Alemania (2,1 millones, de los cuales 600.000 provenían de Rusia y el resto fundamentalmente de Asia Central, adonde habían sido deportados por Josef Stalin) (1).

Desde entonces, los fenómenos migratorios cambiaron de naturaleza. Los habitantes de las regiones pobladas de manera voluntarista (Siberia Oriental y el Extremo Norte) vuelven a la Rusia europea. El sur de Rusia ve llegar a los refugiados del Cáucaso. Rusia atrae sobre todo a los muchos habitantes de los nuevos Estados, desde Ucrania hasta Asia Cen-

tral: entre 3 y 5 millones de personas, según las temporadas, llegan en busca de trabajo y mejores salarios. Trabajan esencialmente en la construcción, la explotación forestal y la agricultura, el comercio y los servicios, y se concentran en Moscú (1 millón principalmente en las grandes obras). Por su parte, la inmigración proveniente de China, que se limita a Moscú y a la zona fronteriza, es ocasional y de corta duración (menos de cuatro meses).

Casi todos los trabajadores son *nelegaly* (ilegales) y se los mantiene fuera del marco legal, víctimas fáciles del trabajo forzado: pasaportes confiscados, viviendas precarias, horarios de trabajo inhumanos, salarios de miseria, a menudo pagados con mucho retraso y despidos ante la más mínima protesta. A esta sobreexplotación, a las coacciones de las milicias que los despojan, se agregan las arbitrariedades de una administración a menudo cómplice de los explotadores.

Sucede lo mismo con los *nelegaly* del interior, estos obreros que dejan regiones rusas en plena crisis por otras más favorecidas, con la esperanza de trabajar en alguna obra. Ellos también son presa fácil de la explotación. Habiendo sido ciudadanos de Rusia en su región de origen, se hallan casi sin derechos en las demás: como herencia del período soviético, sólo el titular de un lugar de residencia permanente, certificado por la *propiska* (“registro en la milicia”), goza de los derechos políticos y sociales →



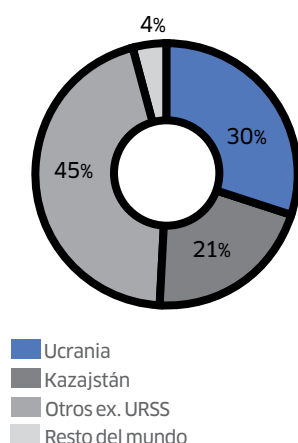
Manifestaciones. Luego de las elecciones legislativas de 2011, en las que el partido oficialista Rusia Unida ganó con más del 50%, se produjeron múltiples protestas denunciando fraude.



Achicamiento del Ejército. Entre 1985 y 1992 el número de efectivos militares se redujo casi a la mitad.

Inmigración a Rusia

(principales lugares de procedencia, en porcentaje, datos de 2010)



12,2 millones de inmigrantes

Residían en Rusia hacia mediados de 2010. Sólo Estados Unidos cuenta con más inmigrantes residentes (42 millones).

→ y del acceso a una vivienda o a asistencia médica.

Sean inmigrantes o ciudadanos rusos, los *nelegaly* son el ejemplo extremo de la realidad de una Rusia donde la ausencia de derechos, la corrupción y la arbitrariedad policial marcan profundamente la vida cotidiana. A la vez que anuncia cupos de inmigración ampliamente ficticios, el poder se limita a una gestión laxista y policial de la inmigración. Sin embargo, los demógrafos no dejan de insistir: la inmigración representa una necesidad vital, en un país que pierde, cada año, 1 millón de habitantes. Más aún si se tiene en cuenta que la reconstrucción de la economía aumentará considerablemente la demanda de mano de obra...

Nacionalismo

“Rusia para los rusos”: según una encuesta de junio de 2005 realizada por el Instituto Panruso de Estudios de la Opinión Pública (VTsIOM) de Iuri Levada (2), el 58% de la población se identifica, en diversos grados, con ese eslogan. Es un índice de la creciente influencia de las ideas nacionalistas en una población alentada a designar al “otro” como el principal responsable de los males que la aquejan. Esta visión del mundo se corresponde, desde el 2000, con la ideología oficiosa del poder: en efecto, las autoridades presentan su política como defensora de la grandeza de Rusia contra aquellos que, tanto desde el exterior como desde el interior, se ensañan en socavarla, incluidas las organizaciones no gubernamentales (ONG), denunciadas por Putin en su mensaje al país en 2004, como una “quinta columna” financiada desde el extranjero.

Esta envoltura nacionalista de la política –por lo demás, ultraliberal– del gobierno señala un vuelco respecto de los años 90: ese discurso nacionalista era

entonces la panacea de la oposición patriótica que, con el Partido Comunista de la Federación de Rusia (KPRF) a la cabeza, describía a la presidencia de Yeltsin como al servicio de potencias extranjeras, ensañadas en destruir a Rusia. Abundantemente difundidas por los medios, tales ideas actualmente invaden todo el espacio público. Estas tesis se han vuelto tan comunes que en las librerías se encuentran secciones enteras dedicadas a la literatura nacionalista.

La oposición, hoy privada de su principal caballo de batalla, no puede sino subir la apuesta: acusa al poder de no defender los intereses de la Gran Rusia. Si bien el antisemitismo sigue siendo virulento, el discurso xenófobo se apoya en la guerra de Chechenia para cuestionar a los “no rusos” –inmigrantes de Asia Central o del Cáucaso, o imperialistas estadounidenses que, en el imaginario de la población, siguen siendo los enemigos de Rusia–. Este discurso, en sus diversas variantes, tiene un impacto real porque explota un terreno favorable: el deterioro de las condiciones de vida, el sentimiento de impotencia frente al curso de las cosas y la desesperación que provoca un futuro bloqueado incitan –tanto en Rusia como en otros lugares– a transformar al “extranjero”, cercano o lejano, en chivo expiatorio.

En determinadas regiones, algunos sectores sociales ya pauperizados viven la llegada de refugiados, en particular de los chechenos, como una amenaza para su propia situación. Para colmo de males, la suerte reservada a los rusos en algunos Estados recientemente creados, comenzando por los países bálticos, y las recientes “revoluciones pacíficas”, interpretadas como un complot estadounidense, refuerzan aún más la impresión de que Rusia sería víctima de maquinaciones extranjeras hostiles.



Ferrocarriles. Los trenes de alta velocidad existen desde 1931, cuando se inauguró el Flecha Roja, que unía Moscú y San Petersburgo. Su desarrollo se detuvo al caer la URSS y se retomó en 2009 con el lanzamiento del Sapsan.

Y estas palabras se traducen en actos, que por lo general quedan impunes: cientos de agresiones, decenas de asesinatos. En general son obra de *skinheads*, cuyo número, reducido bajo el régimen soviético (se los encontraba sobre todo entre los hinchas de los clubes de fútbol de Moscú), no dejó de crecer: actualmente rondarían los 50.000 o 60.000.

Relativamente aislados unos de otros, estos grupos profesan la misma ideología de extrema derecha en la práctica: agresiones, pogromos “anticaucaianos”, ataques a manifestaciones o a conciertos. Signo de los tiempos: esos grupos, que denunciaban al poder yeltsiniano de sionista, ahora apoyan al presidente Putin, considerado un defensor de los valores nacionales. A cambio, el partido Rusia Unida y la organización juvenil “Nachi” (Los Nuestros) les hacen la corte. Lo cual es comprensible, puesto que, desde hace un tiempo, los *skinheads* atacan más a los militantes de la oposición que a los “morenos”.

Los oligarcas

Antes que nada, derramemos una lágrima por la suerte de Mijail Jodorkovski, el antiguo dueño de la compañía petrolera Yukos, un oligarca ruso consagrado por Occidente como mártir de la política represiva del Kremlin luego de su condena, el 1º de junio de 2005, a nueve años de prisión por importantes malversaciones financieras. Es cierto que unas cuantas decenas de oligarcas –tan poco preocupados como él por respetar los marcos legales en su afán por acaparar las riquezas nacionales– tendrían que haber comparecido junto con él. Pero su encarcelamiento no debería hacer que los demócratas que tanto se movilizaban en su favor se olvidaran del destino de los demás presos de conciencia en la Rusia de Putin,

comenzando por las varias decenas de jóvenes militantes del Partido Nacional Bolchevique (3): algunos ya fueron condenados –de uno a tres años de prisión– por acciones simbólicas, otros corren el riesgo de pasar hasta ocho años tras las rejas por “intento de toma del poder” (¿por ocupar, armados de volantes y banderas, los locales de la administración presidencial!).

A los oligarcas –Vladimir Potanin, Oleg Deripaska, Roman Abramovich, Alexander Ljoponin y muchos otros– les va bien. Claro que tuvieron la prudencia de prometer fidelidad al Kremlin, contrariamente a lo que hizo Jodorkovski: el magnate petrolero le dio así al poder la ocasión de poner en escena la “lucha antioligárquica”, una concesión que se le hizo a la opinión pública, profundamente hostil a quienes privatizaron las riquezas del país por dos pesos.

Junto a los viejos, que ahora retirados de la política se dedican a sus negocios, los recién llegados forman una oligarquía que, aunque más discreta que la primera, no es menos rica y poderosa. Siete personas del entorno presidencial controlaban el 40% del Producto Nacional Bruto ruso en 2004 (4). Dirigen –o forman parte del consejo directivo de– diversas compañías, semiestatales o privadas, en posición de cuasi-monopolio en el mercado. Entre los más destacados figuran (5) el actual Primer Ministro y ex presidente de Rusia, Dimitri Medvedev (gasífera Gazprom), el ex vice Primer Ministro, Igor Setchin (petrolera Rosneft), el ex dirigente de la administración presidencial Alexander Voloshin (la gigantesca empresa de electricidad RAO EES), el ministro de Economía Alexei Kudrin (la gran compañía de diamantes Alros y el poderoso banco Vneshtorgbank)...

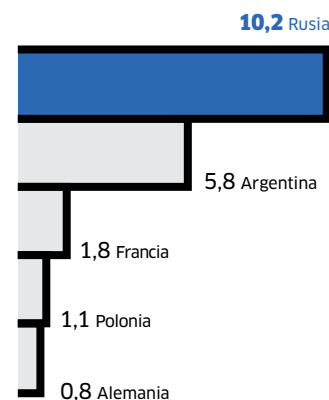
La tendencia a la doble acumulación –de los principales puestos políticos y económicos– no significa →

Eduard Limónov

Es una figura pública controvertida. Fundó el Partido Nacional Bolchevique, muy crítico de Putin, que fue prohibido por actos vandálicos. Sin embargo sigue encabezando muchas protestas opositoras. Su bandera es similar a la nazi, y el saludo, con el puño en alto, es “hasta la muerte”. Recibió el apodo de Limónov porque suena como “granada” en ruso.

Violencia social

(homicidios intencionales cada 100 mil habitantes, datos de 2010)



Mujeres contra Putin

En 2012 el trío de mujeres punk Pussy Riot, acabó en prisión por interpretar un tema anti Putin en la catedral ortodoxa de Moscú. En 2013 un grupo de mujeres desnudó sus torsos frente al Presidente. En ellos podía leerse: “Fuck dictator”.

MODERNIZACIÓN BÉLICA

La industria militar hoy

por Vicken Cheterian*

La victoria obtenida en la guerra contra Georgia, en agosto de 2008, no impidió que Moscú iniciara al mes siguiente una reorganización completa de sus fuerzas armadas. Ya en la década de 1990 las dos guerras de Chechenia habían revelado la fragilidad del ejército. El conflicto con Georgia aceleró la toma de conciencia ya que el episodio demostró hasta qué punto el comando y el control del ejército, al igual que sus sistemas de reconocimiento y de comunicaciones, eran obsoletos.

En diciembre de 2010 el entonces presidente Medvedev autorizó gastos por 22 trillones de rublos, es decir el equivalente al 2,8% del Producto Interno Bruto (PIB) para cada año hasta el 2020, según lo prevé el plan de modernización de las Fuerzas Armadas adoptado ese año. Las medidas apuntan a permitir que el sector militar reduzca su atraso, renovando de aquí al 2015 el 30% de su equipamiento con material que responda a los criterios actuales de modernización.

Sin embargo, no es seguro que el gobierno sea capaz de alcanzar esos objetivos. Durante la era soviética, la defensa ocupaba el centro de la economía: el esfuerzo militar absorbía entre un 20% y un 40% del PIB. Luego de la desintegración de la URSS, los clientes extranjeros fueron quienes decidieron sobre la prosperidad o la ruina de una actividad o de otra, dado que el sector sólo sobrevivía gracias a las exportaciones. La Rusia post-soviética no logró desarrollar nuevos armamentos.

Efectivamente, desde la caída de la Unión Soviética, miles de científicos abandonaron el país y no hubo nuevos contratados. El conjunto del complejo militar-industrial se fue desintegrando...

De todos modos, por ahora, las exportaciones están en constante aumento: de 2.500 millones de euros en 2001 a 5.400 millones en 2009 y 6.800 millones de euros en 2010. Pero Rusia podría perder la posición dominante que reivindica en el mercado mundial de armamentos. China, que fue el primer cliente ruso desde 1990, ya desarrolla sus propios aviones de combate de cuarta generación, los J-10, y produce tanques de guerra Tipo 99. Sin embargo, sigue figurando entre los principales importadores de armas rusas.

Lo cierto es que desde Gorbachov hasta Yeltsin, y de Putin a Medvedev, hay una constante: cada uno de ellos, a su manera, subestimó el potencial de la industria de defensa. Fyodor Lukyanov, jefe de redacción de la revista *Russia in Global Affairs*, resume la situación: "La conversión operada durante la perestroika consistió en fabricar cacerolas en fábricas creadas para fabricar aviones supersónicos. Durante las reformas de Gáidar en los 90 no sabían qué hacer con el complejo militar-industrial. Entonces, se lo aisló del resto de la economía, dejándolo depender de las exportaciones. Ya no formaba parte del sistema económico nacional".

Esta columna es un fragmento del artículo "La decadencia de la industria militar rusa", *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, octubre de 2011.

*Periodista.

Traducción: Carlos Alberto Zito

→ en absoluto una renacionalización rampante de sectores importantes de la economía nacional: el Estado sigue retirándose de esas actividades y los grupos controlados por esos "nuevos oligarcas" siguen "reformándose" para alejar todo riesgo de que las ganancias se les escapen.

Bloqueo de las instituciones

¿Cómo presentar un espacio político que no existe o que únicamente existe en forma de simulacro o espectáculo? Desde el 2000 el Kremlin logró, con un éxito innegable, eliminar los embriones de sistema político que habían aparecido diez años atrás, para organizar mejor la vida política según el esquema: "Un partido, un sindicato, una sociedad civil".

En consecuencia, la adopción, luego de la reelección de Putin en marzo de 2004, de una serie de medidas bloquea la vida institucional impidiendo la emergencia de nuevos actores: refuerzo de los obstáculos formales a las manifestaciones y huelgas, cancelación de las elecciones directas de los gobernadores regionales y de alcaldes, imposibilidad práctica de realizar referéndums, abolición del escrutinio uninominal en las elecciones parlamentarias nacionales, elevación del umbral de elegibilidad para los partidos del 5% al 7%, negativa a registrar nuevos partidos, etc. Para mantenerse como oposición es necesario aceptar, a semejanza del KPRF o del *Rodina* ("La Patria"), al menos en parte, las reglas de juego del Kremlin.

Lo mismo vale para la sociedad civil. En diciembre de 2001, un Foro de Ciudadanos reunía en el Palacio de los Congresos, en el recinto del Kremlin, a 5.000 representantes de asociaciones y de ONG, convocados para manifestar su lealtad al presidente Vladimir Putin. En la actualidad, para mayor seguridad, el propio poder pone en funcionamiento organismos "representativos", como la nueva Cámara Cívica, que nuclea a distinguidos expertos, artistas eméritos, dirigentes asociativos y sindicales, todos ellos elegidos más o menos directamente por el Presidente de Rusia por su "alta conciencia cívica". Estos elegidos "putinianos" pronto deberán evaluar los proyectos de ley que el presidente propondrá y que su partido adoptará. Independencia garantizada...

Pero esta lógica no deja de tener fallas. La creciente reducción de las posibilidades institucionales de presión sobre el poder político conduce a los diferentes sectores de la sociedad a expresar de otras maneras las tensiones, las aspiraciones y las reivindicaciones. Así es como cada vez más gente manifiesta en las calles, como lo hicieron más de un millón de personas entre enero y marzo de 2005 para protestar contra "la monetarización de los beneficios sociales".

Las asociaciones, los sindicatos y los partidos políticos deben elegir: o bien persistir en una estrategia de clientelismo y de lobby respecto del poder, o bien comenzar a prestar oídos a las reivindicaciones

y correr el riesgo de asumir una clara oposición. Tarde o temprano, el boomerang bien podría volverse contra el poder monolítico del Kremlin.

Las regiones

“Moscú no es Rusia”: para la gran mayoría de la población de las regiones, la capital simboliza a la vez las riquezas prohibidas para los provincianos y un poder central depredador que saquea a las regiones.

Fue el presidente Putin quien decidió la recentralización del poder y los recursos. Consideraba que su predecesor había dejado que las autoridades regionales tomaran demasiada autonomía en todos los ámbitos: político, jurídico, económico. En el plano político, se dedicó a reforzar la “vertical del poder”, hoy garantizada por la nominación de los gobernadores regionales y la posición dominante del “partido del poder” (Rusia Unida) en casi todos los Parlamentos y demás estructuras regionales y locales. La avidez del centro no es menor en materia de recursos: una reforma de 2004 hizo que el porcentaje de los impuestos cobrados por la administración central pasara del 50% al 60%, sin que fuera compensado con un aumento de las transferencias presupuestarias a las regiones, la mayoría de las cuales son financieramente dependientes: sólo 15 de 89 regiones disponen de autonomía presupuestaria.

Las reformas actualmente en curso transfieren a las regiones la mayoría de los gastos sociales: la financiación de la salud pública para las personas sin trabajo, la educación desde el jardín de infantes hasta la secundaria, incluyendo algunos establecimientos públicos de educación superior degradados al estatus de establecimientos regionales. Durante la gran reforma del verano de 2004, el reparto del financiamiento (parcial) de las ayudas sociales se hizo en detrimento de las regiones, que ahora deben hacerse cargo de la mayor parte de los gastos. Las transferencias presupuestarias sólo cubren una parte de esas nuevas cargas, y sólo se efectúan si los poderes regionales dan muestras de “lealtad”.

Las consecuencias de esta política ya se hacen sentir: cierre de escuelas y hospitales, congelamiento de los sueldos de maestros y médicos, pero también la renuncia a la atención médica, los medicamentos y el transporte público por parte de los sectores sociales que no tienen acceso gratuito a esos servicios. En muchas regiones, la creciente incapacidad de las autoridades regionales y locales para asumir sus obligaciones sociales pone en tela de juicio su legitimidad. Tarde o temprano, esas reformas van a agravar las disparidades regionales y por lo tanto alimentarán las tendencias centrífugas...

Las resistencias sociales

Desde hace un año asistimos al surgimiento de nuevos movimientos sociales, con la rebelión de los “hombres y mujeres sin cualidades”: jubilados, discapacitados, estudiantes sin futuro, residentes de ho-



Agricultura. Representa un 5% del PIB del país. El norte se dedica a la ganadería y el sur, al cultivo de granos.

gares de trabajadores, marginados de las regiones en crisis. En suma, todos aquellos que no pueden soportar la política antisocial del gobierno y que se movilizan por fuera de las organizaciones tradicionales.

En el 2004, en casi todas las ciudades, decenas de miles de personas salieron a manifestarse en las calles con el fin de protestar contra una ley que amenazaba los derechos sociales. A esta ofensiva antisocial, la población respondió con una resistencia en todos los frentes, con reivindicaciones muy concretas: transportes y medicamentos gratuitos, becas de estudio, reducción de las tarifas de agua y electricidad. Este movimiento está contribuyendo a reinventar la política, por fuera de los espacios institucionales. ■

1. Cifras tomadas de Anne de Tinguy, *La grande migration*, París, Plon, 2004.
2. La encuesta, citada por la radio Ekho Moskvyy, abarcó a 1.600 personas en 153 localidades de 46 regiones de Rusia. Esta opinión está particularmente extendida entre los jóvenes con educación superior y que cuentan con un empleo.
3. Organización creada por el escritor Eduard Limónov, cuyas referencias ideológicas demasiado eclécticas van desde la extrema derecha hasta la izquierda radical. Reúne a jóvenes atraídos ante todo por los métodos de acción directa y de provocación al poder.
4. *Nezavissimáia Gazeta*, Moscú, 26-7-05.
5. Estos datos corresponden a la fecha de publicación del artículo, en noviembre de 2005.

*Carine Clément es investigadora del Instituto de Sociología de la Academia de Ciencias de Rusia y directora del Instituto de Acción Colectiva (www.ikd.ru, en cirílico). Denis Paillard es investigador en el Centro Nacional de la Investigación Científica (CNRS) de Francia.

Traducción: Gabriela Villalba

Propiedad de la tierra

En junio de 2002 la Duma aprobó la privatización de las tierras agrícolas. Por primera vez desde 1917 los terrenos cultivables se podían vender o alquilar, aunque se prohibía la venta a extranjeros. La medida apuntaba a impulsar un sector muy golpeado luego de la debacle de los 90. Además se introdujo la asistencia financiera para dinamizar la producción.



Matrioska. Las famosas muñecas serían de origen japonés.

Consolidación del crimen organizado

El inmenso poder de la mafia rusa

por Luciana Garbarino

La parálisis estatal tras el fin de la URSS y la sumisión del proyecto de reconstrucción nacional a los dictados del mercado, constituyeron un contexto ideal para la emergencia de grupos que ante el vacío político, no dudaron en imponer sus propias leyes.



El fin del mundo bipolar y el feroz proceso de globalización desatado desde entonces permitieron la emergencia de otro proceso, subterráneo, pero no menos decisivo: el de la escalada del crimen organizado. Este fenómeno obliga a repensar la criminalidad, ya no como algo ligado a la pobreza y la marginalidad, sino como algo propio de ciertos sectores de la elite, que pueden usufructuar el “privilegio” de practicar actividades de muy alta intensidad y muy baja visibilidad (1).

En este sentido, la disolución de la Unión Soviética y el desordenado y anárquico pasaje al capitalismo que le siguió, constituyeron una excelente oportunidad para la conformación y consolidación de las organizaciones criminales en Rusia y Europa del Este. La combinación del ascenso del nivel de vida en Europa, el incremento del comercio global, la menor capacidad policial y de control de los Estados y el vacío moral y social tras el derrumbe del modelo comunista, conformaron un excelente caldo de cultivo para que tanto delincuentes como empresarios inescrupulosos iniciaran lucrativos negocios.

En este proceso, la perestroika de Gorbachov significó no sólo el tiro de gracia del comunismo, sino el inicio de los impunes saqueos de los recursos públicos y privados por parte de un pequeño grupo de empresarios con la complicidad de la burocracia política, y una espectacular fuga de capitales hacia paraísos fiscales, que alcanzarían su mayor desarrollo bajo el gobierno de Yeltsin. Según el propio Gobierno ruso, hacia mediados de los 90, entre el 40% y el 50% de su economía funcionaba por fuera de los circuitos legales. Por otro lado, según estimaciones de la justicia internacional, hacia fines de esa misma década se habrían lavado alrededor de 2,5 billones de dólares, fundamentalmente en bancos estadounidenses y europeos (2).

Desde entonces, la mafia rusa no ha hecho más que ampliar su influencia y extender sus tentáculos, sobre todo al sector financiero, del cual llegó a controlar a comienzos de los 90 el 80% (3). Por lo tanto aprovechó su participación en la formación de bancos para financiar actividades delictivas en el exterior.

Génesis

La mafia no es una novedad en Rusia. En la era soviética ya existían bandas en los barrios de las grandes ciudades que actuaban en el mercado negro con la connivencia de los funcionarios públicos. Conocidos como “ladrones en regla” (*vor v zakoni*) estos grupos suministraban ciertos productos de lu-

jo como cigarrillos, vodka y chicles, entre otros, para aquellos que pudieran pagarlos, en momentos en que la economía comenzaba a estancarse bajo el gobierno de Brezhnev.

Sin embargo, fue a partir del derrumbe de la Unión Soviética que la delincuencia organizada vivió un crecimiento exponencial a raíz de la emergencia simultánea y complementaria de una nueva clase, la oligarquía, y de los *gruppировки*, las fuerzas del orden privatizadas que protegían a estos nuevos ricos.

Se podría identificar como un punto de partida la Ley sobre Cooperativas aprobada por Gorbachov en 1988 que legalizó la iniciativa privada, lo que permitió la apertura de nuevas compañías y el libre comercio. Fueron estos nuevos empresarios quienes empezaron a requerir de servicios de protección, ante una política de seguridad pública completamente obsoleta. La policía carecía de los recursos económicos e intelectuales para enfrentarse a los nuevos desafíos que el pasaje al capitalismo suponía, y en este contexto fueron las bandas callejeras o *gruppировки* las que fueron asumiendo de hecho el monopolio de la violencia. Estos grupos autoorganizados estaban conformados por personajes tales como ex agentes de la KGB, veteranos de Afganistán y de las guerras de Chechenia, caracterizados por su dureza. Así, el resultado fue que entre 1991 y 1994 se duplicó el número de homicidios, el cual a su vez duplicaba las cifras de Estados Unidos (4). Los empresarios comenzaron a destinar entre el 10% y el 30% de sus ganancias a estos matones, que no sólo los protegían de los *gruppировки* de la competencia, sino que además representaban un gasto menor de lo que suponía blanquear sus actividades frente al Estado. Por lo tanto, fue el negocio de la protección el que abrió el camino para que la mafia rusa dejara de dedicarse simplemente a delitos menores para comenzar a constituirse en una poderosa fuerza internacional que buscaba su lugar en la economía mundial.

Según el especialista Misha Glenny (5), las bandas rusas que ofrecían protección durante los noventa se diferenciaban de las familias mafiosas clásicas de Nueva York, Chicago y el sur de Italia en tres aspectos. Por un lado, eran indispensables para la transición del comunismo al capitalismo ya que garantizaron cierta estabilidad durante la transformación económica. En segundo lugar, a diferencia de las mafias italiana y estadounidense, las rusas no estaban organizadas por lealtades familiares; la autoridad del *vor* (el líder de la banda) no era necesario ganársela sino que podía comprarse. Por último, en Ru-

sia no había unas pocas familias como la Cosa Nostra, sino miles de organizaciones. “En 1999 existían más de 11.500 ‘firmas privadas de seguridad’ registradas en las que trabajaban más de 800.000 personas. De ellas, casi 200.000 tenían permiso de portación de armas. El Ministerio del Interior ruso estimó que, como mínimo, había un 50% más sin registrar” (6).

Privatizaciones espurias

Con el gobierno de Yeltsin y la vertiginosa liberalización de la economía propuesta por los economistas Yegor Gaidar y Anatoly Chubais, el proceso se radicalizó. Luego de más de 70 años de control centralizado de la economía por parte del Estado, se liberaron los precios de todos los bienes –incluyendo los más básicos como pan y viéndida– salvo... los de los recursos naturales. El petróleo, el gas natural, los diamantes y los metales fueron mantenidos con el irrisoriamente bajo precio soviético. El comercio exterior de estos bienes había sido también hasta entonces monopolizado por el Estado, quien se apropiaba de ese excedente extraordinario generado entre el precio de compra local y el precio de venta en el mercado. La privatización de este mecanismo, sumado a la corrupción generalizada y el abandono de sus funciones por parte del Estado, condujo al surgimiento de los oligarcas rusos, que no sólo se dedicaron a la exportación de petróleo, sino también a negocios tales como la importación de computadoras o vehículos de Occidente y otros similares. Como dice el historiador Jorge Saborido: “En un sentido, ‘oligarquía’ es equivalente a ‘elite’, pero se distingue de ésta porque no sólo designa a una ‘selecta’ parte de la sociedad, sino que también está asociada con el poder político” (7). De modo que mientras el FMI inyectaba millones de dólares para estabilizar la economía rusa, los oligarcas los fugaban a cuentas privadas en el exterior.

En poco tiempo los oligarcas se volvieron tan ricos y poderosos que eran capaces de comprar la influencia de cualquier político para iniciar sus negocios.

La asunción de Putin –hombre cercano a Yeltsin y que había sido nombrado por él Jefe de los Servicios Federales de Seguridad (FSB) en 1998– significó garantía de impunidad para el ex Presidente y para todos aquellos que se beneficiaron durante esos años, motivo por el que, al principio, contó con el apoyo de la oligarquía. Sin embargo, con el correr de los años su concentración de poder fue aumentando y logró sustraerse de las

presiones del poder político y económico y por el contrario, subordinar a ambos al Poder Ejecutivo. De manera que Putin dejó subsistir a la oligarquía como clase, siempre y cuando apaciguara sus pretensiones políticas y no le disputara el poder. En este sentido, el caso de Jodorkovski –uno de los oligarcas más poderosos del país– fue aleccionador: ante sus aspiraciones de incidir en la Duma, la burocracia estatal inició una ofensiva que culminó con él preso y el desmantelamiento de la petrolera Yukos –de su propiedad– y su subsidiaria.

Tampoco faltan hechos oscuros en torno al Presidente: sospechosos atentados a periodistas, empresarios o políticos críticos han ocurrido los últimos años sin que se haya encontrado o responsabilizado a los culpables (8).

En definitiva, en la actualidad la mafia rusa no constituye una organización cerrada, sino una extensa red de colaboradores de distintas nacionalidades (georgianos, armenios, rusos, lituanos) que se dedican principalmente a la prostitución en Europa del Este, al tráfico de armas, drogas y personas, la extracción de recursos naturales y el juego ilegal.

Una de las organizaciones eslavas más importantes es la *Solntsevskaya Bratva* (Hermandad de Solnstevo), que en pocos años se convirtió en un imperio tal que hoy en día trafica hasta materiales nucleares. Tal como afirma el periodista Jeffrey Robinson a propósito del ucraniano Semion Mogilevich, miembro de dicha Hermandad: “Estos hombres alcanzan el éxito aplicando las técnicas del Harvard Business School. Los nuevos criminales globales –agrega– no roban bancos, los compran” (9). ■

1. Jean-François Gayraud, *El G9 de las mafias en el mundo*, Urano, Barcelona, 2007.

2. “2,5 billones blanqueados por la mafia rusa alcanzan a Yeltsin y dañan a Gore y al FMI”, *El País*, 27-8-1999.

3. Jorge Saborido, *Rusia, veinte años sin comunismo. De Gorbachov a Putin*, Biblos, Buenos Aires, 2011.

4. Jorge Saborido, *op. cit.*

5. Misha Glenny, “La mafia: el parto del capitalismo”, *McMafia. El crimen sin fronteras*, Emecé Editores S.A./Destino, Buenos Aires, 2008.

6. Misha Glenny, *art. cit.*

7. Jorge Saborido, *op. cit.*

8. Jorge Saborido, *op. cit.*

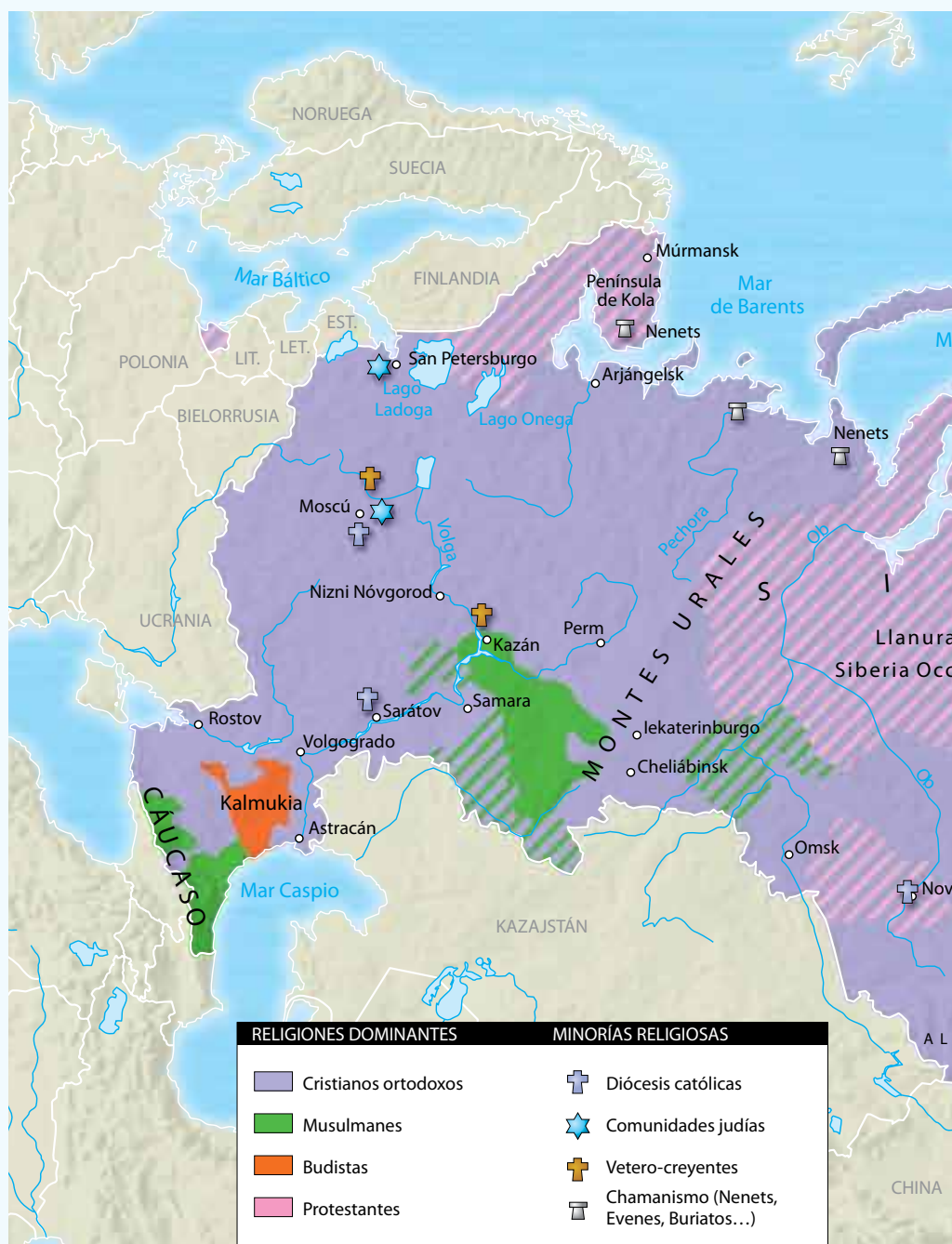
9. “Russian mafia target the City”, *The Guardian*, 22-8-1999.

El peso de las religiones

Los vínculos con el cristianismo ortodoxo y el islam constituyen un factor clave para que el Kremlin defina su política interior, pero también sus relaciones con Occidente.

En Rusia existen cuatro religiones oficialmente reconocidas como “tradicionales” según una ley sancionada en 1997: la cristiana ortodoxa, el islam, el budismo y el judaísmo. Sobre una población de 142,9 millones, aproximadamente 80 millones pertenecen al cristianismo ortodoxo, entre 15 y 20 millones al islam, de 1,5 a 2 millones al budismo y unas 600.000 personas practican el judaísmo. Las otras religiones –como el protestantismo o el catolicismo– son percibidas como cercanas a Occidente, y no son tenidas en cuenta oficialmente. Por esta razón, las relaciones con la Iglesia Católica se han venido deteriorando desde la caída de la Unión Soviética.

De hecho, tras el fin del comunismo se vivió una notable renovación de la fe ortodoxa. La Iglesia ortodoxa se volvió omnipresente: en la escuela, en el ejército, en el hospital... En todo el territorio del país, centenares de templos y monasterios fueron restaurados. Por otro lado, los sondeos muestran un alto nivel de identificación religiosa. Según una encuesta de 2007, el 70% se decía creyente, mientras que el 60% se definía como cristiano ortodoxo. Se trata sin embargo de una identificación etnocultural más que religiosa; para la mayoría de los rusos, la fe es sentida como un refugio frente a un mundo amenazador e incierto. No sorprende entonces que el gobierno le otorgue un lugar preferencial a la religión ortodoxa, entendida como una de las claves de la identidad nacional en vías de elaboración desde el derrumbe de 1991. En este sentido, en 2005 Putin afirmaba durante su visita al Monte Athos: “Rusia es una potencia ortodoxa”. Asimismo, era frecuente ver al popular –hoy fallecido– patriarca Alexis II junto al Presidente, a quien apoyó en la mayoría de sus decisiones, sin condenar los métodos brutales empleados en Chechenia. Otro punto de convergencia entre ambos poderes reside en que la Iglesia ortodoxa no deja de profesar un cierto antioccidentalismo. En abril de 2006, uno de sus concilios promulgó su propia “Declaración de los derechos y de la dignidad del hombre”. El texto se erigía contra la noción de individualismo, tal como se la entiende en la visión occidental y liberal de los derechos del hombre, y alertaba contra la utilización de esos derechos como bandera para justificar la injerencia de Occidente.



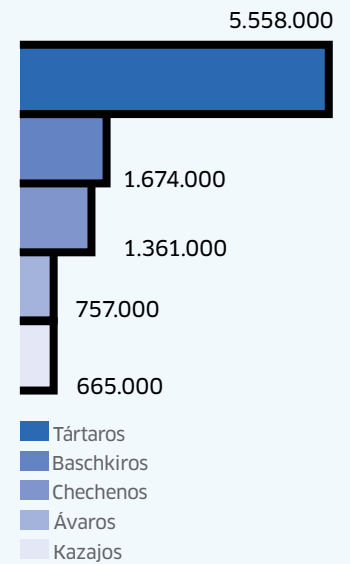


Religiones en el Cáucaso. La presencia musulmana en la región, si bien preocupa a Moscú, también es vista como una oportunidad para construir alianzas amenazantes para Occidente.



Los musulmanes en Rusia

(por nacionalidades, datos de 2007)



Importancia del islam

A pesar de las guerras de Chechenia, Rusia cuida sus relaciones con los países islámicos. Desde 2005 tiene el estatuto de observador en la Organización de la Conferencia Islámica. Además, el incremento de los musulmanes en el sur conduce a que algunos ya hablen de una "Rusia eurasiática", a la vez ortodoxa y musulmana.



3

El regreso como
superpotencia energética

RUSIA HACIA AFUERA

La recuperación económica del país, sostenida en una activa política de explotación de sus recursos naturales y favorecida por los altos precios del petróleo, combinada con las ambiciones de Putin de construir “una gran Rusia”, le permitieron al viejo imperio retornar al escenario internacional con un fuerte protagonismo. Pero esta vuelta como potencia capitalista obligó a Rusia a redefinir las relaciones exteriores de la era soviética, con vistas tanto a no perder sus viejos aliados -seducidos por la idea de acercarse a Occidente- como a ganar otros nuevos.





Reordenamiento del espacio postsoviético

La desintegración de un imperio

por Nina Bachkatov*

La Comunidad de Estados Independientes (CEI) nació a la par de la disolución de la URSS, como una asociación voluntaria que intentaba asegurar acciones militares y comerciales coordinadas entre las ex repúblicas soviéticas. No obstante, su gestación se vio obstaculizada por el temor de los nuevos Estados soberanos de quedar bajo la órbita rusa.

La Unión de las quince repúblicas soviéticas se construyó lentamente, entre 1924 y 1936. La diversidad cultural fue fomentada a niveles local y regional, pero el patriotismo se expresaba hacia la “patria comunista”; la clase social y la ideología habían marcado supuestamente más a la gente que su pertenencia étnica. El sistema económico se basaba en la especialización de las funciones, atribuida a un plan maquiavélico de Josef Stalin para prevenir toda veleidad de independencia.

Stalin, quien disponía de una policía omnipresente, no necesitaba esas sutilezas para controlar su imperio. De hecho, el desarrollo industrial de los años 30 refleja el centralismo todopoderoso de la época, un gigantismo que impuso los enormes complejos industriales, y el traslado –voluntario o forzoso– de las poblaciones. Esta mezcla étnica incluyó a las personas que permanecieron en el lugar tras salir de los campos, a los evacuados de la Segunda Guerra Mundial y, en forma general, a todos aquellos que consideraron la movilidad geográfica como su único espacio de libertad (1).

¿Era la URSS un imperio colonial convencional? Para serlo, habría sido necesario que la Rusia zarista pudiera compararse con los imperios coloniales británico, francés, español o portugués, que establecían una clara distinción entre la metrópoli y las posesiones de ultramar. Los colonizados eran individuos “exóticos” cuya vida cultural y política no estaba in-

tegrada a la metrópoli que explotaba los recursos naturales de sus colonias.

En el imperio zarista y luego en la URSS, se trataba de un territorio continuo, que formaba una unidad política y económica, dotado de una infraestructura común, sin una clara noción de “metrópoli”. Los diferentes pueblos formaban parte de la vida cultural y política del imperio; la vida económica y la infraestructura estaban integradas. Muchos dirigentes revolucionarios no eran rusos, incluso los padres fundadores (León Trotski, Josef Stalin, Grigori Ordzhonikidze, Félix Dzerzhinski, ayudados por un gran número de letones en la Checa [policía secreta]).

Este edificio no implosionó bajo los embates de las “naciones oprimidas”. Sin embargo, en 1991, el vacío desembocó en un enorme problema de identidad: para los rusos que nunca se percibieron como un grupo étnico; para los no-rusos que sólo tenían su etnicidad para expresar su diferencia.

Prioridades diversas

La Comunidad de Estados Independientes (CEI), establecida en diciembre de 1991 para reemplazar a la URSS, comenzó pobremente. Las tres repúblicas eslavas (Rusia, Ucrania, Bielorrusia) la instauraron el 8 de diciembre, otras ocho se integraron a ella el 21 de diciembre en la cumbre de Alma Ata y, en marzo de 1994, el Parlamento georgiano ratifi- →



Fortalecimiento de las Fuerzas Armadas. En los últimos años el presupuesto militar no ha dejado de aumentar: en 2012 ascendió a casi el 3% del PIB (1,9 billones de rublos).



Submarinos nucleares. Elemento estratégico de la Armada rusa.

Cooptados por la UE

En la medida en que los tres Estados Bálticos y varios ex satélites soviéticos se incorporaron a la Unión Europea, fueron surgiendo dificultades burocráticas y económicas entre los países del antiguo bloque socialista. Se vieron afectadas sobre todo las familias, que solían estar dispersas por todo el territorio soviético.

→ có su adhesión. Los tres países bálticos (Estonia, Letonia y Lituania) se negaron a participar procurando su integración a Occidente. Sin embargo, los acuerdos al término de las reuniones regulares rara vez son firmados por todos los miembros, y menos aun seguidos de efectos (2).

Esto se explica por la actitud de los diferentes miembros. Mientras que Bielorrusia tenía enormes dificultades para disociarse de Rusia, Ucrania y Turkmenistán consideraban a la CEI como un medio transitorio para administrar la separación y avanzar hacia un divorcio de mutuo acuerdo; otras repúblicas, como Kazajstán, veían allí una institución propicia para nuevas formas de integración voluntaria. Y sobre todo, Rusia no tenía una idea precisa sobre el futuro de la CEI. Sin embargo, ésta se estructuraba. El grupo de trabajo formado en 1991 se transformó en Secretaría Ejecutiva en 1992. La cumbre de Tashkent, en mayo de 1992, desembocó en la firma de un tratado de seguridad colectiva. El Comité de Cooperación Económica creado en enero de 1993 se convirtió en un verdadero órgano político, un intermediario entre los Estados miembros, cada uno de los cuales tenía allí un embajador.

Al principio dos cuestiones dominaron los debates: las relaciones económicas y los problemas de seguridad colectiva. Es preciso tener en cuenta que existían sesenta millones de personas fuera de sus fronteras étnicas, veinticinco millones de las cuales eran rusos (3). La mayoría hablaba ruso, ya que era más simple para un uzbeko que habitaba en Moldavia o un armenio que vivía en Georgia hablar ruso –la lengua franca del imperio– que el idioma local. Solían ser víctimas de las campañas de indigenización que afectaban a todas las repúblicas (prioridad de los nativos en los empleos, e instauración del idioma oficial como único idioma nacional).

En Rusia, el debate causó estragos al punto que la CEI, que pretendía ser una herramienta para su-

vizar la transición postsoviética, se convirtió en un freno a esta evolución y reforzó la desconfianza hacia el Kremlin. Para los nacionalistas, entre los que el ala aislacionista terminó prevaleciendo sobre el ala “gran Rusia”, la URSS representaba una catástrofe humana y económica para el pueblo ruso. Su caída, pensaban, autorizaría finalmente a Rusia a destinar sus medios a su propio desarrollo. Para los occidentalistas, la integración de la CEI era beneficiosa ya que sólo podía hacerse en torno a una Rusia democrática. Según ellos, bastaría con convencer a los miembros de las ventajas de esa estructura, incluso en el terreno económico, ya que la Rusia reformada se convertiría en un importante aliado.

En los nuevos Estados, la preocupación por asegurar la independencia primaba sobre cualquier otra consideración. Los dirigentes republicanos multiplicaron los acuerdos bilaterales con el fin de reforzar su soberanía nacional. A pesar de todo, entre 1992 y 1994, los cambios políticos y económicos en Rusia y en sus vecinos transformaron el clima en la CEI. En marzo de 1992, Rusia creó un departamento encargado de los asuntos de la CEI en el seno del Ministerio de Relaciones Exteriores. En todas partes, incluso en Ucrania, llegaba la hora de los acuerdos con Moscú. Pero Rusia estaba lejos de querer sacrificarse por los demás miembros. Sus dirigentes propiciaban la integración militar –con el apoyo de Armenia y Kazajstán–, pero la frenaban en materia económica.

Con la desaparición de la Unión, cada Estado independiente heredó equipamiento, centros de formación, instalaciones militares e industriales que se encontraban en su territorio. En ningún caso se trataba de infraestructura autónoma, y la defensa de cada Estado dependía desde entonces de esfuerzos coordinados. Debían también controlarse las armas nucleares.

Una vez más, la actitud de Rusia y la de las demás Repúblicas difirieron. Estas últimas consideraban el ejército nacional y el control de las fronteras como atributos de su independencia. La unión militar era tanto menos evidente cuanto que no existía un desafío común: las amenazas sobre Transcaucasia (4) eran diferentes de las que sufrían Asia Central o los mercados occidentales de la ex URSS. La previsible negativa de Ucrania a participar en los esfuerzos colectivos y sus tensas relaciones con Rusia socavaban la idea misma de seguridad colectiva entre los miembros de la CEI.

Rusia, en cambio, se sentía vulnerable con fronteras inmensas e indefendibles. Su sociedad no podía absorber una nueva ola de militares desamparados y repatriados apresuradamente. Pero el proyecto de creación de nuevas estructuras colectivas que promovía se topaba, al igual que en materia económica, con las realidades presupuestarias. La nueva doctrina militar rusa adoptada en noviembre de 1993 consideraba los conflictos locales en la ex URSS como el mayor riesgo para la seguridad de la CEI en su conjunto. El Kremlin encontraba allí argumentos para

justificar la presencia de las tropas rusas de “mantenimiento de paz” en su periferia.

Relaciones económicas

En noviembre de 1994, Rusia impuso sus puntos de vista a Armenia, Georgia, Tayikistán y Kirguistán. Finalmente, las repúblicas reacias fueron empujadas hacia una unión militar, operaciones conjuntas de mantenimiento de la paz y, en abril de 1994, la defensa común de las fronteras de Asia Central y Bielorrusia bajo comando ruso (extendida a Georgia y Armenia en agosto de 1995).

En 1996 se estaba lejos de los objetivos previstos. El financiamiento descansaba esencialmente en Rusia y la participación de los demás países miembros en el estado mayor unificado era meramente formal. Los dirigentes republicanos no estaban dispuestos a compartir información sobre sus respectivos ejércitos. Y la cuestión de la ampliación de la OTAN modificó de alguna manera la situación.

La participación de Rusia en la Asociación para la Paz (programa de la OTAN para estrechar vínculos con Estados europeos y de la ex URSS), y la idea de una carta de defensa devolvieron la esperanza a quienes deseaban que se convirtiera en un miembro pleno de la seguridad europea. Pero también movilizó a los partidarios de un distanciamiento respecto de Occidente y de un mayor anclaje en las fuerzas actuales; claramente, el intento era construir con los aliados de la CEI un contrapeso a la ampliación del bloque atlantista.

Los contactos económicos aportaron otros conflictos inesperados. Las repúblicas, que multiplicaron la firma de acuerdos bilaterales con el fin de consolidar y garantizar su independencia, descubrieron la economía de mercado. El factor petrolero alteró los equilibrios, al punto que los yacimientos de Azerbaiyán terminaron prevaleciendo sobre el apoyo a Armenia. Buscando limitar la influencia rusa, las ex repúblicas federadas descubrieron que los “verdaderos” extranjeros podían ser peores, y que la independencia nacional no era un criterio económico. Por su parte, las multinacionales impusieron su lógica transfronteriza, aunque tuvieran que toparse con las sensibilidades nacionalistas (5).

Rusia se vio obligada a canjear sus deudas por participaciones en las empresas de otras repúblicas. El Estado prefería dinero líquido pero no existía otra posibilidad para recuperar los 6.000 millones de dólares de deudas de los países de la CEI. Los asesores occidentales de Rusia fueron los primeros en denunciar la política de subsidios directos (interrumpidos a fines de 1991). Pero en 1992-1993, Rusia siguió pagando subsidios indirectos, especialmente vendiendo su energía por debajo de la cotización mundial y asegurando una política de créditos generosa dentro de la zona rublo. En 1992, los créditos comerciales a estas repúblicas alcanzaban a alrededor del 70% de las exportaciones hacia la CEI. En 1993, los créditos comerciales directos y los créditos otorgados por los

bancos centrales de las repúblicas a sus productores nacionales para pagar a los proveedores rusos representaban entre el 9% y el 10% del PNB ruso. Desde 1993, el suministro de gas y petróleo continuó a pesar de los retrasos de pago. Cada amenaza de interrupción era denunciada, incluso en Occidente, como una “extorsión económica”. La deuda energética de los miembros de la CEI y los países bálticos ascendía a aproximadamente 5.000 millones de dólares a fines de 1995. A lo que deben sumarse los montos en capital y productos del trabajo bloqueados en cada república, las ayudas militares y el mantenimiento de las instalaciones comunes, como la estación espacial de Baikonur, en Kazajstán (6).

Herencia compartida

Las aspiraciones del ciudadano común abogaban por cierta forma de reintegración. Para millones de ex soviéticos, la libertad de viajar no significaba irse de compras a la Costa Azul como lo hacían algunos “nuevos ricos”. Una simple visita a familiares se volvió un asunto difícil y a menudo humillante. Los contactos intelectuales y artísticos se extendieron a un mundo nuevo pero se cerraron al antiguo. Es la libertad lo que querían recuperar, no la ex Unión Soviética.

Su herencia histórica compartida estimuló el acercamiento. Aun cuando no haya sido siempre en la paz y la armonía, generaciones de rusos, ucranianos, georgianos, etc. estaban acostumbrados a vivir juntos. Todos sufrieron el impacto de las reformas y las privatizaciones organizadas por asesores extranjeros. Con el tiempo, se observa que Rusia se mostró más combativa en las palabras que en los hechos y las iniciativas de los vecinos comenzaron a ser tenidas en cuenta.

Occidente descubrió que no era ni fácil ni barato reemplazar a Rusia. Reconoció que tiene intereses estratégicos en las ex repúblicas y que sería ilógico festejar todo progreso hacia la integración en Europa Occidental, calificando cada paso similar en la CEI como un gesto neoimperialista de Rusia (7). En cambio, la construcción en el espacio ex soviético de una estructura de integración democráticamente aceptada y abierta al mundo representó una oportunidad de seguridad en la región y de estabilización de estos países. ■

1. Véase Nina Bachkatov y Andrew Wilson, *Les Enfants de Gorbatchev*, Calmann-Lévy, París, 1988, págs. 97-98.

2. En la actualidad la CEI está integrada por 10 de las 15 ex repúblicas soviéticas. No pertenecen los tres países bálticos, que nunca participaron, ni Turkmenistán y Georgia, que la abandonaron en 2005 y 2009 respectivamente.

3. Véase *Transition*, Praga, 1-11-1996, pág. 31.

4. Vicken Cheterian, “Les mille et une guerres du Caucase”, *Le Monde diplomatique*, París, agosto de 1994.

5. “La Trans World Metals de Londres quiere crear un grupo industrial metalúrgico transfronterizo ruso-ucraniano”, *Financial Times*, Londres, 11-9-1996.

6. Véase *Transition*, Praga, 23-8-1996.

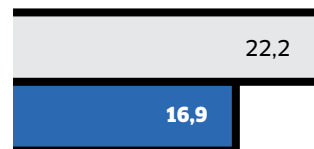
7. Hannes Adomeit, “Russia as a great power in world affairs, images and reality”, *International Affairs*, Nueva York, enero de 1995.

*Editora de *Inside Rusia & Eurasia* (www.russia-eurasia.net).

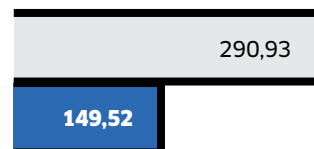
Traducción: Gustavo Recalde

De la URSS a Rusia

Superficie
(en millones de km²)



Población total
(en millones de personas)



PIB
(en miles de millones de USD de 1990)



■ URSS 1990
■ Rusia 1992

Economía socialista

Durante casi toda su existencia, el área socialista no mantuvo relaciones comerciales con países capitalistas. Recién en los 70 y 80 comenzaron los indicios de integración a la economía mundial.



Moscú y Washington: ¿amigos o enemigos?

por Laurent Rucker*

Los atentados del 11 de Septiembre impulsaron a Putin a acercarse a Estados Unidos para encarar una lucha conjunta contra el terrorismo. No obstante, poco después Rusia se sintió amenazada por la creciente intervención estadounidense en sus proximidades, y más aun luego de que instalara escudos antimisiles en Polonia y radares en República Checa con la excusa de la amenaza iraní.

La constatación es amarga y reveladora: “El derrumbe de la Unión Soviética fue el mayor desastre geopolítico del siglo XX. Para la nación rusa fue un verdadero drama”, declaró el presidente Vladimir Putin en su discurso anual ante el Parlamento, el 25 de abril de 2005. Expresaba así la profunda perturbación del Kremlin ante la irresistible decadencia de su poder y la pérdida de las conquistas territoriales acumuladas a lo largo de tres siglos.

A partir del 11 de septiembre de 2001 se había registrado un espectacular acercamiento de Moscú respecto de Estados Unidos y la Unión Europea (UE), pero los factores de tensión comenzaron a sumarse desde fines de 2003, fundamentalmente a raíz de la “Revolución rosa” en Georgia, y de la “Revolución naranja” en Ucrania, sin contar las divergencias respecto de Irán (1). En Moscú, especialistas, diplomáticos y dirigentes políticos se interrogan: ¿Rusia tiene que continuar su asociación estratégica con Estados Unidos o acercarse a China? ¿Cómo detener su pérdida de influencia en el espacio postsoviético?

Putin, que llegó al poder en 1999, se proponía restaurar la posición de Rusia en el escenario internacional. Por entonces, numerosos expertos le aconsejaron que rompiera con

la política preconizada por el ex primer ministro Evgueni Primakov (2). En lugar de extenuarse en busca de un mundo multipolar, sinónimo de confrontación con Washington, Rusia debía volver a concentrarse en sus intereses vitales, integrándose a la economía mundial para modernizarse. De manera que debía acercarse a Estados Unidos y a Europa, abandonar la retórica de gran potencia y desmilitarizar las relaciones con Occidente.

Los atentados del 11 de Septiembre brindaron a Putin la ocasión de iniciar esa revisión profunda de la política exterior. La asociación estratégica pactada entonces con Estados Unidos y con Europa se articulaba en torno de cuatro ejes: lucha común contra el terrorismo islamista; gestión compartida de la zona de crisis en Asia Central; semi-integración de Rusia a la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), y cooperación energética.

Ese cambio se tradujo inmediatamente en un apoyo de Moscú a la intervención en Afganistán, la creación de bases militares estadounidenses en Uzbekistán y Kirguizistán, la creación del Consejo Rusia-OTAN y la aceptación de la ampliación de la Alianza a los Estados bálticos, además del

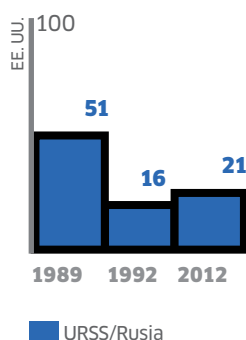
desarrollo de proyectos de cooperación petrolífera y gasífera. Hasta 2004 esa política soportó todos los embates, incluida la guerra en Irak.

Si bien es cierto que Rusia se alineó con los países que se oponían a esa guerra, como Francia y Alemania, tuvo cuidado de no enemistarse con Washington, dejando que París encabezara la fronda en el Consejo de Seguridad. Luego del derrocamiento del presidente Saddam Hussein, a la vez que seguía proclamando su oposición de principio a la ocupación de Irak (Moscú votó las resoluciones de Naciones Unidas sobre ese punto) recibió a las nuevas autoridades iraquíes y aceptó cancelar la deuda de Bagdad, de 8.000 millones de dólares.

El presidente Putin era favorable a la retirada de las tropas anglo-estadounidenses de Irak, pero evitó cuidadosamente ejercer la más mínima presión al respecto sobre Washington. En efecto, trató de proteger los intereses rusos en Irak, fundamentalmente los de la compañía Lukoil, que había firmado con el régimen anterior un contrato de explotación de la cuenca petrolífera de West Qurna. La venta por parte del Estado ruso, en 2004, a la compañía estadounidense Conoco-Phillips del 7,59% del ca-→

Poderío económico

(relación del Producto Nacional de EE.UU. y el de la URSS/Rusia, en paridad de poder adquisitivo)



Sputnik 1. La URSS lanzó el primer satélite de la historia en 1957.

Fin de la Guerra Fría

El enfrentamiento entre la URSS y Estados Unidos concluyó cuando ambas superpotencias reconocieron lo absurdo de la carrera de armamentos atómicos y aceptaron ponerle fin. Fue Gorbachov quien tomó la iniciativa, que se selló a través de las cumbres de Reykjavik (1986) y Washington (1987).

→ pital de Lukoil que aún poseía, abrió el camino para que esta última firma vuelva a operar en Irak.

La conjura occidental

La reacción de Moscú ante las “revoluciones de colores” en Georgia y en Ucrania puso de relieve la ambigüedad del acercamiento de Rusia a Estados Unidos y a Europa. Para el Kremlin, esos acontecimientos no fueron el resultado de la movilización de la sociedad civil contra regímenes corruptos, incompetentes y criminales, sino de una conjura fomentada por Washington para reducir la influencia de Rusia en el espacio postsoviético y saquear sus riquezas.

El vuelco “pro-occidental” protagonizado por Moscú en 2001 se apoyaba en una cooperación para luchar contra un enemigo común –el terrorismo, calificado por Putin en la tribuna de Naciones Unidas como “sucesor ideológico del nazismo”– y no en el desarrollo de la democracia en Rusia o en el espacio postsoviético. Ese cambio de posición tenía como pivote una alianza con las fuerzas más conservadoras de Occidente, encarnadas por los entonces mandatarios George W. Bush, Silvio Berlusconi y Ariel Sharon.

Son muchas las cuestiones sobre las cuales los gobiernos ruso y estadounidense comparten la misma visión del mundo: prioridad a la soberanía, importancia central de las relaciones de fuerza, discurso de poder y hostilidad respecto de la injerencia humanitaria y de la justicia internacional. Moscú ni siquiera se siente perturbado por la idea de la guerra preventiva: el ministro de Defensa Serguei Ivanov considera abiertamente su eventualidad, si “lo exigen los intereses de Rusia o sus obligaciones con sus aliados” (3). Pero el Kremlin reclama de Occidente dos contrapartidas: silencio sobre la guerra en Chechenia –presentada como una contribución a la lucha global contra el terrorismo islamista– y sobre la política interior rusa, y reconocimiento de los intereses de Rusia en el espacio postsoviético.

No obstante, las críticas de Washington, y en menor medida de Bruselas, referidas tanto a la guerra en Chechenia como a la falta de libertades y de pluralismo en Rusia, fueron aumentando con el paso de los años. Ofuscado por los comentarios de ciertos dirigentes occidentales sobre la intervención de las fuerzas rusas durante la toma de rehenes en Beslan, en septiembre de 2004, y por la “Revolución naranja” en Ucrania, Putin atacó –durante sus viajes a Turquía e India (4)– a ese Occidente “con casco de colonizador” que ejerce “en los asuntos internacionales una dictadura envuelta en un bello discurso pseudo-democrático”. La acumulación de factores de tensión con los países occidentales y los fracasos de la diplomacia rusa en Georgia y en Ucrania generaron en Moscú un debate –limitado, es cierto– sobre la política exterior del presidente Putin (5).

El acercamiento a China, manifestado durante 2005, alimenta interrogantes. Luego de haber solucionado en 2004 un diferendo fronterizo pendiente

te respecto de las islas de la región de Khabarovsk, Moscú y Pekín consolidaron sus relaciones en el marco de la Organización de Cooperación de Shanghai (6), hasta el punto de que en agosto de 2005 realizaron por primera vez maniobras militares conjuntas de gran magnitud en el Pacífico.

¿Se trata de la primera etapa de una alianza más estrecha dirigida contra Washington? Varios obstáculos se yerguen en esa ruta (7). Las relaciones entre ambos países están marcadas por una recíproca desconfianza, dado que cada uno teme que el otro lo utilice como herramienta en su relación con Estados Unidos. China se halla en un período de desarrollo rápido, tanto en el plano económico como militar, mientras que a Rusia le cuesta frenar su decadencia y volver a ser una potencia regional. Una cooperación demasiado estrecha podría, en caso de conflicto entre Washington y Pekín, colocar a Rusia entre la espada estadounidense y la pared china, una configuración que, según los expertos rusos, Moscú debe evitar por todos los medios. El objetivo de la cooperación con China debería ser el desarrollo del Extremo Oriente ruso y de Siberia, zonas peligrosamente amenazadas por la caída demográfica y donde se concentran las principales riquezas de Rusia, en particular los hidrocarburos (8).

Rusia y la Unión Europea

Cada vez que las relaciones con Washington se deterioran, Moscú tiende a dirigir su mirada a Europa y viceversa. En el caso de la crisis de Ucrania, Rusia debió hacer frente a una tensión simultánea con Estados Unidos y con la UE. Obsesionada por la OTAN, Moscú prácticamente no se había preparado para la ampliación de la UE, cuyas consecuencias son sin embargo mucho más importantes sobre los intercambios comerciales, la circulación de personas y las relaciones con los Estados postsoviéticos.

Las negociaciones previas a la ampliación de la UE fueron a menudo tensas entre Moscú y Bruselas. La política europea de vecindad (PEV), destinada a los nuevos Estados fronterizos (Bielorrusia, Ucrania, Moldavia, Rusia y Estados del Cáucaso) despierta inquietud en Moscú, que ve en ella una nueva tentativa de reducir su influencia en el espacio postsoviético (9). La cuestión de los “valores comunes” también es fuente de numerosos conflictos entre Rusia, la UE y las otras instituciones europeas, fundamentalmente sobre la situación en Chechenia y el respeto de los principios democráticos.

En cambio, Rusia mantiene excelentes relaciones con algunos Estados miembros de la UE, en particular con Alemania (10), Italia y –en menor medida– con Francia, lo que suele crear divergencias en la UE entre los partidarios de la cooperación con Moscú y los que preconizan una actitud firme, fundamentalmente los Estados bálticos y Polonia. Esto se explica, dado que las relaciones de estos últimos con Rusia se deterioraron notoriamente a causa de un pasado di-

fácil de digerir y del acercamiento de esos países a Estados Unidos (11).

La estrategia que eligió Putin luego del 11 de septiembre de 2001 no dio los resultados esperados. Pero no existe una solución de recambio, salvo al precio de aislar a Rusia, privándola de los instrumentos necesarios para su modernización (capitales, tecnologías, inserción en las estructuras de la mundialización). Moscú padece debilidades estructurales (caída de la demografía, economía de renta, excesiva centralización del poder conjugada con la debilidad del Estado, ausencia de verdaderos contrapoderes, etc.) que convierten al país en un actor de segundo plano en la escena internacional, a pesar de sus armas nucleares, de su escaño como miembro permanente del Consejo de Seguridad y de su pertenencia al G8, organización que en 2006 realizó su primera cumbre en Rusia. Además de su inmenso costo humano y financiero, la interminable guerra de Chechenia afectó de modo duradero la imagen de Rusia, además de frenar su democratización y alimentar el terrorismo islamista.

En el corto plazo, Moscú dispone de dos cartas de triunfo. En primer término, la bendición que significa para su economía el elevado precio actual del petróleo. Debido a la inestabilidad en Medio Oriente, tanto los europeos como los estadounidenses –deeseos de diversificar sus fuentes de aprovisionamiento– van a aumentar sus importaciones de hidrocarburos rusos. La otra cara de esa moneda es que Rusia corre riesgo de transformarse aun más en un Estado rentista. La segunda carta está representada por las dificultades de Estados Unidos y de Europa.

Además de Irak e Irán, Asia Central se convirtió en una preocupación para Washington. A raíz de las críticas por la represión en Andiyán (12), el presidente uzbeko, Islom Karimov, cerró la base que los estadounidenses habían instalado en 2001 para realizar operaciones en Afganistán, y se acercó a Moscú. Ese fue el primer revés importante que registró Estados Unidos en la región. Por su parte, los europeos estarán ocupados en la gestión de la ampliación de la UE concretada en 2004 y en la búsqueda de una solución al fracaso del proyecto de Constitución. Sin olvidar las divisiones transatlánticas e intra-europeas, que están lejos de haberse superado, Rusia cuenta pues con un tiempo de resuello y con un margen de maniobra (13). Habrá que ver si sabe aprovecharlos para renovar su estrategia y sus métodos y convertirse en un modelo atractivo para sus vecinos. ■

1. Rusia se opone a sanciones del Consejo de Seguridad a causa de su participación en el programa nuclear civil iraní. Moscú obtuvo el contrato para construir la central nuclear de Buchehr, por un monto de 800 millones de dólares. Por haber negociado con Teherán un acuerdo para trasladar a Rusia el combustible utilizado, Moscú asegura contar con la garantía de que la producción de la central iraní no será utilizada con fines militares.

2. “La politique étrangère russe. A l’Ouest, du nouveau”, *Le Courrier des pays de l’Est*, N° 1038, París, septiembre de 2003.

3. *Nezavisimaja Gazeta*, Moscú, 3-10-03.



© VLADJ55 / Shutterstock

Escudo antimisiles. Rusia cuenta con un importante sistema de radares cuyo emplazamiento depende, entre otros factores, de la amenaza de los misiles estadounidenses en Europa.

4. El 3 y 6 de diciembre de 2004, véase www.kremlin.ru

5. Artículos de Serguei Karaganov, un experto cercano al Kremlin, *Rossiiskaja Gazeta*, Moscú, 13 y 22 de septiembre de 2005.

6. Creado en 1996 por Rusia, China, Kazajistán, Kirguizistán y Tayikistán, el Grupo de Shanghai se convirtió en junio de 2001 en la Organización de Cooperación de Shanghai (OCS), con la adhesión de Uzbekistán. Sus actividades se concentran en temas de seguridad regional, en particular la lucha antiterrorista. En julio de 2005 India, Pakistán e Irán se convirtieron en observadores.

7. Bobo Lo, “Un équilibre fragile: les relations sino-russes”, *Russie Cei, Visions*, N° 1, IFRI, París, abril de 2005.

8. Dimitri Trenin, “Aziatski vektor v strategii Moskvyy”, *Nezavisimaja Gazeta*, Moscú, 27-10-03.

9. Isabelle Facon, “La politique européenne de la Russie: ambitions anciennes, nouveaux enjeux”, *Questions internationales*, París, N° 15, septiembre-octubre de 2005.

10. Alemania es el primer socio comercial de Rusia (14% de las importaciones y 7,8% de las exportaciones); el primer inversor extranjero (más de 10.000 millones de dólares de stocks) y el primer acreedor (Berlín posee la mitad de la deuda externa rusa, 20.000 millones de dólares sobre 40.000, en el marco del Club de París). Putin y Schroder firmaron el 8 de septiembre de 2005 un acuerdo para la construcción de un gasoducto submarino entre ambos países en el Báltico –uno de cuyos ramales fue completado a fines de 2011– que garantizará al cabo de cierto tiempo la mitad del consumo alemán de gas. Ese proyecto causó vivas reacciones en Polonia y en los países bálticos.

11. Céline Bayou, “Etats-Baltes-Russie: un authentique dialogue de sourds”, *Le Courrier des pays de l’Est*, París, N° 1048, marzo-abril de 2005.

12. Vicken Cheterian, “Bain de sang en Ouzbékistan”, *Le Monde diplomatique*, París, octubre de 2005.

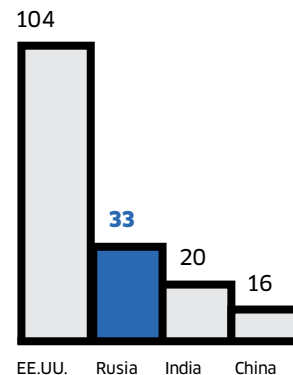
13. N. de la R.: Este artículo fue originalmente publicado en *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, noviembre de 2005.

*Historiador. Miembro de la redacción de la revista *Questions internationales*, editorial La Documentation française, París.

Traducción: Gustavo Recalde

Poderío nuclear

(cantidad de reactores nucleares)



Endeudamiento externo

Egor Gaidar se puso al servicio de los consejeros estadounidenses para convertir a Rusia en un país moderno “en quinientos días”. La gigantesca deuda externa que resultó de ello, actuó como un factor condicionante en el vínculo con Washington.

En busca de la multipolaridad

Encuentro con las raíces musulmanas

por Jacques Lévesque*

Cultivar buenas relaciones con el mundo islámico constituye un objetivo prioritario para Rusia. No se trata sólo de compensar el deterioro de su imagen luego de las guerras de Chechenia, sino fundamentalmente de reforzar poderes alternativos a la hegemonía internacional de Estados Unidos.



© Anton Belitskiy / Demotix / Latinstock

A pesar de la despiadada guerra que libraba entonces en Chechenia, Vladimir Putin logró la hazaña de ser el primer jefe de un Estado de mayoría no musulmana invitado a hablar, el 10 de octubre de 2003, en la cumbre de la Organización de la Conferencia Islámica, que agrupa a cincuenta y siete Estados musulmanes. Un logro político y diplomático. Alegando que Rusia posee más de un 15% de musulmanes (1) y que la población de ocho de sus veintiuna repúblicas autónomas es musulmana (2), Rusia obtuvo el estatuto de miembro observador de esta organización internacional. Y ello, gracias al apoyo más bien paradójico de Arabia Saudita e Irán.

Desde entonces, Putin y otros dirigentes rusos, como el ministro de Relaciones Exteriores Serguei Lavrov, no dejan de afirmar que Rusia, “en cierta medida, forma parte del mundo musulmán”. En una entrevista concedida a *Al-Jazeera* Putin insistía en que a diferencia de los musulmanes que viven en Europa Occidental, los de Rusia son autóctonos. E incluso afirmaba que la presencia del islam en el territorio ruso es anterior a la del cristianismo (3)...

Motivos del acercamiento

Sobre esta base, Moscú reivindica actualmente una relación política privilegiada con el mundo árabe y musulmán en su conjunto. Considera que Rusia, Estado principalmente europeo, tiene una misión histórica que cumplir como mediador entre el mundo occidental y el mundo musulmán. Tres grandes razones pueden explicar el sentido de estas reivindicaciones.

En primer lugar, apuntan a contrarrestar los efectos deletéreos de la guerra de Chechenia, tanto en Rusia como en el resto del mundo. El objetivo es evitar, o al menos limitar, la polarización entre la mayoría étnicamente rusa y los musulmanes de Rusia, reforzando especialmente el sentimiento de pertenencia de estos últimos al Estado. “Hay que impedir la islamofobia”, afirma Putin en la misma entrevista. Una tarea difícil cuando se conoce la persecución llevada a cabo, y no sólo en Chechenia, contra todos aquellos sobre los que apenas pesa la sospecha de ser fundamentalistas musulmanes. “El terrorismo no debe identificarse con ninguna religión, cultura o tradición”, asegura. Si antes y poco después del 11 de septiembre de 2001 designaba a los rebeldes chechenos sistemáticamente como “terroristas fundamentalistas musulmanes”, hoy habla de “terroristas vinculados a redes criminales internacionales de traficantes de droga y armamento”, evitando a menudo hacer referencia al islam.

La búsqueda de un vínculo privilegiado con el mundo árabe y musulmán se debe, en segundo lugar, al objetivo oficial de la política exterior rusa de “reforzar la multipolaridad en el mundo”; en otras palabras, de apoyar y desarrollar polos de resistencia a la hegemonía y el unilateralismo de Estados Unidos.

Se trata de obtener ventaja de la hostilidad general respecto de la política exterior de Washington en el mundo árabe y musulmán. Si antes la URSS se presentaba como el aliado natural de los Estados árabes antiimperialistas y “de orientación socialista”, actualmente Rusia busca relaciones políticas sólidas, no sólo con Irán y Siria, sino también con Arabia Saudita, Egipto y Turquía, desde hace mucho tiempo cercanos a Estados Unidos.

Las consideraciones económicas inciden en gran medida, especialmente en el sector energético, locomotora del retorno de Rusia a la escena internacional. El Kremlin ve en la energía nuclear y la exportación de centrales un importante terreno susceptible de hacer que Rusia adquiriera en un futuro competitividad internacional en el campo de la alta tecnología y se convierta en algo más que un exportador de materias primas energéticas. Lo mismo sucede con las exportaciones de armamento de última generación, el sector de mayor rendimiento de la economía soviética que enfrentó serias dificultades en los años 90.

Ya no son alianzas formales las que busca el Kremlin. Al igual que en la Organización de Cooperación de Shanghai (Rusia, China, Kazajistán, Kirguizistán, Tayikistán y Uzbekistán), son relaciones políticas sólidas pero no exigentes las que quiere Moscú, sin que ello implique una oposición directa a Estados Unidos. Resulta significativo que Irán mantenga su estatuto de observador de la Organización de Shanghai, cuando desearía convertirse en miembro pleno.

Identidad y seguridad

Finalmente, la tercera razón de esta nueva política respecto del mundo musulmán se debe a la tortuosa búsqueda de identidad de la Rusia postsoviética tanto en el plano nacional como internacional. En este sentido, ésta no sólo responde a un oportunismo político circunstancial. En 2005, el académico Serguei Rogov escribía en la revista oficial del Ministerio de Relaciones Exteriores que “el factor islámico en la política rusa es primero una cuestión de identidad” (4). Y agregaba: “Es ésta una de las razones por las que Rusia no puede ser un Estado-nación en el sentido europeo del término”. Antes de precisar: “Nuestras relaciones con el mundo islámico involucran directamente nuestra seguridad”.

Es preciso comprender lo que esto significa. En septiembre de 2003, Igor Ivanov, por entonces ministro de Relaciones Exteriores, afirmaba que la guerra de Irak había aumentado el número de atentados terroristas tanto en el territorio ruso como en otras partes del mundo. Esto sucedía antes de la tragedia de Beslan (5), una de las temidas consecuencias de esta guerra. Lo que explica, especialmente, la posición de Moscú. Cabe recordar la oposición concertada de Francia, Alemania y Rusia en el Consejo de Seguridad de la Organización de Naciones Uni-

das (ONU), que privó de legitimidad internacional a la guerra librada por Estados Unidos. A través de esta alianza, Moscú había esperado entonces que surgiera un nuevo vector de multipolaridad.

Los dirigentes rusos parecen realmente preocupados ante la idea de que el “choque de civilizaciones” se convierta en una profecía autocumplida. Luego de la guerra de Afganistán, la guerra de Irak y el apoyo incondicional y sin precedentes de Washington a las políticas más intransigentes de Israel, los dirigentes rusos consideran que los ataques estadounidenses a Irán constituirían una catástrofe en los asuntos mundiales y tendrían consecuencias desestabilizadoras enormes en esta vasta región cercana a Rusia, en varias antiguas repúblicas soviéticas, y en Rusia misma.

Ésta es una de las claves para entender la compleja y difícil relación que Rusia mantiene con Irán. Por un lado, Teherán es considerado un socio geopolítico importante, además de ser el tercer principal cliente de la industria armamentista rusa después de China e India, así como una vidriera para la exportación controlada de centrales nucleares. Sus dirigentes se abstuvieron siempre de expresar su apoyo a la rebelión chechena. Ambos países cooperaron para apoyar muy activamente a las fuerzas de oposición armada a los talibanes en Afganistán, mucho antes de que Estados Unidos lo hiciera. Cabe recordar que el Afganistán de los talibanes fue el único Estado en el mundo en reconocer la independencia de Chechenia, para no hablar de la ayuda a los combatientes chechenos.

Por otro lado, Moscú denuncia los dichos del presidente Mahmud Ahmadinejad sobre Israel, a los que califica de “bochornosos”, y ejerce sobre Teherán presiones significativas, especialmente votando junto con Washington, en el Consejo de Seguridad de la ONU, sanciones económicas que, sin embargo, logró acotar y circunscribir con el fin de evitar consecuencias militares.

Posiciones ambivalentes

Asumiendo el riesgo de un deterioro de sus relaciones con Irán, el Kremlin quiere mostrar a Estados Unidos y a los demás Estados occidentales que se comporta como un actor responsable del régimen de no proliferación de armas nucleares. Además quiere convencer a Teherán de encontrar un *modus vivendi* con la Agencia Internacional de Energía Atómica (AIEA). Participando de sanciones limitadas y graduales, espera alejar durante el mayor tiempo posible el fantasma de una acción armada contra Irán. Es indudable que Rusia no desea que ese país tenga armas nucleares cerca de sus fronteras. También es cierto que preferiría vivir con un Irán nuclear antes que tener que enfrentar las consecuencias desestabilizadoras de un ataque estadounidense a Teherán.

La ambivalencia de estas posiciones contribuyó al acercamiento político con países como Turquía →

CONFLICTOS CON VECINOS

1994

Invasión a Chechenia

Tres años después de la independencia en Chechenia, Rusia la invade y designa a su Presidente.

1999

Segunda guerra de Chechenia

Con la excusa de “operaciones antiterroristas”, Chechenia vuelve a ser ocupada. Se reforma la Constitución.

2003

Revolución rosa

En Georgia, mediante una revolución pacífica, el presidente Mijail Saakashvili toma el poder. Se distancia de Rusia.

2004

Revolución naranja

Por protestas sociales se repiten las elecciones presidenciales en Ucrania. Triunfa el candidato pro occidental Víktor Yushchenko.

2008

Guerra de los cinco días

El presidente de Georgia envía tropas para recuperar Abjasia y Osetia del Sur. Rusia interviene y penetra en Georgia.

PRESIÓN ESTADOUNIDENSE

Georgia en la mira

por Serge Halimi*

El 16 de agosto de 2008, el presidente estadounidense George W. Bush invocó con gravedad las “resoluciones del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas”, al igual que “la independencia, la soberanía y la integridad territorial” de Georgia, cuyas “fronteras deben gozar del mismo respeto que las de las otras naciones”. En consecuencia, sólo Estados Unidos tendría el derecho de actuar unilateralmente cuando estima (o pretende) que su seguridad está en peligro. En realidad, la serie de acontecimientos obedece a una lógica más simple: Washington apuesta a Georgia (y recíprocamente) para contrarrestar a Rusia; y Moscú apuesta a Osetia del Sur, y también a Abjasia, para “castigar” a Georgia. Ya en 1992 dos informes del Pentágono buscaban prevenir el eventual resurgimiento de una potencia rusa por entonces en ruinas. Para perpetuar la hegemonía de Estados Unidos, nacida el mismo año de su victoria en la guerra del Golfo y del desmembramiento del bloque soviético, era importante –según indicaban esos informes– “convencer a eventuales rivales de que no necesitan aspirar a jugar un papel más importante”. A falta de convencerlos, Washington sabría “disuadirlos”. ¿El blanco principal de esas prevenciones? Rusia, “única potencia mundial capaz de destruir a Estados Unidos” (1).

¿Se puede entonces reprochar a los dirigentes rusos el haber percibido la ayuda occidental a las “revoluciones de colores” en Ucrania y en Georgia, o la adhesión a la OTAN de sus antiguos aliados del Pacto de Varsovia, o la pretensión de instalar misiles estadounidenses en territorio polaco, como elementos de esa vieja estrategia destinada a debilitar a su país, independientemente de cuál sea su régimen o sus políticas? “Rusia se ha convertido en una gran potencia, y eso es lo que inquieta”, admitió incluso Bernard Kouchner, el entonces ministro de Relaciones Exteriores de Francia (2).

Zbigniew Brzezinski, que en 1980 fuera el arquitecto de la peligrosísima estrategia afgana de Washington (apoyar militarmente a los islamistas para derrotar a los comunistas...), detalló el otro aspecto de los objetivos estadounidenses: “Georgia nos abre el acceso al petróleo y próximamente también al gas de Azerbaiyán, del mar Caspio y de Asia Central. Por lo tanto, es para nosotros una carta estratégica mayor” (3). Brzezinski no puede ser sospechado de versatilidad: incluso cuando Rusia agonizaba, en la época de Boris Yeltsin, quería expulsarla del Cáucaso y de Asia Central, para garantizar el suministro energético de Occidente (4). Desde entonces, a Rusia le va mejor, a Estados Unidos peor, y el petróleo vale más caro. Víctima de las provocaciones de su Presidente, Georgia acaba de sufrir el choque de esas tres dinámicas.

1. Paul-Marie de La Gorce, “Washington et la maîtrise du monde”, *Le Monde diplomatique*, París, abril de 1992.

2. Entrevista en *Le Journal du dimanche*, París, 17-8-08.

3. Bloomberg News, 12-8-08.

4. Zbigniew Brzezinski, *El gran tablero mundial*, Paidós, Barcelona, 1998.

*Director de *Le Monde diplomatique*.

Traducción: Carlos Alberto Zito

→ y Arabia Saudita, aliados tradicionales de Estados Unidos. Ambos países, rivales de Irán, temen evidentemente el acceso de Teherán a las armas nucleares. Sin embargo, al igual que Rusia, y por las mismas razones, se oponen a una acción militar de Washington. Temen las consecuencias tanto en sus países como en sus vecinos más próximos.

Como resultado de la guerra en Irak, Turquía vio aparecer en sus fronteras un Kurdistán *de facto* independiente. Este problema, de por sí, se vería seriamente agravado por una desestabilización de Irán. Rusia pretende evidentemente sacar provecho de ello en un momento en que los intercambios económicos entre ambos países, así como las convergencias políticas, alcanzan un punto nunca logrado en más de doscientos años.

Desde luego, en menor medida, lo mismo sucede en sus relaciones con Arabia Saudita, que también se opuso a la guerra de Irak a pesar de su hostilidad respecto de Saddam Hussein (dejando sin embargo utilizar las bases que Estados Unidos posee allí). En febrero de 2007, Putin efectuaba la primera visita de un jefe de Estado ruso o soviético. Propuso contratos de construcción de centrales nucleares y venta de armamento; reclamó además que se aumentara el número de musulmanes rusos autorizados a viajar en el peregrinaje anual a La Meca. El apoyo a los rebeldes chechenos expresado abiertamente en Riad hasta 2002 –sin llegar al reconocimiento de la independencia que éstos proclaman– ya no existe. ■

1. Esta cifra no refleja correctamente la situación. Según analistas rusos y occidentales, la importante natalidad en las comunidades musulmanas y la inmigración de las repúblicas independientes de Asia Central deberían provocar un fuerte aumento entre 2008 y 2010. Véase Dimitri Shlapentokh, “Islam and Orthodox Russia: from Eurasianism to Islamism”, *Communist and Post-Communist Studies*, N° 41, Londres, 2008. Sin embargo, según otros expertos, entre ellos Murray Feshback, uno de los mayores especialistas sobre la demografía rusa, estas estimaciones son altamente exageradas y no tienen la más mínima probabilidad de confirmarse en un lapso tan breve.

2. Además de Chechenia, están Ingusetia, Daguestán, Adyguea, Kabardino-Balkaria, Karachevo-Cherkesia, Bachkiria y el Tatarstán, donde se encuentra el mayor número de musulmanes. Más de la mitad de los tatars viven fuera del Tatarstán; por sí sola, la región de Moscú contaría con algo más de musulmanes que Bachkiria.

3. El islam comenzó a extenderse sobre el territorio actual de Rusia desde fines del siglo VII. Recién a fines del siglo X el primer Estado ruso adoptó el cristianismo como religión oficial.

4. *Mezhdunarodnaya Zhizn*, vol. 51, N° 4, Moscú, 2005.

5. El 1° de septiembre de 2004, más de 1.300 niños y adultos fueron tomados como rehenes en una escuela de Beslan, en Ingusetia. Dos días más tarde, tras el asalto de los servicios de seguridad rusos, la toma de rehenes terminó con la muerte de más de trescientos cuarenta y cuatro civiles, cuya mayoría eran niños.

*Profesor de Ciencias Políticas de la Universidad de Québec, Montreal.

Traducción: Gustavo Recalde

Recrudescimiento de un viejo conflicto

El laberinto del Cáucaso

por Ignacio Ramonet*

Con el argumento de desarticular las bases terroristas en Chechenia, el ejército ruso desplegó toda su brutalidad -que despertó reacciones igual de brutales entre los guerrilleros chechenos-. Mediante su accionar, el Kremlin pretendía además enviar un mensaje a otros nacionalismos separatistas.

Para Rusia hay un antes y un después de Beslan. Como para Estados Unidos hubo un antes y un después del 11 de Septiembre. La toma masiva de rehenes civiles el 3 de septiembre de 2004 se convirtió en una pesadilla y culminó con la matanza de unas 370 personas, entre ellas alrededor de 160 niños. Esta nueva masacre de inocentes dejó helado de horror al mundo, que asistió además con estupor a la intervención confusa y brutal de las fuerzas del orden rusas. No cabe duda de que Beslan marcó un vuelco en las guerras del Cáucaso, por la increíble falla del aparato de seguridad y por la dimensión delirante de la violencia de que dieron pruebas los raptos. Esta es una de las mayores crisis que debió afrontar Vladimir Putin como presidente, aunque no es seguro que mida con exactitud sus dimensiones (1). No por nada al día siguiente de la carnicería declaró: “Es preciso admitir que no comprendimos la complejidad y el peligro de los procesos que sobrevenían en nuestro país y en el mundo”. Un modo de afirmar que Rusia, como otros Estados del planeta, se enfrenta a un adversario común, el “terrorismo internacional”, llamado también islamismo radical o “yihad islámica mundial”. Se trata de un error trágico, de la misma naturaleza del cometido por el presidente de Estados Unidos George W. Bush en marzo de 2003, cuando decidió invadir Irak bajo el pretexto de combatir el terrorismo de Al-Qaeda. Ahora Rusia se declara en guerra, evoca el

regreso a un “Estado fuerte”, se dispone a transformar el sistema político (2), a fortalecer los recursos del Ejército y de los servicios secretos y alude incluso a “ataques preventivos para liquidar las bases terroristas en cualquier región del mundo” (3).

El problema de fondo

Las autoridades rusas se niegan a admitir que el terrorismo y el islamismo que afrontan hoy en el Cáucaso son sólo instrumentos, y que el problema principal de la región es el nacionalismo.

Esta posición aparece como la más poderosa de todas las energías políticas. Sin duda es la fuerza más importante de la historia moderna, como atestigua la resistencia palestina. Ni el colonialismo, ni el imperialismo, ni los totalitarismos lograron terminar con él. Es una corriente que no vacila en instaurar las alianzas más inesperadas para alcanzar sus objetivos. Se hizo evidente en Afganistán e Irak, donde nacionalismo e islamismo radical se asociaron para conducir una lucha de liberación nacional recurriendo a nuevas formas de terrorismo, particularmente odiosas.

Lo mismo sucedió en Chechenia. Nadie resistió la conquista del Cáucaso por los rusos como los chechenos. Desde 1818 se opusieron valientemente a ellos. Y en 1991, cuando la URSS estalló, se autoproclamaron independientes. Lo cual tuvo como consecuencia una primera guerra con Rusia que concluyó en agosto de 1996 con el triunfo de una Chechenia exangüe.

Como represalia contra una ola de atentados, en octubre de 1999 el Ejército ruso atacó de nuevo Chechenia. El segundo conflicto terminó de arruinar un país devastado. Moscú organizó elecciones locales y colocó en puestos clave a personalidades aliadas a su política. Pero la resistencia chechena no cede, los atentados siguen y la represión rusa sigue siendo feroz (4).

Alianzas y amenazas

El contexto geopolítico no favorece las cosas. Los vínculos cada vez más estrechos, económicos y aun militares, que se entablan entre Estados Unidos y dos Estados de Transcaucasia, Georgia y Azerbaiyán, en las fronteras de Chechenia, exasperan a los rusos. Estos Estados son funcionales con la decisión de George W. Bush de reestructurar las Fuerzas Armadas de Estados Unidos desplazándolas de Alemania para desplegarlas más cerca de Rusia, en Bulgaria, Rumania, Polonia y Hungría. Con lo que se afianza la sensación de Moscú de ser una potencia sitiada.

A modo de respuesta, y contra el deseo de los gobiernos locales, Putin mantiene sus bases militares en Georgia y Azerbaiyán, fortalece su alianza con Armenia -que sigue ocupando ilegalmente territorios azeríes- y apoya los separatismos de Abjasia y Osetia del Sur.

Incapaces de imponerse en territorio checheno, los rusos quieren demostrar que nada se puede hacer en el conjunto del Cáucaso sin ellos. Siguen obsesionados por el espectro del “segundo Afganistán”. Una nueva derrota militar ante la nebulosa islamista en Chechenia sería todavía más humillante, dado que los chechenos son menos de un millón; podría encender el polvorín del Cáucaso y traducirse en un nuevo desmantelamiento territorial. De allí la negativa a toda negociación, a todo reconocimiento del derecho a la autodeterminación, y la brutalidad de una represión que fabrica terroristas dispuestos a todas las locuras criminales para cobrarse su revancha. ■

1. N. de la R.: Esta nota fue originalmente publicada en *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, en octubre de 2004.

2. Putin anunció la eliminación de la elección por sufragio universal de los gobernadores de 89 regiones de Rusia; tras la reforma pasaron a ser designados por los Parlamentos locales, sobre la base de la propuesta del Presidente federal.

3. *International Herald Tribune*, París, 9-9-04.

4. Anna Politkovskaia, *Tchéchénie, le déshonneur russe*, Buchet-Chastel, París, 2004. N. de la R.: Esta periodista, importante activista por los derechos humanos y opositora a la guerra en Chechenia, fue asesinada en Moscú en 2006.

*Entonces director de *Le Monde diplomatique*, París. Actualmente director de *Le Monde diplomatique*, edición española.

Traducción: Marta Vassallo



Europa: el principal cliente

La diplomacia de los hidrocarburos

por Nina Bachkatov*

La necesidad de la Unión Europea del gas y el petróleo de Rusia establece entre ambos una relación de incómoda dependencia. La desconfianza es mutua: mientras Bruselas cuestiona las falencias rusas en materia de derechos humanos, Moscú teme la expansión de la OTAN hacia el Este.

La cumbre entre la Unión Europea (UE) y Rusia realizada en noviembre de 2006 en Helsinki fue un fracaso anunciado, pero tuvo el mérito de obligar a las partes a redefinir sus relaciones, que habían comenzado a degradarse hacia fines de 2003, cuando se llevó a cabo la ampliación de la UE con diez nuevos asociados, sin que se hubieran resuelto una serie de problemas que estaban, sin embargo, identificados desde 1999. Los textos de los comunicados comunes, laboriosamente redactados, permitieron salvar las apariencias; pero en esta ocasión, aunque la UE estaba obsesionada por el miedo de “dejar que Putin la divida”, la causa del fracaso estaba en su propio seno.

En apenas poco más de un mes, sin que el presidente Vladimir Putin moviera un dedo, los 25 (1) expusieron su división en dos ocasiones: en Lahti (Finlandia), el 20 de octubre de 2006, durante una cena con los representantes de Moscú, y luego en Helsinki, el 24 de noviembre de 2006, durante la cumbre entre la UE y Rusia, cuando el veto polaco bloqueó las negociaciones para la renovación del Acuerdo de Cooperación y Asociación (ACP, por su sigla en francés) que vencía en enero de 2007.

El ACP se firmó en 1994, pero entró en vigencia recién en 1997 debido a la guerra de Chechenia. Se trataba de un texto ambicioso: proyectaba un acercamiento entre las normas rusas y europeas en los ámbitos económico, financiero y judicial, con el objetivo de crear una zona de libre cambio. Su im-

plementación se vio frenada por la situación económica de Rusia, la pesadez de los procedimientos, la falta de coordinación entre los expertos y actores políticos, los sobresaltos internos rusos (Chechenia, la corrupción, las violaciones de los derechos humanos, el papel del Estado en la economía), y fundamentalmente por una desconfianza persistente a pesar de las buenas relaciones que ha entablado Putin con los dirigentes franceses y alemanes.

El texto original fue revisado varias veces, especialmente en 1999, cuando la UE, en su “Estrategia Común”, quiso ampliar la cooperación al ámbito político, a la consolidación de la democracia, a la seguridad nuclear y a la lucha contra el crimen, iniciando así un período de enfriamiento que se prolongó hasta la visita de Putin a Bruselas, en octubre de 2001.

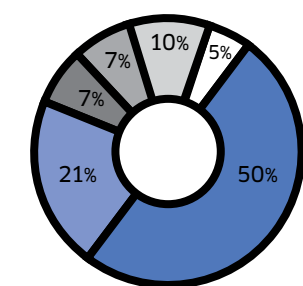
La de San Petersburgo, en mayo de 2003, fue la cumbre de la euforia. Los Quince reconocieron entonces la dimensión europea de Rusia –aun cuando Rusia no tenga intenciones de entrar a la Unión– y le otorgaron el estatus de economía de mercado, una etapa esencial para poder adherir a la Organización Mundial del Comercio (OMC) [lo que finalmente ocurrió en agosto de 2012]. La cooperación se amplió a cuatro “pilares”: relaciones económicas; justicia e interior; cultura y educación, y seguridad externa. Moscú obtuvo el derecho a tener voz en los asuntos europeos cuando se discuten →



Campos petrolíferos. En Siberia existen importantes reservas de petróleo y gas natural.

Compradores de petróleo

(principales destinos de exportación de petróleo crudo, en porcentaje, datos de 2009)



65,9%

del total exportado

en el 2008 corresponde a hidrocarburos, sector que explica el superávit de la balanza comercial rusa.

→ sus intereses, mediante la creación del Consejo Permanente de la Asociación UE-Rusia.

Malentendidos

El clima cambió a fines de 2003, cuando el comisario europeo para las relaciones exteriores, Christ Patten, encargado de preparar un texto para discutir entre los 25 miembros presentes y futuros de la Unión, puso el acento en las divergencias con Moscú, especialmente en materia de derechos humanos. Recomendó una intensificación de las relaciones con los países de la Comunidad de Estados Independientes (CEI) y vinculó la adhesión de Rusia a la OMC con la reforma del sector energético. Indignado, el Kremlin decidió utilizar el único instrumento de presión con que cuenta, el ACP, amenazando con no aceptar su extensión a los nuevos miembros.

Una vez más, hubo que esperar hasta el último momento para desbloquear la situación. El 27 de abril de 2004, el Consejo Permanente reunido en Luxemburgo aprobó dos documentos: un protocolo que extendía el ACP a los 10 nuevos miembros, y un compromiso de la UE de relanzar las negociaciones comerciales, interesarse más en la suerte de las minorías de habla rusa de los países bálticos (2), flexibilizar el régimen de visas y simplificar el tránsito hacia el enclave ruso de Kaliningrado. Pero diez días después de la ampliación a 25 miembros, en mayo de 2004, la UE aprobó su política de “nueva vecindad”, que los rusos interpretaron como una intervención no amistosa en su entorno cercano. A pesar del gesto de Putin, que el 5 de noviembre de 2004 ratificó el Protocolo de Kyoto, las tensiones persistieron.

El malentendido se remonta al final de la Guerra Fría y al derrumbe de la Unión Soviética. Los rusos consideraron en ese momento que ellos mismos se habían liberado de un sistema opresor. Adhirieron al dúo “economía de mercado y democracia” sin hacerse demasiadas preguntas, porque les parecía realista, y sobre todo porque era la antítesis del sistema rechaza-

do en 1991. Además, no se consideraban vencidos. Su alto nivel de educación y un sentido nacional de supervivencia permitieron liberar una energía inesperada. Su objetivo no era adoptar el modelo occidental sino adaptarlo. Por otra parte ese modelo sería rápidamente cuestionado, incluso entre los conversos de la primera hora.

Paradójicamente, este cuestionamiento ya no estuvo fundado en la ignorancia y la propaganda, como durante el período soviético, sino en un mejor conocimiento del mundo. Con el correr del tiempo, el peso de los estereotipos se hizo más fuerte. Para los rusos, la UE es un gigante económico pero un enano político. Para los europeos, Rusia es una potencia regional que se sigue creyendo una gran potencia mundial.

La cooperación también se vio perjudicada por la rotación de los funcionarios europeos encargados de los asuntos rusos y euroasiáticos, así como por el déficit de especialistas rusos en las instituciones europeas. Moscú sigue sin tener un equivalente para Europa de su Instituto para Canadá y Estados Unidos, y no cuenta con generaciones de especialistas conocedores del Viejo Continente, como los hay para Asia y Medio Oriente. En Bruselas, los únicos interlocutores rusos considerados creíbles son los opositores; y los comisarios tienden a confiar en sus expertos nacionales, lo que refuerza la visión bilateral en detrimento de la multilateral.

Por otra parte, traumatizados por su experiencia soviético-comunista y con la fe de los conversos, los nuevos miembros de la UE ocuparon los comités relativos a la ex URSS con el objetivo de convencer a la “Vieja Europa” de su ingenuidad. Se convirtieron en paladines de países de la CEI como Ucrania y Georgia. Ante esta “nueva Europa”, que trataba de anclar a la Unión en el pasado, la “Vieja Europa” se mostró pusilánime, incapaz de explicar que la reconciliación franco-alemana, que permitió su fundación en Occidente, debería poder aplicarse a Rusia.

La llegada de nuevos miembros también fortaleció el vínculo transatlántico: para Polonia, como para los países bálticos, sólo Estados Unidos es capaz de protegerlos de las “amenazas” que vienen del Este. La búsqueda de una política exterior común y del consenso frena un acercamiento a Rusia, aun cuando algunos países –como Francia, Alemania y Bélgica– estuvieron cerca de Moscú durante la crisis de Irak de 2003, o compartieron su rechazo de un “choque de civilizaciones”.

Pero si Europa quiere desempeñar el papel al que aspira en el mundo de mañana, dominado por China y Estados Unidos (3), se torna indispensable alguna forma de cooperación con el bloque Rusia-CEI. En lugar de eso, todo lo que molesta a Rusia parece bueno para Europa y viceversa. También se olvida que en materia energética la UE y Estados Unidos se relacionan, como rivales, con los mismos países poco democráticos del Cáucaso y Asia Central. Y son incontables las conferencias, seminarios y otras mesas redondas en que oradores estadounidenses vienen a predicar a Bruse-

las la importancia del “vínculo transatlántico” para la seguridad energética de Europa.

La cuestión energética

Ante esta ofensiva, los rusos son, como muchas otras veces, su mejor enemigo. Malos comunicadores, mezclan la arrogancia con una buena dosis de desorganización y de fascinación por las teorías conspirativas.

La cooperación energética integra todas las ambigüedades de la relación entre Moscú y Bruselas. Para la UE, la seguridad energética significa la garantía de su aprovisionamiento; por lo tanto, insiste en la apertura del mercado ruso a sus inversores como seguro de una producción máxima y a bajo precio. Para Rusia la seguridad energética significa la garantía de sus exportaciones a mejor precio. Moscú no excluye las inversiones extranjeras, pero considera que el sector es demasiado importante como para dejarlo librado exclusivamente a las leyes del mercado. Quiere preservar sus reservas y participar en toda la cadena, incluso en la distribución en Europa, donde se obtienen los beneficios más sustanciales.

Esta cuestión fue muy rápidamente politizada, e incluso militarizada. La idea de que un país pueda instaurar un control estatal sobre la energía era muy mal vista por los apóstoles de la libre empresa, sobre todo porque había un riesgo de contagio. Kazajistán y Azerbaiyán ya hablan de revisar los contratos firmados en la época en que la ausencia del Estado y la inexperiencia de los actores locales concedieron ventajas demasiado grandes a los inversores extranjeros.

Los europeos tomaron conciencia de su vulnerabilidad energética sobre todo en ocasión de la crisis ruso-ucraniana, que les pareció un castigo a un país pro occidental (4). Decidieron entonces fortalecer la ayuda a los nuevos vecinos, demasiado sensibles a las presiones de Moscú. A fines de noviembre de 2006, la comisaria para las Relaciones Exteriores, Benita Ferrero-Waldner, anunció la creación de un fondo de 1.000 millones de euros para promover las reformas democráticas y desarrollar la infraestructura energética en el “círculo de amigos”, en las fronteras de la UE, incluida la CEI.

En el plano militar, ya se había asistido en 1999 a un principio de militarización del Mar Caspio, en ese momento para proteger los pozos petroleros de Azerbaiyán. Luego, en el contexto de la guerra contra el terrorismo, hubo que defender los oleoductos del Cáucaso. Finalmente, se trataría de comprometer a la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), que está precisamente en busca de nuevas misiones. Durante una conferencia organizada por el German Marshall Fund en ocasión de la cumbre de la OTAN en Riga, en noviembre de 2006, el senador estadounidense Richard Lugar exhortó a la OTAN a extender el artículo 5 a la seguridad energética (5). Rusia afirmó entonces que era una preocupación importante porque podía paralizar las economías “sin disparar un solo tiro” (6). El *Financial Times* publicó al mes un informe

secreto de los expertos en economía de la OTAN, que recomendaba estar atentos ante las supuestas intenciones de Moscú de formar una OPEP del gas.

En lugar de cuestionar las decisiones tomadas durante los años 90, los europeos parecen inclinados a cultivar los mitos. Resulta de buen tono, por ejemplo, considerar que el reinado de Putin es sólo un paréntesis y que basta esperar a su sucesor para relanzar la asociación. Sin embargo, todo indica que, aunque los métodos pueden cambiar, la orientación general persistirá. Los rusos tienen cada vez más el sentimiento de que la evolución del mundo juega a su favor, especialmente con la emergencia de China e India.

Otro mito está referido a las ex repúblicas de la URSS, a las que bastaría arrancar de la órbita de Moscú para que la democracia y el mercado pudieran florecer. Pero todos los fondos suplementarios no podrán nada contra la pesadez de los procedimientos europeos y el condicionamiento puesto a las ayudas (progreso de las reformas políticas y económicas), que le dejan el campo libre a Rusia. En efecto, ésta tiene la ventaja de ser un socio conocido e indispensable, en la medida en que los europeos no aceptan a los millones de trabajadores migrantes de esas ex repúblicas y no compran sus productos. Cuanto más se desarrollan, menos pueden los países de la CEI dejar de tener en cuenta la relación con Rusia, que no los obliga a elegir entre Moscú y Occidente.

Finalmente, en Bruselas se pone el acento en el hecho de que Moscú tiene tanta necesidad de capitales europeos como la UE de su gas. Lo cual significa olvidar que Rusia no está dispuesta a someter la energía exclusivamente a las leyes del mercado y que existe una diferencia entre los países consumidores y un país productor muy cortejado, incluso por una potencia como China, dispuesta a pagar un importante precio para garantizar su futuro energético. Por otra parte, algunos economistas occidentales consideran que Rusia tiene ahora los medios como para utilizar a firmas occidentales como subcontratistas (7).

Evidentemente, la UE tiene capacidad para debilitar a Rusia, pero la cuestión es saber si en el mundo de mañana la asociación con Moscú no es una de las cartas que la Unión podría jugar. ■

1. Este artículo fue originalmente publicado en *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, enero de 2007. Desde el 1º de julio de 2013, con la incorporación de Croacia, los miembros de la Unión Europea son 28.

2. Sin embargo, la Unión aceptó que 650.000 “no ciudadanos” se vieran impedidos de expresarse en el referéndum sobre la adhesión de su país.

3. Roger Cohen, “The new bipolar world- China vs America”, *Herald Tribune*, París, 22-11-06.

4. Vicken Cheterian, “La ‘revolution orange’ perd ses couleurs”, *Le Monde diplomatique*, París, septiembre de 2006.

5. El artículo 5 prevé que un ataque contra un miembro de la OTAN es un ataque contra todos.

6. *Eurasia Daily Monitor*, Washington, Vol. 3, N° 222, 1-12-06.

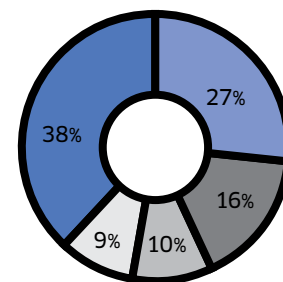
7. Marshall I. Godman, “Behold the new energy superpower”, *Herald Tribune*, París, 12-10-06.

*Editora de *Inside Rusia & Eurasia* (www.russia-eurasia.net).

Traducción: Lucía Vera

Compradores de gas

(principales destinos de exportación de gas natural, en porcentaje, datos de 2007)



Resto de Europa
Ucrania
Alemania
Turquía
Bielorrusia

Actuación de la OTAN

Desde su creación en 1949, la OTAN se propuso frenar el avance de la Unión Soviética. Pese a la disolución de la URSS, continuó con su política de debilitamiento de Rusia mediante la incorporación en su seno, entre 1999 y 2004, de varios países que integraban el Pacto de Varsovia.

El complejo trazado de los oleoductos y los gasoductos

Los caminos de la energía

El rápido aumento de la demanda de hidrocarburos y la desaceleración en el ritmo de los nuevos descubrimientos ubican a los países productores de estos recursos en el centro de una permanente disputa.



China. En 2011 abrió el gasoducto que une directo Siberia y Daqing.

El nuevo “Gran Juego” alrededor del petróleo y el gas consiste en la batalla que libran las grandes potencias por apoderarse de los yacimientos de las antiguas repúblicas soviéticas de Asia Central y el Cáucaso, que con el derrumbe de la Unión Soviética escaparon a la influencia de Moscú. El “Gran Juego” designaba en el siglo XIX al enfrentamiento entre el Imperio ruso y Gran Bretaña por el control de esa misma área y que hoy se reedita con nuevos protagonistas.

En la actualidad, sin embargo, el objetivo sigue siendo el mismo: colonizar Asia Central con el fin de neutralizarse unos a otros. Si bien el petróleo y el gas son deseables por sí mismos, lo cierto es que también funcionan como un medio de influencia. A través de los *majors* petroleros, los oleoductos son como largas cuerdas que permiten a las grandes potencias amarrear en su campo geoestratégico a los ocho Nuevos Estados Independientes (NEI) de la región (Armenia, Azerbaiyán, Bielorrusia, Georgia, Turkmenistán, Kazajistán, Kirguizistán, Moldavia, Tayikistán, Ucrania y Uzbekistán).

La Guerra Fría continúa

Desde la caída de la URSS los NEI vieron en el petróleo un medio para consolidar su independencia de Moscú, por lo que desde fines de los 80 comenzaron a firmar contratos de explotación con empresas extranjeras occidentales. Tal es el caso del contrato firmado en 1993 por la empresa Chevron al adquirir el 50% del yacimiento de Tengui, al oeste de Kazajistán.

Por su parte, Estados Unidos aprovechó la debilidad de su histórico rival para iniciar una política de retroceso (*roll-back*) destinada a reducir la influencia rusa en el Cáucaso. Por lo tanto sacó provecho de

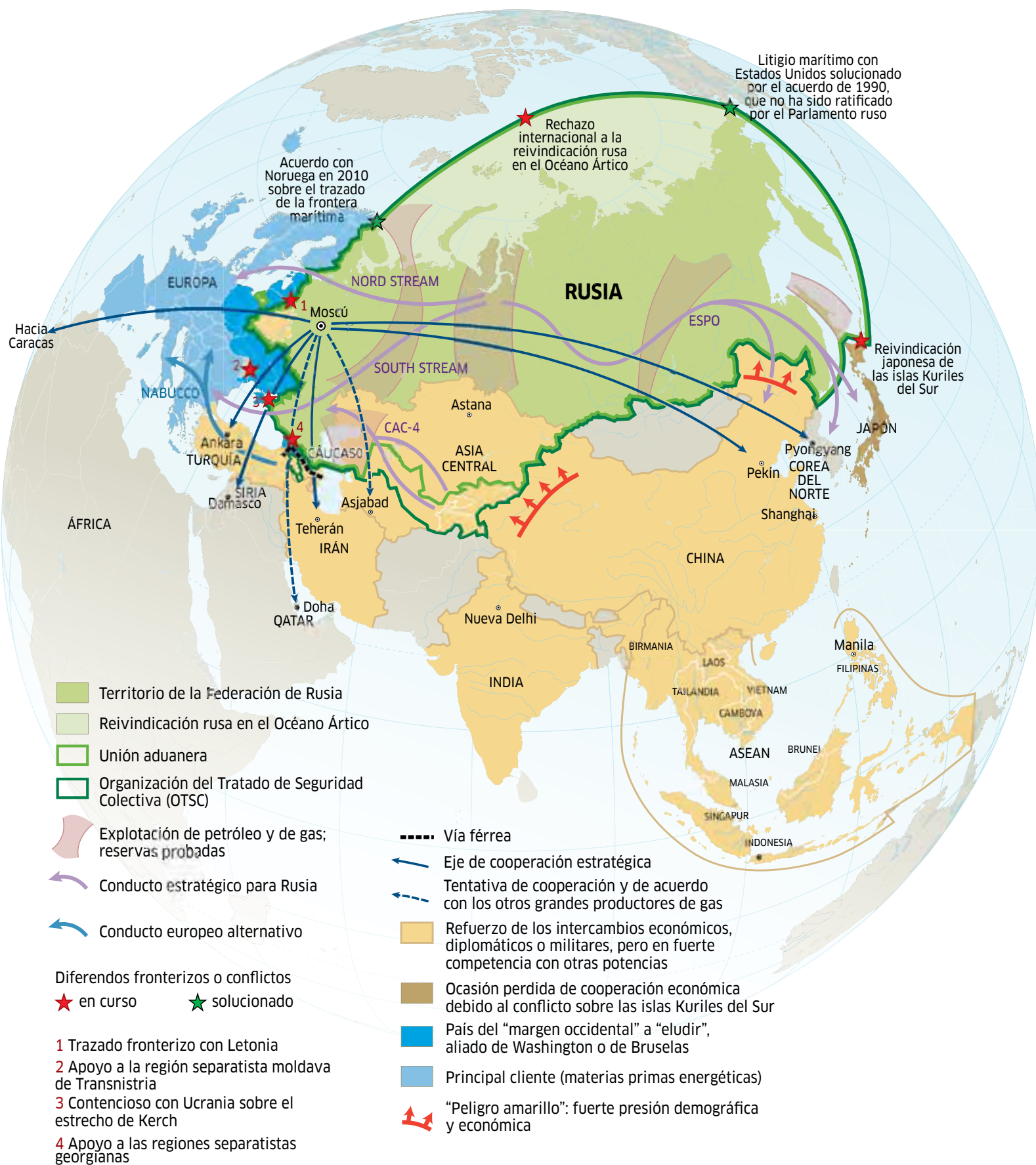
la guerra de Afganistán, iniciada en nombre de la lucha contra el terrorismo, para penetrar en la región. Al poco tiempo instaló bases en Kirguizistán y Uzbekistán, prometiendo retirarse tan pronto como la gangrena islamista fuese erradicada y ejerció un rol determinante en “las Revoluciones de Colores” (Georgia, Ucrania y Kirguizistán) que también significaron un fuerte revés para el Kremlin. Como afirma el ex corresponsal de guerra Lutz Kleveman: “Bush utilizó este compromiso militar masivo en Asia Central para sellar la victoria de la Guerra Fría contra Rusia, contener la influencia de China y mantener el nudo corredizo alrededor de Irán” (1). Pero además, la presión de Washington fue fundamental para la construcción del oleoducto BTC (Bakú, Tiflis y Ceyhan) –uno de los más largos del mundo– que evita el territorio ruso.

Para conformar un contrapoder frente a esta creciente presencia estadounidense, se creó la Organización para la Cooperación de Shanghai (OCS), integrada por Rusia, China, Kazajistán, Tayikistán y Kirguistán.

Desde Europa también surgen amenazas; el Viejo Continente se muestra inquieto ante el hecho de importar dos tercios de su gas natural desde Rusia, por lo que busca diversificar sus proveedores. Asimismo no deja de presionar por una reducción de la intervención del Estado en su comercialización y por una baja de los precios librados a las leyes del mercado.

Sin duda la posesión de una de las mayores reservas de gas y petróleo del mundo constituye una ventaja para Moscú. Pero en sí misma no representa garantía de supremacía en la región, y lograrla no será tarea fácil.

1. “Oil and the great new game”, *The Nation*, Nueva York, 16-2-04.





4

Un arte de combate

LO VIVIDO, LO PENSADO, LO IMAGINADO

A pesar del poder autoritario, o tal vez precisamente por eso, las expresiones culturales rusas siempre se las ingenieron para cuestionar lo instituido, tanto en el plano político como en el estético. En las letras, la pintura, el teatro o el cine exploraron nuevas formas y dieron muestras de una grandeza que trascendió tiempos y fronteras. Esta tradición, aunque renovada, perdura todavía hoy con la misma intensidad y capacidad de protesta.





Moscú y San Petersburgo

Las dos cabezas del imperio

por Hinde Pomeranec y Agustín Cosovschi*

Deseoso de acercarse a Europa y alejarse de la pesadez medieval de Moscú, Pedro el Grande decidió construir San Petersburgo en 1703. Desde entonces, la elección alternativa de una u otra ciudad como capital del país revela la concepción del mundo que prevalecía entre las élites rusas en cada etapa histórica.

La primera imagen que aparece al hablar de Rusia –la clásica, la establecida– es la de un país marcado por gobiernos autoritarios, fuertes y nacionalistas. Sin embargo, a poco de introducirse en la historia social y cultural rusa desde sus orígenes, pasando por la época de los Romanov y los tiempos soviéticos, hasta llegar a la era Putin, se hace imposible eludir el vínculo –ambiguo, tenso y contradictorio– con el Occidente europeo y su modernidad, un vínculo que necesariamente tuvo su correlato en debates y discusiones filosóficas, políticas e intelectuales y que ha dejado cicatrices cuyo plano más visible tal vez sea la alternancia de San Petersburgo y Moscú como capitales del país, dos ciudades que simbolizaron desde siempre esa relación tormentosa con “el otro” occidental.

Moscú fue fundada en la Edad Media, más exactamente hacia el siglo XII, cuando el príncipe Dolgoruky de Suzdal construyó una rudimentaria fortaleza de madera donde dos siglos más tarde se levantaría el Kremlin. Destruída y vuelta a levantar, la ciudad de Moscú fue el centro del poder para los rusos desde las primeras glorias tras la declinación de Kiev, un símbolo de la Rusia imperial y religiosa que llegó en su momento a la historia para ocupar el lugar que Constantinopla había dejado vacío con su caída. Detestada por Pedro el Grande por arcaica, su estrella se apagaría con la decisión de construir San Peters-

burgo en 1703 como una nueva capital en el Báltico destinada a trazar un puente con la modernidad occidental. Con esta nueva ciudad bautizada en su nombre, Pedro buscaba dejar atrás la ortodoxia religiosa moscovita que ataba al imperio a su pasado medieval para proyectar la grandeza rusa hacia el futuro que, imaginaba, estaba en otras fuentes y otras culturas.

Las dos ciudades iban constituyéndose entonces en mucho más que emplazamientos políticos para volverse, en cambio, referentes inexorables de dos visiones del mundo contrapuestas. Por un lado, la que entendía el destino cultural de Rusia sujeto a su misión religiosa y anclado en su tradición eslava y, por el otro, la que visualizaba que el futuro del país residía en una clase de modernización que sólo era posible encontrar a través de la asimilación de la cultura occidental, en particular la alemana. Esta disputa ideológica, tan geográficamente simbolizada, llegaría a ser determinante para la compleja modernidad rusa. La pasión moscovita versus la razón petersburguesa.

La ciudad de Pedro

A principios del siglo XVIII, la Gran Guerra del Norte sacudió a la Europa septentrional, involucrando a Suecia, Dinamarca, los países bálticos y Rusia en una serie de conflictos que terminarían dando por tierra con la potencia expansiva de Suecia y que, en cambio, dejarían a la Rusia de Pedro el Grande como la in- →



Subterráneos. También llamado “palacio subterráneo”, el subte de Moscú combina lo antiguo y lo moderno. Es el tercer tendido más extenso del mundo y cubre 305,5 kilómetros.



Moscú. Es la ciudad más poblada de Rusia y una de las más pobladas del mundo.

La gran duquesa

Anastasia, hija menor de Nicolás II, el último zar de Rusia, fue asesinada junto con su familia en 1918. Sin embargo un mito sostiene que sobrevivió, y varias mujeres afirmaron ser la joven princesa.



Arte bizantino. Tuvo una fuerte influencia en Rusia.

→ cuestionable autoridad de Europa del Este. Eran años de expansión y crecimiento en una Rusia que buscaba afianzar no sólo su poder militar sino también su influencia espiritual: en 1703, en las tierras de Nienchantz arrebatadas a los suecos en la costa del río Neva, Pedro fundaría una ciudad con su nombre. La “Venecia del Norte”, como se la llamó por sus canales y sus islas, se convertiría en capital del imperio en 1712 y conservaría ese estatuto durante los dos siglos siguientes.

Pero, como explica el historiador británico Orlando Figes en su clásica obra *La revolución rusa*, San Petersburgo era más que una nueva capital: era el símbolo de una refundación imperial bajo otras premisas culturales y políticas. La prueba de que Rusia podía repensarse como un Estado autocrático moderno y europeo, regido por la lógica de las normas legales y las instituciones burocráticas, debía tener un asiento distinto y apartado de la ciudad antigua y el oscurantismo. Y ese sitio era la ciudad de Pedro, símbolo de un imperio que ingresaba a la modernidad y construía una imagen nueva con vistas a Europa.

El lugar de Moscú en el imaginario ruso, en cambio, era el de ser “el hogar de la nación” –cuenta Figes en otro de sus clásicos, *El baile de Natacha*–, aquel sitio de la enorme geografía euroasiática donde las costumbres de la vieja Rus se preservaban pese a las transformaciones que los siglos imponían sobre el imperio de Oriente. Como señala un proverbio ruso: “San Petersburgo es nuestra cabeza, Moscú nuestro corazón”.

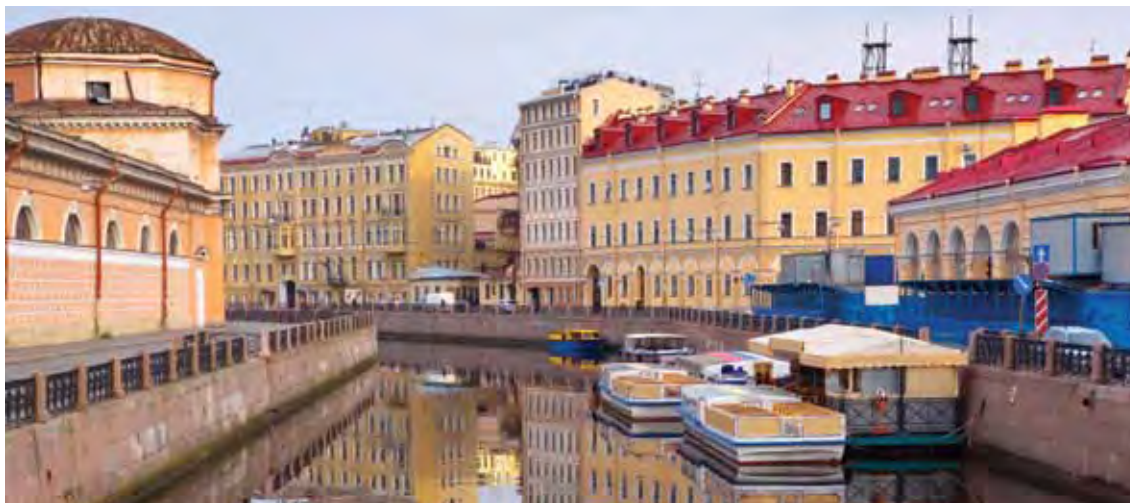
“San Petersburgo es una clase de persona precisa y puntual, un perfecto alemán, que lo mira todo de una manera calculadora. Antes de dar una fiesta, revisa bien sus finanzas. Moscú es un noble ruso, y si va a pasarla bien, lo hace hasta el final, hasta que caiga al suelo, y no se preocupa por cuánto tiene en los bolsi-

llos...”. La descripción pertenece a Gogol y explica en clave literaria aquello de la cabeza y el corazón.

Moscú, una madre

En las páginas de su monumental *Guerra y paz*, Lev Tolstoi cuenta que “todos los rusos sentían que Moscú era una madre”: allí residía el espíritu nacional ruso, el mismo que iba a llevarlos a resistir a los franceses incluso si para hacerlo debían abandonar su ciudad y prenderla fuego, como hicieron ante la llegada de las tropas de Napoleón en septiembre de 1812. Esto ocurrió luego de la batalla de Borodino, cuando el general Kutuzov (héroe patrio y por quien lleva su nombre una de las principales avenidas moscovitas) decidió como estrategia militar retirarse a los suburbios y ordenar la evacuación de Moscú. El incendio de la ciudad fue un episodio espectacular y con muchos puntos oscuros, un episodio que seguramente fue elevado por el ingenio popular a la categoría de leyenda –dejando atrás cualquier teoría accidental– como un modo de cincelar el alma rusa, indómita y apasionada.

Originalmente, el acusado de iniciar el incendio fue el conde Fiodor Rostopchin, gobernador general de la ciudad y responsable del operativo por el cual se evacuaron archivos y tesoros de iglesias y palacios –los que no llegaron a evacuarse fueron salvajemente saqueados–, se abrieron las puertas de las cárceles y fueron armados hombres y mujeres con los fusiles del arsenal. En ese mismo operativo, Rostopchin habría ordenado quemar los almacenes de aguardiente y las barcasas que llevaban alcohol. Sin embargo, las causas del incendio no son históricamente claras, es decir, no es seguro que el fuego haya sido deliberado y este tema sigue siendo objeto de estudio en Rusia. Lo cierto es que en apenas tres días, tres cuartas partes de Moscú quedaron definitivamente arruinadas. Las



“La Venecia del Norte”. También llamada Leningrado entre 1924 y 1991, la ciudad de San Petersburgo es famosa por sus ríos y canales. Entre sus más de 300 puentes, se destaca el Puente del Palacio, sobre el río Neva.

tropas francesas entraron y Napoleón instaló su residencia en el Kremlin en una ciudad vacía y arrasada por el fuego. Sin alimentos y con pésimas comunicaciones con el exterior, más el frío que ya acechaba y los ataques espasmódicos de los rusos, el ejército invasor debió emprender la retirada. Pese a que el propio Rostopchin, en un informe escrito diez años después del incendio estimaba que la destrucción de la ciudad retardaría “el progreso al menos un siglo”, la voluntad política y los dineros del zar Alejandro consiguieron levantarla en relativamente corto tiempo, con nuevos edificios y deslumbrantes construcciones. Tolstoi comparó esa reconstrucción con la forma en que las hormigas regresan a sus cuevas en ruinas, sacan pedacitos de basura, huevos y cadáveres, y reconstruyen su vieja vida con energía renovada, y hablaba de “la verdadera fuerza de la colonia”.

Tras la ocupación francesa, Moscú fue reconstruida con una arquitectura neobizantina, recuperando

res entendían encarnar. En este sentido, pocos gestos podrían ser tan significativos como la elección en 1913 de Moscú como lugar de celebración de los tres siglos de dominio de los Romanov, en vísperas de la guerra que sacudiría a Europa en 1914, y que crearía en el país del zarismo las condiciones definitivas para el triunfo de la revolución bolchevique. Y, en esta dirección, pocas decisiones pueden leerse en el registro de sublime ironía como la de que el mismo gobierno que llegaba para traer la modernidad socialista terminara siendo el que restituiría a Moscú, en 1918, su condición perdida de capital de la nación.

Ciudades que se cruzan

Un detalle para seguir en esta línea de las capitales que dominan el espíritu cultural ruso: en la misma Moscú renacida de las cenizas, iba a nacer en 1821 Fiodor Mihailovich Dostoievski, uno de los grandes nombres de las letras rusas y quien moriría, seis dé-

Kunstkamera

El actual Museo de Antropología y Etnografía de San Petersburgo es el primer museo de Rusia y fue creado por Pedro el Grande en 1714. Cuenta con más de un millón de objetos provenientes de todo el mundo, entre los que se destacan la colección de “monstruos” (fetos deformes, siameses, etc.).



Pedro el Grande. Fue proclamado Emperador de toda Rusia.

San Petersburgo se convertiría en capital del imperio en 1712 y conservaría ese estatuto durante los dos siglos siguientes.

un brillo que combinaba lo europeo con su propio y original estilo oriental. Para ese entonces la capital ancestral había cedido lugar durante un siglo ante la ciudad de Pedro, aunque no pasaría mucho hasta que los Romanov volvieran a instalarla en el imaginario del poder. Su intento era fortalecer su propia imagen en declive mediante una recuperación del legado moscovita, que identificaban con la Rusia más genuina, rechazando de plano el modelo autocrático de Pedro y creyendo hallar en la tradición de Moscovia las raíces del espíritu autocrático oriental que los za-

casas después, en la ciudad de Pedro. San Petersburgo es la ciudad de sus novelas y la Nevsky Prospekt, la principal avenida de la ciudad, es escenario de muchas de sus historias. Esta arteria, de unos 4 kilómetros de longitud, y que desde siempre albergó la vida social, política y comercial de la ciudad, tiene una impronta de libertad inusitada en un país en donde esa palabra ha sufrido diferentes golpes mortales a lo largo de su historia. Grandes revueltas se sucedieron allí y cualquier protesta o manifestación importante atravesó sus calles, como sigue haciéndolo aún hoy. →

POESÍA COMPROMETIDA

El poeta obrero

por Vladimir Maiacovsky

Le gritan al poeta:
"Sería bueno verte trabajar en el taller.
¿Qué son los versos?
¡Vaciedad pura!
Seguro que para trabajar te faltan agallas."
Para nosotros, tal vez,
el trabajo es nuestra ocupación preferida.
Yo también soy una fábrica,
y si no tengo chimeneas,
tal vez,
sea peor para mí, más difícil, más doloroso.
Yo sé,
no gusta la frase hueca.
¡Hachar robles, es hacer algo!
Y nosotros,
¿acaso no somos tallistas?
Pescar,
es cosa por cierto muy respetable.
Sacan la red,
y en la red, merluzas.
Pero el trabajo del poeta es más respetable;
pescamos gente viva y no peces.
Trabajar ante el horno,
es trabajo penoso,
y más aún,
templar en el yunque el hierro candente.
Pero,
¿acaso alguien puede acusarnos de holgazanes?
Nosotros pulimos las almas,
con la gubia del verso.
- ¿Quién vale más,
el poeta o el técnico,
que conquista para el mundo,
comodidades y objetos?
¡Ambos!
Motores iguales, son sus corazones.
El alma es el mismo móvil astuto.
Somos iguales,
camaradas de la masa obrera,
proletarios de cuerpo y alma.
¡Solo juntos,
remozaremos el universo,
y con marchas iremos cantando!
Nos cuidaremos del diluvio de las frases huecas.
¡Al grano!
¡El trabajo es vivo y nuevo!
A los oradores vacuos, al molino.
¡Que den vuelta la manija de sus discursos!

Poema extraído de *Maiacovsky. Antología poética*, Losada, Buenos Aires, 1978.
Selección y traducción de Lila Guerrero.

→ Símbolo del poder de los zares pero también de la Revolución de Octubre que lo convirtió en un emblema de su propio triunfo sobre el antiguo régimen, el Palacio de Invierno (que hoy integra el complejo del formidable Museo Hermitage) no es en realidad sino el último de una sucesión de edificios imperiales. Como relata Solomon Volkov en su libro *St. Petersburg, a cultural story*, con la construcción de San Petersburgo como nueva gran capital de Rusia, Pedro ordenó en 1711 levantar una residencia real bajo la dirección del italiano Domenico Trezzini. Luego de un segundo y un tercer Palacio de Invierno, el cuarto y definitivo sería encargado a Francesco Rastrelli. La construcción comenzó en 1754 y concluyó en 1817. Con 1.786 puertas, 1.945 ventanas y 1.057 ambientes opulentos entre salas, salones y halls de todo tipo, ingresar al museo con vista a los canales que alberga tanta historia y la mayor colección de arte del mundo es un viaje en sí mismo.

Pero San Petersburgo no es solamente símbolo de la modernidad abierta a Europa ni de la capital imperial o de la cuna de la revolución, sino también ícono de la fortaleza de la población, que resistió el asedio alemán en la Segunda Guerra Mundial durante interminables jornadas. En pleno apogeo de la URSS, mientras el poder político estaba instalado en la amorosa Moscú, la ciudad del Báltico sufrió uno de los asedios más letales de la historia. El sitio de Leningrado (entre 1924 y 1991 la ciudad se llamó así en honor al líder de la revolución) por parte de las fuerzas nazis está anclado en la memoria colectiva de los rusos. El bloqueo se extendió sobre unos 3 millones de personas desde septiembre de 1941 hasta enero de 1944, cuando un ataque coordinado de las tropas soviéticas logró traspasar el cerco y provocó la huida de las tropas nazis. El episodio pasó a la historia con el nombre de "los 900 días". Aunque las cifras son inexactas, se estima que entre uno y dos millones de habitantes murieron como resultado de los bombardeos, las enfermedades, el frío y la hambruna. Los trabajadores recibían 200 gramos de pan por día para alimentarse, y sus familiares, 175. Los rumores de canibalismo se extendieron, aunque las autoridades soviéticas buscaron siempre desalentarlos. Destruída materialmente, la ciudad recuperaría sin embargo su gloria en el imaginario ruso como la ciudad mártir y resistente.

Fue un siglo antes, en 1842, que Nicolás I ordenó la construcción del ferrocarril que uniría las dos ciudades, la maternal eslava Moscú con la festiva europeísta San Petersburgo. El responsable de llevar adelante la construcción de la que fue la segunda ruta del país fue el ingeniero Pavel Melnikov, quien un año antes había viajado a Estados Unidos para estudiar los ferrocarriles norteamericanos, y lo hizo con tal detalle y exhaustividad que los textos que escribió son hoy conservados como uno de los primeros documentos técnicos sobre el tema. El zar quería que la producción de los ferrocarriles fuera completamente local. No pudo conseguirlo, pues no estaban lo suficiente-



Ballet. Tiene una larga tradición en el país. Uno de los más conocidos mundialmente es “El lago de los cisnes”, escrito por el compositor ruso Tchaikovsky por encargo del Teatro Bolshoi. Se estrenó en 1877.

mente industrializados y tampoco los primeros conductores fueron rusos, sino estadounidenses e ingleses. Sí, en cambio, Nicolás pudo lograr que la mano de obra fuera completamente nativa y esclava y, así, los 649,7 kilómetros de la vía férrea que unía las dos ciudades fue construida por siervos que dejaron –literalmente– la vida en esas tierras durante casi 10 años, trabajando en condiciones inhumanas, malnutridos y sin ninguna clase de descanso.

Otro detalle interesante de la creación de esta línea, que en 1877 Tolstoi convirtió en escenario clave de la trama de *Anna Karenina*, es que mientras se construía hubo una tensa discusión acerca de si debía ser un transporte para todo público, ya que los ultraconservadores veían riesgos de levantamientos por todos lados. De hecho, triunfó esta mirada ya que durante bastante tiempo sólo las clases más poderosas fueron autorizadas a utilizar el servicio, lo que se aseguraban con un estricto control policial. En la actualidad, en ambas ciudades, el nombre de la estación rinde tributo a la otra capital: mientras en Moscú se llama Leningrado, en San Petersburgo la estación de trenes se denomina Moscú.

Una curiosidad: durante décadas, la gran línea recta de rieles que une las dos ciudades sólo tenía un desvío en su construcción, una curva profunda de 17 kilómetros, inexplicable, que dio lugar a una leyenda urbana. Según se decía, el zar habría marcado con una regla la línea a seguir, aunque accidentalmente también marcó el borde de su dedo en el papel. Intimidados, ninguno de los responsables del tendido del ferrocarril se habría animado a contradecir el dedo imperial y así fue que esa curva perturbó por años a usuarios y autoridades. Otra leyenda urbana

del mismo orden se refiere al icónico hotel Moskva, ubicado a metros de la Plaza Roja. Fue inaugurado en 1935 y los que creen en la leyenda aseguran que su inconcebible mezcla de estilos obedece a que a Stalin le fueron presentados dos proyectos diferentes y que él aprobó los planos de los dos. Como nadie se animó a señalarle el error, la mezcla entre la impronta soviética y la constructivista se convirtió en la marca de estilo algo esquizofrénica del edificio.

El ida y vuelta entre las capitales sigue vivo, tan vivo que en lo que va del siglo XXI Rusia está siendo gobernada, desde Moscú, por políticos petersburgueses. Vladimir Putin llegó al poder como premier de Boris Yeltsin en 1999 y, desde entonces, ocupa el cargo de presidente o primer ministro. Su delfín, Dimitri Medvedev, fue presidente entre el 2004 y el 2008, tiempo en el cual Putin ejerció como premier. Hoy funcionan al revés y el primer ministro es Medvedev. Son cabezas racionales del Báltico en el corazón político y cultural de la madre Rusia. Una sociedad que no muestra fisuras en público y que ejecuta, a su manera a veces brutal y algo irrespetuosa de las instituciones, el “capitalismo de rostro humano”, un cóctel de dirigismo económico y libre mercado que otros insisten en llamar “capitalismo de amigos”. No es un detalle menor que hayan comenzado a girar la cabeza para mirar a China. Sin embargo, nunca –nunca– han dejado de mirar a Occidente. ■

*Hinde Pomeranec es periodista y editora. Autora de *Rusos. Postales de la era Putin*. Agustín Cosovschi es licenciado en Sociología, doctorando en Historia CONICET-UNSAM.

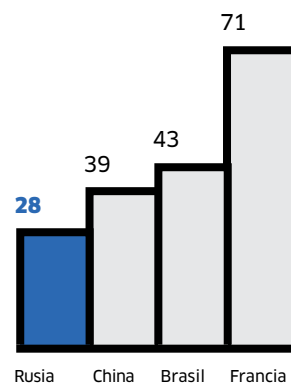
© Le Monde diplomatique, edición Cono Sur

Andrei Tarkovski

“Para mí no hay duda de que el objetivo de cualquier arte que no quiera ser ‘consumido’ como una mercancía consiste en explicar por sí mismo y a su entorno el sentido de la vida y de la existencia humana [...] O quizá no explicárselo [al hombre], sino tan sólo enfrentarlo a este interrogante.”

Transparencia de gobierno

(índice de percepción de la transparencia, datos de 2012)



0= mayor corrupción
100= mayor transparencia

Historia de una obra maestra

El acorazado Potemkin

por Lionel Richard*

En 1925 en Moscú se proyectó por primera vez el segundo largometraje de Serguei Eisenstein, que le había sido encargado para conmemorar la revolución de 1905. Pero su alcance fue mucho mayor: la obra marcó un hito en la historia del cine e inauguró una nueva forma de montaje capaz de generar poderosas emociones en el espectador y de movilizarlo para la acción.



Para celebrar el vigésimo aniversario de la fallida revolución de 1905 (a la que Lenin calificó en su tiempo de “ensayo general”), a la comisión soviética estatal encargada de las conmemoraciones se le ocurrió la idea de producir una película. Sus integrantes convocaron al joven realizador ruso Serguei M. Eisenstein, que acababa de dirigir el año anterior *La Huelga*, un largometraje que concitó mucha atención. Eisenstein tenía sólo cuatro meses para escribir, rodar y editar la película. Abrevió entonces su guión de partida, una profusa monografía de época escrita en colaboración con Nina Agadjanova, y centró la atención en un único episodio: el amotinamiento de los marineros de un navío de guerra en el Mar Negro, cerca del puerto de Odessa, el 27 de junio de 1905.

En 1945, evocando sus recuerdos del rodaje, Eisenstein explicó que como el acorazado auténtico ya no existía, tuvo que utilizar una “panza de hierro” inmovilizada en la bahía de Sebastopol: el barco Los Doce Apóstoles. Eisenstein dijo entonces que pese a todo, la ilusión de la rebelión fue tan perfecta que esa “revolución en lo más recóndito de la estética del cine” le sacó “canas verdes a la censura, las policías y los servicios del orden de muchos países”.

En efecto, los mejores críticos occidentales de los años 20 y 30 detectaron inmediatamente en su película un toque de genio artístico. Según Georges Altmann confería al cine soviético “su verdadero rostro”, es decir, “la expresión poderosa del grupo, de la colectividad, del movimiento masivo”. Por otro lado, la recepción de *El acorazado Potemkin* fuera de la URSS permitió medir el anti-sovietismo de los gobernantes de entonces. O bien se prohibió su difusión, o bien la proyección de la película fue permitida exclusivamente en versiones amputadas.

No es menos cierto que tras el éxito de su primera proyección en el Teatro Bolshoi, en Moscú, el 21 de diciembre de 1925, *El acorazado Potemkin* tuvo un éxito inmediato en todo el mundo (siempre, curiosamente, a través de copias mutiladas). En 1958, durante la Exposición Universal de Bruselas, un centenar de historiadores del cine llegó a consagrarla como “la mejor película de todos los tiempos”. ¿Pero avala esta distinción la visión que ella propone de las jornadas revolucionarias de Odessa, de fines de junio de 1905? Evidentemente no.

Ensayo de revolución

¿Qué pasó en Rusia en ese 1905? Todo comenzó en San Petersburgo, el domingo 9 de ene-

ro. Ese día, una multitud acudió en silencio al centro de la ciudad, portando imágenes santas y retratos del zar Nicolás II. Hacía un mes que la huelga se había difundido en las fábricas, en solidaridad con dos obreros despedidos. Los huelguistas llevaban una petición al “padrecito” para que reconsiderara sus condiciones de vida. Pero apenas la procesión llegó frente al Palacio de Invierno, los cosacos de la Guardia Imperial dispararon. Al terminar el día, había más de 1.000 muertos y 2.000 heridos.

Al dar la orden de ahogar toda manifestación en un baño de sangre, el zar y su entorno lograrían lo contrario de lo que pretendían. Desde el otoño de 1904, los dirigentes del movimiento obrero aprovechaban los reveses que sufrían las tropas rusas contra Japón en Extremo Oriente para intensificar sus reivindicaciones. Pero las masas seguían confiando mayoritariamente en la posibilidad de enmendar la sociedad mediante reformas. Su confrontación con una represión despiadada echó por tierra sus ilusiones patriarcales.

El “domingo sangriento” de enero de 1905 abrió la puerta, en todo el territorio ruso, a una ola de huelgas en las fábricas, levantamientos en el campo y actos de sedición en el ejército. En la primera quincena de febrero, un comité de ferroviarios paralizó las principales vías de tren del sur de Rusia. Para restaurar el prestigio del zar y aplacar los disturbios, el gobierno aceptó formar comisiones de representantes obreros: se había iniciado el proceso revolucionario. Los 400 delegados elegidos exigieron, antes de cualquier participación en conversaciones, la promulgación de las libertades de reunión y de expresión. Ante la negativa del poder, la tensión aumentó.

En octubre los ferroviarios de Moscú y San Petersburgo declararon la huelga. Los empleados del correo y otros servicios públicos siguieron sus pasos. Esta vez los huelguistas no se limitaron a reclamar una mejora de su situación, sino que apuntaron a la transformación del sistema autocrático. ¿Sus objetivos? El otorgamiento de los derechos civiles, la amnistía para los presos políticos, la elección de una Asamblea Constituyente por sufragio universal directo. Superando sus rivalidades, los representantes de las organizaciones y los partidos que preconizaban la revolución redactaron un manifiesto conjunto para exigir una Constitución.

A fines de noviembre de 1905 el gobierno zarista, acorralado, decidió acometer una batalla decisiva. Los delegados de los comités de huelga o consejos obreros, denominados *soviets*, fueron sistemáticamente detenidos.

Los obreros que se negaban a volver al trabajo fueron despedidos de las fábricas. La estrategia resultó eficaz: el movimiento huelguista se desmoronó.

Sin embargo... reinaba una gran inquietud en Moscú en los primeros días de diciembre. El 21 de noviembre se había instituido allí un *soviet*, apoyado por las dos alas del Partido Socialdemócrata –los moderados mencheviques y los radicales bolcheviques–, que había organizado un Comité Federativo de Lucha. El 6 de diciembre se proclamó la huelga general. Rápidamente se desencadenó una insurrección armada. Ocho mil obreros se lanzaron a la lucha. En los barrios se levantaron barricadas.

El gobierno zarista no modificó su táctica. En la noche del 8 de diciembre, todos los miembros del Comité Federativo de los socialdemócratas fueron detenidos. El centro de operaciones del *soviet* fue aniquilado. A continuación, como la guarnición de Moscú no era lo suficientemente segura, fueron enviados regimientos de la Guardia Imperial desde San

La ilusión de la rebelión fue tan perfecta que le sacó “canas verdes a la censura”.

Petersburgo. Estas tropas recibieron la orden de atacar las barricadas. Durante nueve días los grupos de obreros armados resistieron. El 18 de diciembre fueron aplastados.

El año 1905 concluyó pues con la victoria del régimen zarista. Llegó entonces para el gobierno el tiempo de las represalias. Los conductores de las fuerzas revolucionarias se vieron obligados a volver a la clandestinidad. Hubo un repliegue de toda forma de oposición. Pero no por mucho tiempo. En vísperas de la Primera Guerra Mundial, en agosto de 1914, los bolcheviques eran mayoritarios en la mayor parte de los sindicatos de San Petersburgo y Moscú. Una vez más, despuntaba la revolución.

¿Ficción o reconstrucción?

El estallido de octubre de 1917 rectificó los fracasos de 1905, cuyas enseñanzas tuvieron indudablemente mucho que ver con el cambio de bando de la victoria. El movimiento de oposición al zarismo aprendió a coordinar el levantamiento armado con la huelga masiva

y la formación de *soviets*. La experiencia de esos consejos, que se habían multiplicado para defender en el nivel local los intereses obreros, enriqueció la estrategia revolucionaria. Trotsky, único dirigente marxista que se involucró activamente en San Petersburgo, debe a ellos su popularidad. Tergiversando algunas cosas, Lenin acabó admitiendo que los *soviets* podían considerarse los “embriones” de las instancias que sustituirían al aparato del Estado.

Pero si el recuerdo del año 1905 se ha mantenido en alguna medida en el mundo, mucho se debe a Serguei Eisenstein y su *Acorazado Potemkin*. La película no es una reconstrucción histórica. Basándose en un episodio aislado y apoyándose en la técnica de la parte por el todo, Eisenstein intentó “materializar afectivamente toda la epopeya de 1905”. Como línea directriz adoptó la victoria de octubre de 1917. La última y simbólica imagen de la película es la del navío que abandona el puerto de Odessa y se adentra gloriosamente en el mar. Tras él, la represión zarista: entre 5.000 y 6.000 muertos.

A partir del 19 de enero de 1926, fecha de su puesta en circulación en las salas, no faltaron en la Unión Soviética espectadores que encontraron en la película errores e inverosimilitudes. Eisenstein los admitía, más aun en la medida en que los planos que más se destacan habían brotado de su imaginación. En especial, la célebre secuencia del cochecito de bebé que cae por la escalinata Richelieu en Odessa rebotando de escalón en escalón.

Eisenstein no ignoraba tampoco que el año 1905 había desembocado en la derrota de los movimientos huelguistas, ni que los marineros del verdadero Potemkin habían terminado su odisea en una fúnebre retirada hasta el puerto rumano de Constanza. Los más afortunados habían conseguido escapar de la policía zarista permaneciendo en Rumania. Pero a ojos del director, lo que contaba era que el espíritu revolucionario no había sido aplastado. Y mientras el cine mundial se enredaba en películas pretendidamente históricas que exaltaban a los personajes célebres en una acumulación de anécdotas, Eisenstein mostraba cómo, incluso en fracasos patéticos, la masa anónima podía ser el motor de la historia. ■

*Historiador.

Traducción: Patricia Minarrieta





Secuelas del totalitarismo

Parálisis de los intelectuales

por **Claude Frioux***

Gorki, Tolstoi, Solzhenitsyn: Rusia tiene una historia en la que las personalidades de la cultura hicieron oír su voz. Su sorpresivo silencio tras el fin de la URSS se explica por el deterioro de su situación material, pero también por el desprecio hacia la política heredado del antiguo régimen.

Hay un dicho conocido: en Rusia, un poeta es más que un poeta. El conde Tolstoi fue el único que pudo elevar la voz en una coyuntura terrible. El conformismo ideológico absoluto de la época soviética reforzó esta tradición. Novelas y poemas fueron el medio por el cual el régimen fue más duramente interpelado, desde Boris Pasternak hasta Aleksandr Solzhenitsyn. El fin del totalitarismo, vía la perestroika, se vio limitado, acompañado y reconfortado por una cohorte de autores y críticos, empezando por el equipo de la revista *Novyi Mir* (Nuevo Mundo). De Vladimir Dudintsev a Boris Mojaev, de Vassili Grossman a Andréi Siniavski, fue la epopeya de obras más o menos clandestinas la que puso los dramas del estalinismo en la arena pública.

Mijail Gorbachov hizo grandes esfuerzos para desplazar este potencial crítico y llevarlo hacia el lado del poder. Lo puso al mando de la mayoría de las grandes revistas, lo hizo entrar masivamente en la primera asamblea, donde estaba la crema del mundo contestatario con Andreï Sajarov a la cabeza. Contaba con la presencia de esta élite para construir un ramillete de leyes que fundaran el Estado de Derecho. Pero debió tropezar todavía con la efervescencia nacionalista, que Gorbachov subestimó y que reclutó mucha gente de la intelectualidad local.

Reclutados por el liberalismo

La llegada al poder de Boris Yeltsin atrajo a buena parte de los intelectuales: hastío ante las temporiza-

ciones del gobierno de Gorbachov, oleada de nacionalismo ruso fundado sobre la impresión de haber sido explotados por las otras etnias de la Unión Soviética, reincidencia patológica del culto a la personalidad, eficiencia del anticomunismo histérico en capas intelectuales que por entonces estaban muy sublevadas contra el antiguo régimen, anuncio de una conversión radical al ultraliberalismo percibido como la promesa de un paraíso inmediato.

El aura que Yeltsin cosechó de su actitud respecto del golpe de 1991 amortiguaba el choque de la mantanza de la “Casa Blanca rusa” en 1993 y del neototalitarismo presidencial que surgió de ella. Así como dos grandes figuras de la disidencia, Andréi Siniavski y Vladimir Maximov, reclamaban del zar Boris un inmediato arrepentimiento, un texto que llevaba la firma de cierto número de escritores famosos –Bella Ajmadulina, Dimitri Lijachov o Bulat Okudzhava– exigía, en un tono de odiosa adulación, una represión anticomunista radical.

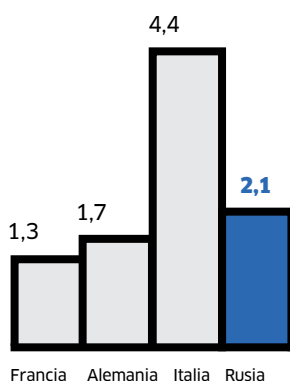
La mayoría de los intelectuales y sobre todo de los artistas se comportaron entonces, colectivamente, de manera desconcertante. Mientras el país se “dolarizaba” y se empobrecía, los intelectuales emprendían la tarea de sacarse de encima la mezcla de privilegios y limitaciones que los mantenía encerrados durante el sistema soviético. Confiaban ciegamente en las bondades del liberalismo para la cultura, a tal punto que entendían que los cambios ponían “de moda” a Rusia. Viajaban, firmaban buenos contratos, ➔



Anna Politkovskaya. Fue una periodista reconocida por su lucha contra el conflicto checheno y por su oposición a Putin. Murió asesinada en su casa en Moscú en octubre de 2006.

Participación política

(afiliación a partidos políticos sobre población total, período 2007-2011)



Arte productivo

Tras la Revolución de 1917 el objetivo era crear una nueva cultura antiburguesa. El jefe del Proletkult, Pletnev, declaró entonces: "Las bellas artes serán productivas o no habrá ningún tipo de arte". Años después varios artistas, entre ellos Kandinsky, tuvieron que exiliarse. El arte debía servir al Estado.

→ se hacían las estrellas, abrían cuentas bancarias en París o en Munich, se plantaban en un pie de igualdad con las elites europeas. De hecho, salieron a la luz una cantidad de figuras que habían sido mantenidas en las penumbras por la máquina estatal, sin que por ello se produjera ninguna revelación.

Entonces, el ámbito literario y artístico se puso a imitar a Europa y a América con modos propios de Monsieur Jourdain (1): las "presentaciones" de obras nuevas, con cócteles, esmóquines, champán y vestidos de noche excitaban al medio literario soviético, que ya es burgués por naturaleza. Este intermedio edénico jugó a favor de la imagen del presidente Yeltsin, a pesar del desprecio que los intelectuales sentían por la codiciosa grosería de su aparato político. Reaparecieron fenómenos cortesanos dignos de la época del culto a la personalidad, y esta atmósfera se inscribía cómodamente en el clima de enriquecimiento dudoso y derroche impúdico que reinaba en los círculos del poder.

Resurgió entonces la costumbre soviética de no protestar ante nada, de rechazar incluso cualquier pensamiento político. Y es que el zar Boris tenía algo providencial: garantizaba tiendas bien surtidas e impedía cualquier regreso de los "rojos", una obsesión para muchos intelectuales (a quienes, paradójicamente, y con la excepción de los disidentes, el comunismo había privilegiado). En retrospectiva, este episodio de falsa "fiesta imperial" apresurada puso en evidencia la fragilidad de una categoría que, en otros tiempos, habría podido considerarse el refugio de la valentía de una nación.

El despertar fue brusco y mostró que no era fácil salirse del juego de forma desapegada, al estilo Nabokov. La imagen de Rusia se derrumbaba como resultado del saqueo del Estado. Y de la cultura rusa. En el exterior, los editores perdieron interés, con-

fundidos por la codicia y las malas maneras de esos maleducados que habían sido criados a la soviética (y que eran capaces de vender a dos editores la misma exclusiva mundial). En la propia Rusia, el sistema editorial semiestatal era dinamitado con un furor alegre: sus recursos fueron confiscados por un sinnúmero de ex funcionarios convertidos en empresarios improvisados que cumplían con las leyes del mercado, en este caso favorables a la pornografía y las novelas policíacas.

El repliegue

El patrocinio inteligente no era inexistente, pero venía en dosis homeopáticas y no tenía comparación con lo que, con todos sus excesos, fue el mercado del libro en la era soviética. Contrariamente a las expectativas ingenuas, la furia especulativa no era suficiente para crear un Gallimard en pocas semanas. La tirada de las famosas "grandes revistas", crisol tradicional de las primeras publicaciones, pasó de varios millones a pocos miles de ejemplares. Librerías famosas fueron transformadas en ferias de ropa vieja, y casi todos los cines en casinos. El ámbito intelectual, que tan bien vivía en la jaula de oro del socialismo estatal, se vio trágicamente empobrecido.

Los intelectuales y artistas rusos, que ayer nomás eran estrellas que recorrían Europa montadas en sus cuentas en dólares, se encontraron pronto en una situación de mendigos que podían humillarse por una invitación, un sueldo, un pasaje de avión. La cortina de plata sucedió a la cortina de hierro. La gigantesca deriva, como en una fábula bulgakoviana, era aún más deprimente que la escasez endémica de la era soviética. El naufragio de esta ilusión era más cruel todavía que el de las anteriores, porque estuvo acompañado por una repentina ola de despidos en un sector terciario que ignoraba el desempleo no confesado de las grandes empresas. Totalmente absorbidos por su supervivencia física, paralizados por el miedo de disgustar, acomplejados por la cara mafiosa del poder, los intelectuales no querían oír hablar de política. Las dos sobredosis sucesivas de sovietismo y liberalismo sin duda los inmunizaron. En ellos persistía un desprecio por la política inculcada por la edad soviética. No respondían a ninguna de esas preguntas vitales para una comunidad al fondo del abismo; los más afortunados se desplazaban entre dos domicilios fijos (uno en Rusia y otro en el extranjero); los otros esperaban una invitación de semicaridad.

Totalmente resignada a nivel cívico, la intelectualidad creativa ahogó su mala conciencia en obras de una oscuridad absoluta, donde la realidad rusa contemporánea no era más que un pretexto para una visión absolutamente desesperada del hombre, como se ve por ejemplo en las películas de Kira Muratova de esos años. El poeta Andréi Voznesensky fue una de las pocas figuras que pasaron la prueba con dignidad y talento: logró equilibrar la investigación formal, el sentido dramático de la actualidad y la inde-

pendencia de criterio, con una felicidad que le valió una persistente reputación.

La única presencia visible de intelectuales en la oposición se vio en la sensibilidad llamada “nacionalista” (con la revista *Nuestro contemporáneo*). Por su parte, Nikita Miljalkov, fortalecido por su fertilidad, su reputación y su oportunismo, se subió a otra plataforma, la del cine, donde abundaban los talentos totalmente privados de sus propios medios de expresión y simplemente de proyección. Con su temperamento autoritario, propuso algo que se parecía a la antigua Unión de Cineastas, fuertemente apoyada por el Estado, para evitar la completa desaparición del cine ruso contemporáneo.

Sin duda, en lo más profundo del país y con tenaz discreción, la *intelligentsia* –en el sentido de las clases educadas– multiplicó los signos de resistencia a la desgracia. Lo que quedó de la prensa literaria semanal o mensual, tradicional punto de apoyo de la cultura rusa en el siglo XX, trató de alcanzar dimensiones editoriales, como ocurrió con *Literaturnaya Gazeta*, cuya iniciativa generó una agitación oscura. Algunos verdaderos centros editoriales trataron de tener una política de selección cualitativa, como Vagrius, pero las tiradas eran ínfimas y la red de distribución, casi inexistente.

Muchos investigadores, ejecutivos de la industria o del gobierno local, privados de cualquier ingreso regular, insistieron en su tarea con los dientes apretados. Los académicos, también abandonados por el gobierno, optaron en su mayoría por mantener el servicio público frente a las perspectivas de privatización. Durante un tiempo allí se conservaron las semillas de una posible recuperación, pero en medio de un silencio aplastado, con una energía parecida a la desesperanza.

Para retomar la acertada fórmula de Georges Nivat (2), una cara del “mito ruso” se derrumbaba: por cansancio, por desencanto o inadaptación, los intelectuales profesionales ya no funcionaban como conciencia del país. Tanto peor para el romanticismo exotizante. Afortunadamente, al mismo tiempo se producían otros fenómenos compensatorios, empezando por el surgimiento, con la liberalización de la prensa, de una nueva capa de intelectuales: los periodistas.

Periodismo calificado

Condenados por el régimen anterior al papel de lacayos miserables, muchos de ellos aparecieron en las revistas tradicionales (*Izvestia*, *Komsomolskaya Pravda*) o en otras más recientes (*Nezavisimaya Gazeta*, *Kommersant*) como personalidades profesionales destacadas. A pesar de sus escandalosas partes oscuras –y aunque tres o cuatro enormes grupos bancarios se hayan repartido su financiamiento como si fueran las piezas de carne de una res–, el periodismo ruso es, en general, excepcionalmente calificado, pertinente (e impertinente); en una palabra, relativamente independiente y, sobre todo, brillante y personal en su modo de expresarse.



Gulag. En 1930 se creó la Dirección General de Campos de Trabajo (Gulag), adonde se enviaba a delincuentes comunes y a presos políticos. Allí murieron más de un millón de personas.

Allí se refugiaron el valor, el riesgo y el brillo del compromiso de los intelectuales. Una serie de asesinatos espectaculares, sobre todo el de Vladislav Listyev, da cuenta del efecto de choque de algunas investigaciones. Después del Gulag, por aquí pasaba el martirologio de los intelectuales comprometidos. Un columnista como Vitali Tretyakov tenía la envergadura, la capacidad de escuchar, el profesionalismo de las mejores plumas de nuestro tiempo.

También hay que hablar de la clase política rusa propiamente dicha, tan denunciada en su conjunto –y a menudo con razón– por su inmadurez, su falta de educación, su corrupción. En sus filas, los intelectuales profesionales eran muchos y diversos. Estaba Anatoly Sobchak, ex decano de la Facultad de Derecho de San Petersburgo, prófugo por malversación de fondos, pero también había economistas y politólogos originales, talentosos y valientes, con un bagaje distinto del de, por ejemplo, ese profesorzuelo de marxismo-leninismo arrepentido que fue Yegor Gaidar.

La entrada en la política de los intelectuales, bajo una forma distinta de los campos o la literatura de ultratumba, fue un hecho relevante. Dispersó el vuelo de los halcones de los años de Yeltsin. Y quizás pueda darle una mano a un potencial existente donde se encuentren las características de una gran cultura, tan capaz como cualquier otra para superar, con sus propias elites, las crisis del mundo contemporáneo. ■



El deshielo. Tras la muerte de Stalin se liberó mucha información.

Vladimir Sorokin

Este polémico escritor no pudo publicar sus obras en Rusia hasta 1989. Desde entonces ha sido muy crítico del poder, en especial de Putin, al punto de que su libro *La grasa azul*, fue destruido por el movimiento juvenil pro Putin, *Nashi*, frente al Teatro Bolshoi.

1. N. de la R.: Monsieur Jourdain es el protagonista de la comedia de Molière *El burgués gentilhomme*.

2. Coautor de *Histoire de la littérature russe en cinq volumes*, Fayard, París, 1987.

*Profesor de la Universidad de París VIII, autor de numerosos libros sobre Rusia, entre ellos la obra colectiva *L'URSS et nous*, Editions Sociales, París, 1978.

Traducción: Mariana Saúl



5

Rusia disputa su lugar en el nuevo orden mundial

EL GIGANTE DESPIERTA

El siglo XXI encuentra a Rusia en una situación de relativa estabilidad –con la dramática excepción de la guerra de Chechenia–, consolidada como potencia regional y segura para proyectar su poderío a nivel mundial. Con enormes desafíos por delante, tanto internos –pobreza, corrupción, indicadores demográficos– como externos –consolidarse como Estado rentista, la amenaza a su hegemonía en su tradicional área de influencia– el país más extenso del mundo parece decidido a recuperar su legado imperial.

OCASO DEL MODELO PUTINIANO

Una nueva era se anuncia

por Jorge Saborido*

Con un crecimiento promedio anual del 5,2% entre 2000 y 2010, Rusia consiguió recuperarse de la debacle de 1991. Este proceso fue posible no sólo gracias al alto precio de los hidrocarburos, sino también al liderazgo de Putin, capaz de contener los conflictos internos y de conducir una pragmática política externa. Sin embargo este modelo comienza a agrietarse con la emergencia de nuevas clases medias cada vez más disconformes y el creciente temor del empresariado frente a la arbitrariedad estatal. Pero más importantes aun son los propios límites que presenta un modelo de crecimiento sostenido en una economía primaria, con serias dificultades para diversificarse. Para continuar creciendo, el país deberá ensayar nuevos rumbos.

La estrategia elaborada por Vladimir Putin para perpetuarse en el poder en vísperas de la finalización de su segundo mandato presidencial en 2007 era ingeniosa: en lugar de forzar una reforma constitucional para poder aspirar a un tercer mandato, “decidió” que el candidato de Rusia Unida fuera un dirigente relativamente desconocido por la sociedad, Dimitri Medvedev. Por su parte, él se mostraba dispuesto a aceptar el cargo de primer ministro si su aspirante triunfaba en las elecciones y se lo proponía. La secuencia imaginada era Medvedev (2008-2012), Putin (2012-2016), e incluso la posibilidad de un segundo mandato de éste hasta 2020.

En la actualidad, no puede afirmarse que este proyecto haya sido desbaratado. De hecho Putin fue elegido presidente en las elecciones de marzo de 2012 con un impresionante 63,6%, aunque con una importante disminución de votos y de la participación con respecto a los comicios de 2008.

Impacto de la crisis

Sin embargo, la situación está lejos de ser controlada. El gobierno de Medvedev debió afrontar una serie de problemas que afectaron la imagen y el prestigio de quienes ejercían el poder. Esta nueva realidad se pudo apreciar en las elecciones parlamentarias de diciembre de 2011, en las que el partido del gobierno disminuyó un 27,6% el número de votos y perdió 77 diputados, sin profundizar en el hecho de que fueron altamente fundadas las denuncias por fraude.

A la hora de buscar explicaciones a lo ocurrido, surge inmediatamente el tema de la crisis financiera mundial y sus consecuencias económicas. En un país con las características que adquirió Rusia luego de la caída del comunismo a fines de 1991, los acontecimientos de Occidente repercutieron fundamentalmente a través de dos vías: por una parte la huida de capitales que especulaban en un mercado de alta rentabilidad; por otra, el simultáneo derrumbe de los precios del petróleo, elemento clave en la recuperación económica reciente. El petróleo y el gas representaron entre 2001 y 2008 entre el 50% y el 65% de las exportaciones. Si a estos dos elementos se agrega una fuerte disminución de la demanda interna, se explica que el Producto Interno Bruto haya caído el 7,9% en 2009 y que la desocupación trepara hasta casi el 10%.

La crisis fue superada a partir del año 2010, al compás de la recuperación de los precios de los hidrocarburos, y acompañada de una activa política de Estado que benefició al sector financiero y encaró proyectos de infraestructura.

Sin embargo, la situación no retornó al pasado anterior a la crisis: el “contrato social” implícitamente establecido durante el gobierno de Putin –la sociedad no se metía en política, e incluso aceptaba los resultados de las reformas de los años 90, a cambio de que el gobierno le garantizara una mejora en el nivel de vida– sufrió una importante erosión. Ya en 2005



Desarrollo industrial. Aunque no ha sido una prioridad, según datos de la OCDE la industria rusa creció entre 1999 y 2012. Siguen siendo fundamentales los sectores siderúrgico, metalúrgico y de producción de gran maquinaria.

cuando se promulgó una ley sobre “monetización de las prestaciones sociales”, que afectaba los derechos sociales de amplios sectores de la población, la movilización masiva de los ciudadanos obligó a dar marcha atrás con la medida y mostró que el gobierno no podía hacer su voluntad cuando se trataba de beneficios adquiridos, vigentes desde la época soviética.

Pero lo que mostró la crisis de 2008-2009 fue que la política destinada a dejar a “todos contentos”, sólo podía sostenerse contando con precios altos de los hidrocarburos.

Durante los años recientes otras cuestiones salieron a la luz. En principio, las transformaciones económicas experimentadas por el país han dado lugar al surgimiento de una “nueva” clase media –ocupada en las actividades en auge vinculadas con la economía de mercado–, que comenzó a expresar su descontento ante el autoritarismo y la corrupción gubernamental. Para ello llevó a cabo movilizaciones que convocaron a miles de ciudadanos, sin alinearse con los tradicionales partidos opositores, y abarcando un amplio espectro político que va desde la extrema derecha al anarquismo. El anuncio en septiembre de 2011 del “enroque” que llevaría nuevamente a Putin a la presidencia fue el detonante que lanzó masivamente a las clases medias urbanas a la calle. Las derrotas sufridas por el partido oficial en las grandes ciudades constituyeron manifestaciones claras de su disconformidad, y si bien el resultado de las elecciones presidenciales mostró que

la presencia de esta fuerza era limitada –su eslogan era *Vota a cualquiera que no sea Putin*– está claro que la demanda de alternativas a Rusia Unida y a su líder está creciendo, aunque es difícil prever si otras fuerzas políticas estarán en condiciones de satisfacerla.

Por otra parte, la sensación de inestabilidad se trasladó al sensible sector de los oligarcas que confiaron en Putin como garante de que sus activos estaban salvaguardados y los negocios continuarían sin problemas. En este punto es imprescindible puntualizar que en Rusia, pese a haber transcurrido más de veinte años desde la caída de la Unión Soviética, los derechos de propiedad no están debidamente protegidos y, por lo tanto, permanecen sujetos a la potencial arbitrariedad estatal; de allí que una buena relación con Putin y su entorno era considerada esencial. Quienes se enfrentaron con él, los tres grandes beneficiarios de la política de Yeltsin –Boris Berezovski, Vladimir Gusinski y Mijail Jodorkovski– terminaron mal: en el exilio los dos primeros y en la cárcel el tercero. En esos primeros años, el poder del sucesor designado por Boris Yeltsin parecía incontestable, apuntalado por una sociedad que quería superar los desastres de la década anterior y veía en Putin el hombre fuerte que podía restablecer el orden y devolver a Rusia el prestigio perdido.

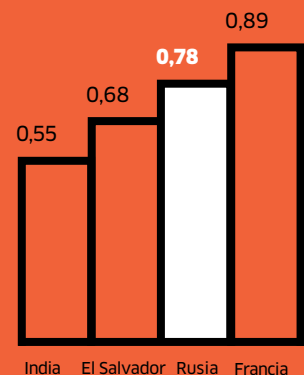
El tema al iniciarse la nueva gestión de Putin era prever el comportamiento de los grandes empresarios frente a una realidad política en la que las actitudes del presidente generan crecientes dudas. Las primeras decisiones adoptadas al retornar a su →

Oro negro

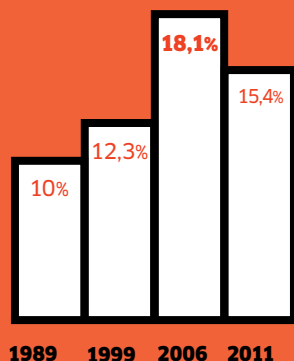
Para entender la recuperación económica rusa, basta con revisar algunos datos. Según la *Statistical Review of World Energy*, el precio promedio del petróleo (en dólares por barril) pasó de 22,03 en 1995 a 79,50 en 2010. Por su parte, la producción petrolera en Rusia pasó de 6.288 a 10.145 millones de barriles para los mismos años.

Índice de desarrollo humano

(datos de 2012)



Importancia del petróleo (porcentaje del PIB que representa la renta petrolera)



Libre expresión

El fuerte control de Putin sobre los medios de comunicación se inició apenas asumió. Primero fue el turno del canal opositor NTV, cuyo presidente fue encarcelado y luego decidió irse de Rusia. Algo similar ocurrió con la señal ORT, cuyo presidente, Berezovski, también optó por emigrar.

→ cargo se orientaron a impulsar una dura legislación represiva y la reducción drástica del gasto social, cuyas previsibles consecuencias serán una radicalización de las protestas que poco habrá de contribuir a mantener un clima adecuado para los negocios. De allí que sea posible que se incremente la presión sobre Putin. Si bien existen importantes diferencias entre los principales grupos económicos, para todos es importante la realización de reformas políticas que canalicen adecuadamente la creciente protesta social y pongan sus propiedades a cubierto.

Proveedora de materias primas

La profundidad y duración de la crisis mundial, y en especial la recesión que experimenta la Unión Europea, han mostrado de manera inequívoca la dependencia de Rusia respecto de la exportación de materias primas, fundamentalmente petróleo y gas natural. Gazprom, el gigante petrolero ruso con presencia mayoritaria estatal, parece marcar el rumbo de la estrategia rusa (de allí el eslogan “lo que es bueno para Gazprom es bueno para Rusia”).

La necesidad de modernizar la economía, con más razón luego del reciente ingreso del país a la Organización Mundial del Comercio (OMC) en 2012, se ha tornado fundamental para modificar esta situación. Las autoridades rusas han elaborado numerosos planes de desarrollo y diversificación del aparato productivo, pero no dejan de ser proyectos a largo plazo cuya viabilidad es por lo menos dudosa. Esta lentitud en afrontar una situación que requiere acciones rápidas es resultado del desinterés que muestran las grandes empresas involucradas en el negocio de las materias primas, y su poder para actuar sobre la burocracia.

La industria rusa, con pocas excepciones, es obsoleta, y puede ser “barrida” por la competencia extranjera a partir de la vigencia de las normas que rigen en la OMC. Esta situación torna indispensable actuar para evitar que la economía se interne en un callejón sin salida, dado que las investigaciones muestran que las reservas petrolíferas de Rusia van muy por detrás respecto de países como Arabia Saudita y Venezuela. De allí el interés de Putin por avanzar en la prospección en la región del Ártico –incluso se han firmado acuerdos comerciales con algunas de las grandes empresas petroleras– para lo cual se están llevando a cabo acciones destinadas a establecer con claridad los derechos de Rusia en buena parte de la región. Sin embargo, se trata de un proceso que, más allá de los obstáculos económicos y de las dificultades para operar en un escenario tan inhóspito, en el mejor de los casos no comenzaría a producir antes de 2025.

Por lo tanto, parece indudable que la estrategia de Putin, con independencia de sus manifestaciones públicas, se orienta hacia el mantenimiento de una economía basada en la producción y exportación de materias primas. En estas circunstancias, el



Producción automotriz. Creció al ritmo de la economía rusa, pero se estancó en 2008 por el impacto de la crisis.

conjunto de la industria rusa, con pocas excepciones como la venta de armas, no está en condiciones de conformar una alternativa exportadora.

Transformaciones sociales

Sin embargo uno de los problemas más serios que experimenta Rusia de cara al futuro es la despoblación. Se trata de un proceso que se inició a mediados de los 60, pero que para la primera década del siglo XXI ya había producido una caída de la población de 5 millones de personas. El abanico de causas es muy amplio: desde los elevados índices de alcoholismo hasta los desequilibrios experimentados por la población en la Segunda Guerra Mundial, pasando por la gran cantidad de abortos, originados en su mayoría por el impacto negativo de una boca más para alimentar en los hogares campesinos y de las clases bajas urbanas.

Las consecuencias de esta realidad, que el gobierno no ha podido modificar pese a su empeño, son altamente negativas en el mediano plazo: el envejecimiento de la población con el consiguiente incremento del gasto en jubilaciones, la disminución de la potencia laboral del país y la reducción de la capacidad de defensa son algunas de ellas.

En cuanto a la sociedad en su conjunto, no caben dudas de que la situación ha mejorado en forma significativa durante el siglo XXI, tras el desastre vivido en la década de 1990, incluso a pesar del bache originado por la crisis de 2008.

Sin embargo, persiste una concentración de la riqueza que ha colocado a Rusia en uno de los primeros lugares en cualquier estadística que mida los niveles de desigualdad. A pesar de esta realidad, el éxito de Putin, por lo menos hasta 2008, consistió en que bajo su gobierno la situación económica



Puerto de Kronstadt. Es uno de los tres puertos de San Petersburgo. Tiene una importancia fundamental para la actividad comercial de esta ciudad, uno de los principales núcleos económicos del país.

se había estabilizado: algunos oligarcas pudieron mantener su posición llegando a acuerdos con el presidente; otros fueron desplazados e irrumpieron nuevos personajes cercanos al Kremlin. Asimismo, como se mencionó, se produjo el surgimiento de una clase media, mayoritariamente urbana, que a principios de esta década representaba entre el 25% y el 30% de la población tanto en Moscú como en San Petersburgo.

La mayoría de los ciudadanos pobres están empleados en el sector público, en servicios como la salud y la educación, lo que ha traído como consecuencia un debilitamiento de las estructuras en las que se basa el funcionamiento de la sociedad.

En cuanto a la vigencia de las libertades públi-

cas, no hay duda de que la Rusia de Putin no tiene nada que ver con la de Stalin, ni siquiera con la de Brezhnev; el peligro de ser enviado a un campo de concentración ha desaparecido. El control estatal se ejerce sobre todo en la televisión, el medio de comunicación más masivo. Las voces críticas se expresan a través de periódicos y revistas de escasa circulación, que no son objeto de censura.

La crisis de 2008 mostró que la política destinada a dejar a “todos contentos” sólo se sostenía con precios altos de los hidrocarburos.

Las manifestaciones mencionadas han contribuido a terminar con la pasividad del conjunto de la sociedad, pero es preciso tener en cuenta que, como las elecciones lo indican, la mayoría sigue optando por Putin. Como bien ha afirmado el renombrado director de cine Nikita Mijalkov: “Rusia necesita

Promoción del multilateralismo

autoridad; aunque esto suene absurdo en el mundo civilizado, el caos aquí es una tragedia para todos”. La victoriosa guerra contra Georgia de agosto de 2008 marcó sin duda la reaparición de Rusia como gran potencia, por lo menos en la región situada bajo su influencia. Además, no sólo se trató de dar un escarmiento a un antiguo miembro de la Unión Soviética, sino también de enviar un mensaje tanto a Estados Unidos como a la Unión Europea.

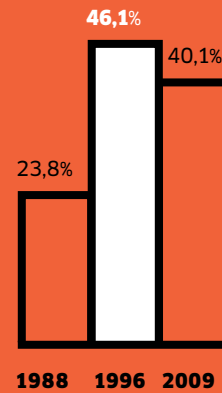
Con esta manifestación de fuerza quedaba atrás tanto la incoherencia de la política de Yeltsin, que había considerado positiva la desaparición de la URSS, como los frecuentes virajes realizados por

Putin, sobre todo en su primer mandato. Para apreciar esto último, fruto en buena medida de su inexperiencia como gobernante y de la inquietud que había generado su ascenso “digitado” por su antecesor, basta decir que pasó de una política de acercamiento a Estados Unidos –manifestó claramente su solidaridad luego de los acontecimientos del 11 de septiembre de 2001– a su coincidencia con Francia y Alemania cuestionando la intervención en Irak. El discurso oficial pasó a ser la defensa del multilateralismo frente a las ambiciones hegemónicas de Estados Unidos.

En general se sostiene que los éxitos alcanzados durante su primer mandato en cuanto a la recuperación económica dieron pie a que pudieran to-→

Desigualdad del ingreso

(coeficiente de Gini)



Sociedad inequitativa

La liberalización de la economía y el proceso de privatización acentuaron las brechas sociales.

La corporación Gazprom

Es la principal exportadora de gas y una de las más grandes del mundo. Se dedica a una gran cantidad de actividades: además de producción, incluye refinería, transporte, investigación e incluso posee canales de televisión y diarios.

NUEVO SOCIO COMERCIAL

La apuesta por Latinoamérica

por Luciana Garbarino

Con la llegada de Putin al poder a comienzos del siglo XXI, y aprovechando la debilidad de la presencia de Estados Unidos en “su patio trasero”, Rusia incrementó su interés por una Latinoamérica que a su vez se mostraba cada vez menos alineada con la potencia del Norte. Esta creciente preocupación se puso de manifiesto cuando el entonces presidente Dimitri Medvedev definió en julio de 2008 los puntos fundamentales de su política exterior, entre los que se encontraban: establecer una asociación estratégica con Brasil; ampliar su cooperación política y económica con Argentina, México, Cuba, Venezuela y otros países latinoamericanos y del Caribe, favorecer las exportaciones rusas a los países de la región e implementar de manera conjunta proyectos de energía, infraestructura y alta tecnología.

En esa dirección, Rusia comenzó acercándose primero a los países que habían fundado la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA), Cuba y Venezuela. Rápidamente, guiada por una política pragmática interesada más en multiplicar su poder por el mundo, que en la ideología de los países con los que comerciara, el país –a través de la empresa estatal Rosoboroneksport– se convirtió en el principal exportador de armamento hacia la región, siendo Venezuela su cliente número uno. Para el quinquenio 2004-2009 la presencia de armamento y equipo aéreo y naval de origen ruso se había incrementado en Latinoamérica un 900% con respecto al período 1999-2003 (1) y según agencias rusas, en 2012 el 18% de sus exportaciones de armamento se dirigió hacia esta región. De hecho, los presidentes Chávez y Putin llegaron a sellar una “alianza estratégica” que incluía una treintena de compromisos, especialmente en materia de energía y defensa. Hasta entonces ya existían importantes acuerdos vinculados con la extracción y el refinado de petróleo, así como convenios para la especialización de profesionales en las áreas de medicina y energía nuclear.

Además de armas, Rusia exporta a los países de la región fertilizantes minerales, equipamiento médico, metales y granos, e importa productos agrícolas tales como plátanos, uvas, caña de azúcar, café y carne.

Sin embargo hasta el momento el saldo de la balanza comercial viene siendo favorable para América Latina y el Caribe, por lo que el Kremlin está buscando acciones para equilibrarla.

La nueva Rusia ya no se limita a actuar en su “extranjero cercano”, sino que ha apostado por extender su influencia a todo el globo, y particularmente a un área en la que su presencia puede servirle complementariamente como mecanismo de presión y de negociación con Estados Unidos.

1. Informe del Instituto de Estocolmo de Investigación para la Paz (SIPRI).



Gas. Putin se opone a los reclamos europeos que buscan impedir la combinación de venta y transporte de gas.

→ mar forma los elementos principales del “retorno” de Rusia a posturas nacionalistas, acompañadas de actitudes antioccidentales. Esa orientación se sostenía en la recuperación de su autoconfianza y en la certeza de que en el nuevo escenario internacional, dominado por el desafío del terrorismo islámico, Rusia adquiriría una importancia fundamental para Occidente.

En esta línea, a lo largo de la primera década del siglo, el gran tema de política exterior para Putin ha sido la expansión de la Organización del Atlántico Norte (OTAN) hacia el Este, que es vista por el líder ruso como una amenaza impulsada por el gobierno de Estados Unidos. Las llamadas “revoluciones de colores” que estallaron en Georgia (2003) y Ucrania (2004) fueron consideradas como intentos de Washington de “cercar” a Rusia, incorporando a estos países a la OTAN. La reacción rusa, que culminó con la guerra frente a Georgia, fue una reafirmación de que los países de la ex Unión Soviética constituían un ámbito de máximo interés para Putin.

La desconfianza de Putin respecto de Estados Unidos es un factor importante en las relaciones mutuas y conduce a que los contenciosos en general se prolonguen indefinidamente. En la actualidad los principales problemas son: por un lado el proyecto del gobierno de Estados Unidos de instalar un sistema de defensa antimisiles en las cercanías del territorio ruso, y por otro el llamado “caso Magnitski”, originado por la muerte en 2009 en una cárcel rusa de un abogado famoso por su lucha contra la corrupción. Las sospechas existentes respecto de su muerte condujeron a que Washington prohibiera la entrada en Estados Unidos de 18 funcionarios rusos vinculados con el hecho. A su vez, el gobierno de Putin respondió prohibiendo la entrada en Rusia de un número similar de ciudadanos estadounidenses.

© Dmitry Berkut / Shutterstock



Globalización. El capitalismo ruso está consolidado tanto en lo económico como en lo cultural. Un ejemplo elocuente es la apertura de la cadena McDonald's el 31 de enero de 1990, hoy con más de 200 locales en todo el país.

No obstante, de cara al futuro existen otros puntos de fricción entre ambos países, como las cuestiones relativas a Irán y Siria. Luego de que Rusia se abstuviera en el Consejo de Seguridad de la ONU ante la propuesta de intervención armada en Libia –decisión que luego se consideró un error–, en los foros internacionales se ha manifestado en contra de la injerencia en la situación, bloqueando decisiones respecto al conflicto en Siria.

Por su parte, las relaciones de Rusia con la Unión Europea (UE) están fuertemente condicionadas por el hecho, ya citado, de que una cantidad significativa de los países integrantes de la UE dependen de la provisión de petróleo y gas natural proveniente de Rusia. Esta realidad se puso claramente de manifiesto en 2005 en Ucrania y al año siguiente en Bielorrusia, cuando la falta de acuerdo respecto al precio del gas natural trajo como consecuencia una interrupción del suministro que afectó a algunos países de Europa Occidental.

De cualquier manera, la posibilidad de establecer acuerdos se ha visto siempre bloqueada por el rechazo por parte de Putin de cualquier referencia a la realidad del país puertas adentro –situación de los derechos humanos, democratización–, la que es considerada una inaceptable intromisión en los asuntos internos rusos.

En cuanto a la relación con China, ésta oscila entre la cooperación y la rivalidad, ya que por un lado el gigante asiático necesita la energía provista por Rusia, pero por otro lado existen territorios en Asia Central que bien pueden constituir objetivos de la expansión china. Sin embargo, en el plano de las relaciones internacionales, el acercamiento entre ambas potencias contribuye a incrementar su poder de negociación frente al gobierno de Washington.

La reciente visita del flamante presidente chino Xi Jin Ping a Moscú –primer país que visitó luego de su nombramiento– da cuenta del interés del gobier-

no de Pekín de fortalecer la alianza entre los países, enfrentados por varios años durante la Guerra Fría. La firma de acuerdos en casi todos los terrenos manifiesta la importancia de este acercamiento.

Finalmente, habría que mencionar la posición de Rusia en relación con el bloque de los BRICS. Las reuniones anuales que se vienen realizando desde 2009 entre los dirigentes de Brasil, Rusia, India y China y la posterior incorporación de Sudáfrica, han generado expectativas respecto del surgimiento de un nuevo e influyente polo en el escenario internacional.

Sin embargo, para Rusia, las posibilidades que puede brindar la pertenencia a este grupo son escasamente positivas. Las enormes desigualdades existentes en todos los terrenos –población, capacidad productiva, nivel de crecimiento– han llevado a que importantes dirigentes del gobierno ruso afirmaran que de prosperar los acuerdos entre estos países, el papel de Rusia pareciera no ir mucho más allá de la provisión de energía. Mientras que los demás integrantes del BRICS son potencias efectivamente “emergentes”, Rusia, a pesar de su poderío en ciertas áreas estratégicas, viene de una situación inversa: se está recuperando trabajosamente de un formidable derrumbe.

En definitiva, Rusia afronta desafíos en todos los terrenos y existen serias dudas de que Putin y su estilo de gobierno tengan la capacidad de enfrentarlos con éxito. El país ha cambiado como consecuencia de la situación de estabilidad conseguida justamente gracias a la gestión de Putin, pero la nueva realidad no parece reservar en el mediano plazo un lugar para él y su entorno. ■

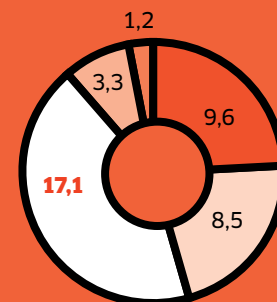
*Historiador. Autor, entre otros libros, de *Rusia. Veinte años sin comunismo. De Gorbachov a Putin*, Editorial Biblos, Buenos Aires, 2011.

© Le Monde diplomatique, edición Cono Sur

El peso de Rusia en los BRICS

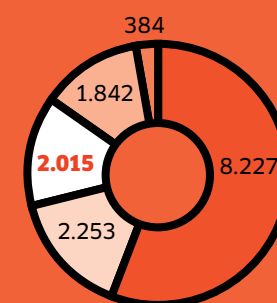
Superficie

(en millones de km², datos de 2011)



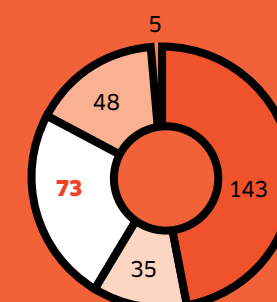
PIB

(en miles de millones de dólares corrientes, datos de 2012)



Gasto militar

(en miles de millones de dólares corrientes, datos de 2011)



TÍTULOS DE LA COLECCIÓN

- 1 CHINA La dueña del futuro
- 2 BRASIL Avances y contrastes
- 3 INDIA Sueños de potencia
- 4 RUSIA La grandeza recuperada
- 5 ÁFRICA Tierra de todos los conflictos (noviembre)

Los números anteriores se consiguen en librerías o por suscripción a través de www.eldiplo.org

PROCEDENCIA DE LOS TEXTOS

- La historia en disputa**, por Moshe Lewin, página 7: tomado de *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, N° 30, diciembre de 2001.
- Testamento político**, por Vladimir Lenin, página 10: tomado de la "Carta al Congreso" de Vladimir Lenin, escrita entre el 22 de diciembre de 1922 y el 4 de enero de 1923.
- Una Guerra no tan fría**, por Danièle Ganser, página 12: tomado del libro *Rusia: de Lenin a Putin*, traducción de Gabriela Villalba, Le Monde diplomatique/ Capital Intelectual, Buenos Aires, 2009.
- Una potencia sin aliento**, por Jean-Marie Chauvier, página 15: tomado de *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, N° 72, junio de 2005.
- Terapia de shock ultraliberal**, por Vicken Cheterian, página 19: tomado del libro *Rusia: de Lenin a Putin*, traducción de Gabriela Villalba, Le Monde diplomatique/ Capital Intelectual, Buenos Aires, 2009.
- El drama del teatro**, por Béatrice Picon-Vallin, página 22: tomado de *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, N° 13, julio de 2000.
- Por qué Putin es tan popular**, por Jean Radvanyi, página 27: tomado de *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, N° 102, diciembre de 2007.
- Un grave problema demográfico**, por Philippe Descamps, página 31: tomado de *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, N° 148, octubre de 2011.
- Entre apatía y protesta social**, por Carine Clément y Denis Paillard, página 37: tomado de *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, N° 77, noviembre de 2005.
- La industria militar hoy**, por Vicken Cheterian, página 40: tomado de *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, N° 148, octubre de 2011.
- La desintegración de un imperio**, por Nina Bachkatov, página 49: tomado de *Le Monde diplomatique*, París, diciembre de 1996.
- Moscú y Washington: ¿amigos o enemigos?**, por Laurent Rucker, página 53: tomado de *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, N° 77, noviembre de 2005.

- Encuentro con las raíces musulmanas**, por Jacques Lévesque, página 56: tomado de *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, N° 114, diciembre de 2008.
- Georgia en la mira**, por Serge Halimi, página 58: tomado de *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, N° 111, septiembre de 2008.
- El laberinto del Cáucaso**, por Ignacio Ramonet, página 59: tomado de *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, N° 64, octubre de 2004.
- La diplomacia de los hidrocarburos**, por Nina Bachkatov, página 61: tomado de *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, N° 91, enero de 2007.
- El poeta obrero**, por Vladimir Maiacovsky, página 72: tomado de *Maiacovsky. Antología poética*, Losada, Buenos Aires, 1978. Selección y traducción de Lila Guerrero.
- El acorazado Potemkin**, por Lionel Richard, página 74: tomado de *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, N° 80, febrero de 2006.
- Parálisis de los intelectuales**, por Claude Frioux, página 77: tomado de *Le Monde diplomatique*, París, noviembre de 1998.
- GRÁFICOS**
- Pérdida de poder militar**, página 9
Fuente: 1950 y 1970: *Long-Term Economic & Military Trends*, 1950-2010, Rand Corporation. 1992 y 2011: elaboración propia en base a *Indicadores del Desarrollo Mundial 2013*, Banco Mundial.
- Explosión inflacionaria**, página 11
Fuente: 1989: *CIA World Factbook 1990*; resto: *Indicadores del Desarrollo Mundial 2013*, Banco Mundial.
- Aumento del crimen**, página 21
Fuente: Servicio de Estadísticas del Estado Federal (ROSSTAT).
- Fuerte endeudamiento**, página 23
Fuente: *Indicadores del Desarrollo Mundial 2013*, Banco Mundial.
- Recuperación económica**, página 28
Fuente: Datos URSS: Madison, A. (1997) *La Economía Mundial 1820-1992*, Perspectivas OCDE; datos Rusia: *Indicadores del Desarrollo Mundial 2013*, Banco Mundial.
- Reducción de la pobreza**, página 32
Fuente: *Indicadores del Desarrollo Mundial 2013*, Banco Mundial.
- Esperanza de vida al nacer**, página 33
Fuente: *Indicadores Internacionales sobre Desarrollo Humano 2013*, PNUD.
- Urbanización**, página 35
Fuente: Censos de Población para los años 1926 y 1959. *Indicadores del Desarrollo Mundial 2013*, Banco Mundial para el año 2012.
- Inmigración a Rusia**, página 38
Fuente: United Nations, Department of Economic and Social Affairs (2012). Trends in International Migrant Stock:

Migrants by Destination and Origin.

Violencia social, página 39
Fuente: UNODC Homicide Statistics.

De la URSS a Rusia, página 51
Superficie, fuente: *CIA World Factbook 1990 y 1992*; Población total, fuente: *CIA World Factbook 1990 y 1992*; Producto Interno Bruto (PIB), fuente: Madison, A. (1997) *La Economía Mundial 1820-1992*, Perspectivas OCDE.

Poderío económico, página 54
Fuente: 1989: *CIA World Factbook*; 1992 y 2012 *Indicadores del Desarrollo Mundial 2013*, Banco Mundial.

Poderío nuclear, página 55
Fuente: *World Nuclear Association Information Library*, enero de 2013.

Compradores de petróleo, página 62
Fuente: Centre for Eastern Studies, en http://www.osw.waw.pl/sites/default/files/PRACE_39_en.pdf

Compradores de gas, página 63
Fuente: US. Energy Information Administration, citada en: http://en.wikipedia.org/wiki/Energy_in_Russia

Transparencia de gobierno, página 73
Fuente: Transparencia Internacional: Índice de Percepción de la Corrupción 2012.

Participación política, página 78
Fuente: Elaboración propia en base a: para Rusia: Raiklin, E. (2012) *On the relevance of the principal programs of the leading post-soviet Russian political parties*, en Wejnert, B., ed., Linking Environment, Democracy and Gender. Emerald Book; para el resto de los países: Biesen, I. y otros (2012) "Going, going,... gone? The decline of party membership in contemporary Europe", *European Journal of Political Research* 51: 24-56; población de referencia *Indicadores del Desarrollo Mundial 2013*, Banco Mundial.

Índice de desarrollo humano, página 83
Fuente: *Indicadores Internacionales sobre Desarrollo Humano 2013*, PNUD.

Importancia del petróleo, página 84
Fuente: *Indicadores del Desarrollo Mundial 2013*, Banco Mundial.

Desigualdad del ingreso, página 85
Fuente: *Indicadores del Desarrollo Mundial 2013*, Banco Mundial.

El peso de Rusia en los BRICS, página 87
Fuente: *Indicadores del Desarrollo Mundial 2013*, Banco Mundial.

MAPAS

El peso de las religiones, por Légende Cartographies y Philippe Mouche, páginas 44-45: tomado de *El Atlas de las religiones*, Le Monde diplomatique/Capital Intelectual, Buenos Aires, 2009.

Los caminos de la energía, por Philippe Rekacewicz y Cécile Marin, páginas 64-65: tomado de *El Atlas IV*, Le Monde diplomatique/Capital Intelectual, Buenos Aires, 2012.

Explorador Le Monde diplomatique: Rusia
Moshe Lewin ... [et.al.] ; adaptado por José Natanson. - 1a ed. - Buenos Aires : Capital Intelectual, 2013.
88 p. ; 27x23 cm.

ISBN 978-987-614-409-4

1. Medios Gráficos. 2. Diarios. I. Lewin, Moshe II. Natanson, José, adapt. CDD 302.232 2

Fecha de catalogación: 09/05/2013

Hecho el depósito de Ley 11.723
Se terminó de imprimir en septiembre de 2013
en Forma Color Impresores S.R.L.,
Camarones 1768, C.P. 1416ECH
Ciudad de Buenos Aires

LE MONDE
diplomatique



Precio del ejemplar: \$50

ISBN 978-987-614-409-4



9 789876 144094

Rusia La grandeza recuperada: Del comunismo al capitalismo **La desintegración de un imperio** Grave problema demográfico **Mafia** Por qué Putin es tan popular **Moscú y Washington, ¿amigos o enemigos?** Regreso como superpotencia energética **Guerra de Chechenia** El laberinto del Cáucaso **Protesta social** Un arte de combate

El mundo
cambia

EXPLORADOR

4